



**jerome  
charlyn**  
**Marilyn**  
**la fiera**

Lectulandia

El Lower East Side es una jungla de asfalto donde se mezcla la más temible fauna urbana de Nueva York: salvajes depredadores, insaciables carroñeros y todo tipo de peligrosos especímenes ponen cada día en jaque las vidas de sus inocentes habitantes. Entre ellos, el inspector Isaac Sidel, quien personifica la ley y el orden. Sin embargo, tras su intachable reputación de hombre justo y duro, un punto débil le convierte en el policía más vulnerable de la ciudad: su indomable hija Marilyn. Cuando el crimen organizado utilice a la joven como moneda de cambio, solo el tiempo dirá hasta cuándo Sidel podrá mantenerla a salvo sin renunciar a sus obligaciones como agente de la ley.

**Lectulandia**

Jerome Charyn

# **Marilyn la Fiera**

**Isaac Sidel - 2**

ePub r1.0

Ledo 14.05.14

Título original: *Marilyn the Wild*  
Jerome Charyn, 1976  
Traducción: Pablo Álvarez

Editor digital: Ledo  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

# 1

—Ojos Azules.

Se sentía en deuda con él por los surcos de su cara, los prominentes pómulos en los que a veces despuntaban un color que daba miedo. Las motas de sus ojos podrían hacer daño a cualquier chica que acabase de huir de su marido. Ella no quería que le echasen el lazo otra vez. Había acudido a él en busca de té ruso, almohadas firmes y la comodidad de un refugio temporal.

—Marilyn —dijo él, con un tono nasal que hizo que ella diera un respingo.

Tenía la voz de su padre. Y Marilyn se negaba a lidiar con Isaac en la cama de Coen.

—Marilyn, ¿no deberías hablar con Isaac?

—Que le follen.

Había deshecho el equipaje hacía una hora. La maleta estaba bajo la bolsa de la lavandería de Coen. Pensaba en mezclar su ropa interior sucia con la de él. La enjuagaría toda en la bañera con el Woolite que había llevado consigo cuando Coen se fuese a trabajar.

—Imagínate que lo descubre, Marilyn. Lo de mentir no se me da bien.

Ella mantenía su clavícula entre los dientes y le daba pequeños y precisos mordiscos para excitarlo, para excitar al hombre de su padre. No admitiría protestas. Le clavó los pezones contra el pecho. Le pasó la lengua bajo el brazo. Pero si no conseguía escapar a sus ojos se convertiría en víctima de Coen, caería ella sola en la trampa.

Cada vez que desfallecía y dejaba que la observase con aquel azul infernal, bajaba la cabeza para lamer las cicatrices de la espalda (recuerdos que Coen había traído de las calles) o miraba la pistolera que había en la mesa.

Se montó a horcajadas sobre él y le restregó la polla con un dedo ensalivado. Su azul ya no podía hacerle daño. Los ojos de Coen se espesaban ahora con manchas impuras. Empujó a Coen dentro de ella, le exprimió con la presión de sus caderas hasta perder toda noción de Isaac y de aquel marido suyo, arquitecto de Brooklyn; respondió al amable cuerpo de Coen.

Divorciada dos veces a los veinticinco años, Marilyn engullía maridos más deprisa que cualquier otra chica del Bronx-Manhattan que hubiera salido del Sarah Lawrence. Isaac siempre había aparecido para encontrarle maridos, tipos gentiles con empleos de cuarenta mil dólares y un ramillete de títulos universitarios. Su padre se sentaba en la comisaría central tras las nobles paredes del Comisionado primero de policía. Marilyn había oído que le habían invitado a París en calidad de Mejor Policía del Año del año 1970-1971 o algo por el estilo. Coen era el bufón de Isaac, un espía a sueldo del comisionado.

Absorbió a borbotones el olor de los rubios cabellos de Coen. Se corrió cinco veces, la lengua enroscada cada vez más profundamente en su boca. Ahora sí podía suplicarle.

—Córrete dentro de mí, Manfred, por favor.

Vio la duda en la firmeza de su labio. A él le daba miedo dejar preñada a la hija de Isaac e imponerle un nieto, un bebé Coen, al Jefe. Pero Marilyn era una criatura obstinada. Alineó con la mejilla mandíbula hinchada de Coen. Entendía los recovecos de aquel poli de su padre. Era un chico tímido, un judío huérfano que tenía una veta de guapo y se alimentaba de tristezas del Bronx: su padre y su madre se habían suicidado. Calmó los puntos de tensión en la garganta de Coen con la carne de su hombro y la poderosa membrana de su oreja.

Marilyn no había contado con el teléfono. Coen se salió de ella antes de que pudiera meter el aparato bajo la cama de una patada.

—Joder —fue lo único que se le ocurrió decir.

Se acurrucó junto a Coen para escuchar a su padre. Isaac llamaba desde Times Square.

—Manfred —graznó—, Marilyn ha vuelto a dejar a su marido. ¿Se ha puesto en contacto contigo?

—No —dijo Ojos Azules.

Marilyn le agradeció que no perdiese la erección a pesar de la tensión creada por la llamada de su padre.

—Quédate ahí —dijo Isaac—. Siempre va a buscarte.

Coen volvió a la cama sin erección. Marilyn no podía tomárselo a mal. Su padre tenía cogida por las pelotas a media Nueva York.

—Isaac es muy listo —dijo—. Tiene un mapa mío en la cabeza, como si fuese un tablero de Monopoly. Conoce cada uno de mis escondites, mi querido padre. Y cada abrevadero.

—No seas tan dura con él, Marilyn. Se preocupa por ti.

—Despierta ya, Manfred. Tú eres igual que yo. Los dos estamos en su lista de víctimas. ¿O no somos divorciados los dos?

Su comentario hizo reír al poli. Podría enamorarse de él, quizá, si él tuviera el valor de chafar su placa y escupir a Isaac en la cara. Pero no debía ser muy dura con él, ni estrangularle con sus fantasías y esperanzas. Coen era Coen.

Isaac no había patrullado Times Square, no se había acodado en mugrientos bares y había curioseado por los escaparates pornográficos, por cuenta de la Oficina del Comisionado. Iba en misión personal. Entraba y salía del coche con una fotografía en la mano. Tenía a su disposición el coche privado del comisionado, un Buick enorme con cristales a prueba de balas, pero prefería no servirse del chófer oficial. Isaac tenía

su propio hombre. Brodsky *el Gordo*, un detective de primera de ojillos porcinos, el mandado de Isaac.

—¿Quién es la cría, Isaac? Dices que no la has visto desde que tenía cinco años. ¿Cómo la vas a reconocer por una mierda de foto?

—No es tu problema —dijo Isaac.

Cerca de la Cuarenta y seis encontró a una chica de nariz gruesa y falda corta de verano (era febrero). Le abrió la puerta del coche.

—Sube, Honey Schapiro.

La chica tenía verdugones en las rodillas.

—Soy Naomi, señor —dijo gruñendo a Isaac—. ¿Quién es usted?

Él se abalanzó sobre ella y la sentó en su regazo, pero no pudo cerrar la puerta. Honey pataleaba muy fuerte. Isaac tuvo que apartarla para que no le mordiese las orejas.

—¿De qué va esto? ¿No serás de la patrulla cazachochos? Los conozco a todos.

Empezó a llamar a gritos a su protector, un tipo llamado Ralph que se acercó corriendo desde la Cuarenta y cinco envuelto en su abrigo de cuero. Brodsky le jodía más que Isaac. El chófer le apuntaba a la entrepierna con la pistolera.

—Eh, hermano —dijo Ralph, con una leve inclinación hacia Isaac—. Habla conmigo.

Ralph no echó mano de su fajo de billetes. El Buick le había puesto en guardia: un poli del montón no le habría ido a buscar con un coche tan llamativo.

—¿La vas a empapelar?

—No —dijo Isaac—. Se va a casa con su padre.

—No me jodas, hombre. ¿Qué quieres, que te compre un sombrero? Pues te lo compro, pero la pluma la pones tú. Hoy no suelto más de cincuenta.

Entonces vio el ribete azul de la placa de Isaac. Sintió un escalofrío bajo el abrigo. Ralph se sabía al dedillo las comisarías de Manhattan: ningún detective tenía una placa con ribete azul.

Isaac le habló a través de la ventanilla.

—Olvídate de Honey Schapiro, ¿me oyes? Si vuelvo a pillarla por encima de la calle Catorce yo mismo vendré a machacarte la cara.

Le hizo una seña a Brodsky, y Ralph se despidió del Buick con las rodillas temblorosas. No le gustaba que le timasen. Si hubiera sabido que Honey tenía aquellos contactos, no le habría golpeado en las piernas. Al contrario, la habría premiado con una mejor esquina y una clientela más limpia. Aquella putita judía y fea tenía sus valedores en la policía.

Brodsky iba riéndose de camino al centro con Isaac y la chica.

—Anda y que no sabes acojonar a un chulo negro, Isaac. ¿Le has visto los ojos?

—Cállate —dijo Isaac.



Brodsky quedó satisfecho. Le encantaba que el Jefe le abroncase. Un insulto de Isaac le daba vigor, le mantenía alerta. Brodsky podía cagarse en todos y cada uno de los polis de la central, incluido el irlandés número uno, el comisionado O’Roarke, pero el chófer había jurado lealtad a Isaac. «O es que no se va a París, a Francia —pensaba Brodsky—. ¿Qué otro policía recorre siete mil kilómetros para dar una clase?».

La chica se bajó del regazo de Isaac. Al ver los bancos y la hierba helada del jardín de Union Square le entró pánico. En la Segunda Avenida arrugó la barbilla contra el acolchado bajo la ventanilla. Contempló el descenso de Isaac hacia el bajo East Side con expresión tristona y amarga.

Brodsky se dio cuenta del estado de ánimo de la chica.

—Encanto, ¿quieres una gominola?

—Déjala en paz —dijo Isaac.

Aparcaron en un solar que había detrás de las viviendas municipales de Essex Street, e Isaac dejó su carnet de inspector jefe de la Oficina del Comisionado sobre el salpicadero. El olor a orina les acompañó hasta las puertas traseras del bloque de viviendas. Brodsky estaba a punto de hacer un comentario a propósito del olor, pero se dio cuenta a tiempo de que Isaac le miraba fijamente. Mostró su placa al vigilante del bloque, que tenía una porra deformada y la cara sin afeitarse. Leyó las pintadas del ascensor con desprecio evidente. Essex Street tiene el aroma y el encanto de un zoo. Brodsky vivía en una casa de Spuyten Duyvil. Se llegaba a Essex, Clinton o Delancey para comprar rábanos y trozos de pan de cebolla, desconocidos en su zona de Riverdale.

Isaac y la chica perdieron el rubor invernal en los pasillos sobrecalentados del noveno piso. Entraron en un apartamento de paredes verdes y descoloridas. Brodsky fue el último en cruzar la puerta. Un hombre con pijama de seda, al que no le quedaba un solo diente, abrazó a la chica y empezó a sollozar, con la cara apoyada en el brazo. Al advertir la presencia de Brodsky, un extraño, recuperó la compostura.

—Yo la busco durante meses, y tú la encuentras en hora y media. Eres un mago, Isaac. Era una cría la última vez que la viste.

—Tenía la foto, Mordecai. No ha sido nada.

—Nada, dice. El cuerpo de policía estaría a ciegas sin ti.

—Mordecai, tengo que irme.

El Jefe fijó la mirada en Honey; no conseguía relajarse entre los brazos de su padre. Tenía los rasgos cerúleos de una muñeca abotargada.

—Otra cosa, Isaac. Philip te está buscando.

Isaac se dirigió a la puerta; no quería verse arrastrado a otra disputa familiar. Tenía sus propios problemas: una hija salvaje e incontrolable que cambiaba de marido a mitad de invierno.

—Ya le veré luego, Mordecai. Ahora no.

Brodsky subió al ascensor con Isaac. Escuchó gritos y llantos que salían del apartamento y el eco de un bofetón. El escándalo que montaban Mordecai y Honey le hizo sonreír. El Jefe le pinchó con el pulgar.

—Brodsky, piensa en otra cosa. Ésos son asuntos privados.

—¿Quién es ese tío, Isaac? ¿El novio de tu madre, o qué?

—Fui con él al instituto.

—Estás de broma. Isaac, si podría ser tu abuelo, te lo juro.

—Olvídalo. Mordecai no tiene un dentista en Park Avenue que le cuide las encías.

—¿A qué se dedica, Isaac?

—¿Mordecai? Es una reliquia de la Segunda Guerra Mundial. Se ocupó de todos los jardines de la Victoria desde Chinatown hasta Corlears Hook, pero no se guardó ni una zanahoria para él.

¿Qué podía decirle Isaac a su chófer? Mordecai se había instalado a cien metros del instituto donde había estudiado, el Seward Park, y ya no se había movido. Isaac no tenía nada contra los territorios delimitados. Había nacido en Broadway Oeste, en un edificio propiedad de judíos londinenses, hombres y mujeres con un vocabulario mucho más extenso que el de sus vecinos yanquis. Pese a ello prefería Essex Street, donde su madre llevaba una chatarrería, al Broadway Oeste de los judíos de Londres, y al Riverdale de Brodsky y de Kathleen, la exesposa de Isaac.

El chófer se detuvo frente a la planta de conservas en el cruce de Essex con Broome para comprar un tarro de rabanitos rallados, blancos y puros, que no tenían el sabor dulzón de la remolacha. Sólo las mujeres deshidratadas y los trepas de la oficina del fiscal del distrito compraban rábanos rojos. Metió la nariz en el tarro, aspiró hasta que se le quedaron los ojos en blanco y se recuperó a tiempo de ver que Isaac pasaba de largo por la chatarrería de Sophie Sidel.

—Isaac, ¿no vas a sentarte con tu madre?

El Jefe no quiso responder.

—Brodsky, el comisionado necesita el coche. Llévaselo.

Isaac esperaba escabullirse de su madre. Tenía demasiadas cuestiones sin resolver en la cabeza. Iría a visitarla a la vuelta de París, no antes. Entró en el local de platos preparados de Hubert, a cinco puertas de la de Sophie. El lugar parecía en perfecto orden; las bolitas de pescado humeaban tras el mostrador de vidrio, y el jugo de varios budines borboteaba en los fogones, pero Hubert estaba desencajado. Era un hombre pequeño, de hombros puntiagudos y tenía la melena enmarañada de un león, bultos en las cejas y varios puntos oscuros a lo largo de la barbilla tapados con papel higiénico.

—¿Qué ha pasado, Hubert? —dijo Isaac mientras se encaramaba a su silla favorita—. ¿Te has afeitado con un solo ojo esta mañana?

Isaac no había previsto nada malo. La tienda era su corral. Otros inspectores jefes se sentaban en cocederos escogidos, en Mulberry o en Grand, codo con codo, junto a los lugartenientes y jefecillos de la mafia. Isaac comía solo. En la tienda de Hubert podía seguir las grietas de la pared sin interrupciones. A Hubert no le había faltado ni un centavo de la caja registradora en quince años. Los matones del East Side se habían acostumbrado a evitar el establecimiento. Si entraban en Hubert's para calentarse las manos con un tazón de té invernal, tenían cuidado de dejar una propina generosa.

El Jefe no carecía de sensibilidad. Al ver que la enorme cabeza de león no le respondía morruda, ni salpicaba de sopa de cebada el mantel con el brío acostumbrado, Isaac adoptó otra táctica.

—¿Quién te lo ha hecho? ¿Eran negros o blancos?

—Blancos como la nieve —dijo Hubert.

—¿Cuánto se llevaron?

—Nada. No tocaron la caja. Rompieron un par de sillas, me abofetearon y se fueron.

—¿Cómo iban vestidos, Hubert?

—Chaquetas militares, o de la marina, ¡yo qué sé! Llevaban la cara tapada. Con pasamontañas.

—Entonces, ¿cómo sabes que eran blancos?

—Por las manos, Isaac, por las manos. Uno de ellos era una chica. No soy detective, pero sé reconocer el perfil de una teta.

—¿Cuándo pasó?

—Ayer. Justo antes de cerrar.

—¿Y por qué dejas pasar un día entero sin que yo me entere?

—Isaac, para ya con la inquisición, por favor. No es asunto de la policía. Locuras de chavales. Podrían haber ido a por cualquiera.

—Por supuesto —dijo Isaac, con la lengua apelmazada—. Estaban jugando a truco o trato sólo que Halloween no se celebra en febrero. Tu dinero era demasiado bueno para ellos, y por eso asaltaron tu cráneo. ¿Cuántos eran?

—Tres.

En la boca de Hubert se acumulaba la saliva.

—Me voy una semana. Uno de mis hombres se ocupará.

Los chichones de la cabeza del león se oscurecieron.

—Isaac, no quiero polis en mi local. Brodsky tiene los codos muy anchos. No deja sitio para que la gente tome su sopa.

—Te enviaré a Coen. Es pequeño. Hechizará a tus clientes con sus ojos azules.

Isaac golpeó con los nudillos en la ventana del café de Ludlow Street; era un lugar que prefería evitar. Estaba a rebosar de dramaturgos y eruditos hambrientos que

intentaban interesarle en sus conversaciones sobre Spinoza, Israel, la brutalidad policial y la extraña pareja de hermanos que formaban Aarón y Moisés. Los dramaturgos no le despreciaban. Reconocían en Isaac al ángel guardián de Ludlow y East Street. Él era quien mantenía las calles limpias de criminales, y su fuerza física no les sorprendía. Le habían amamantado con leche extraña. Su madre era una mujer de temperamento obstinado. Prefería la amistad de los árabes y los portorriqueños a la de los judíos.

La reacción de la cajera al golpeteo de Isaac hizo reír a los clientes. Ida Stutz se despojó del uniforme y se empolvó la cara apresuradamente. Ida era la prometida de Isaac. Todos sabían que Isaac tenía una esposa irlandesa en Riverdale, pero no hubiera sido inteligente por su parte ofender a Ida. Ella era la que proporcionaba mondadientes a los intelectuales, la que les daba de tapadillo trocitos de mantequilla y rollitos extra, porque sentía simpatía por los hombres desnutridos. Ida tenía piernas y brazos largos, en ellos residía su belleza. Trabajaba también en el restaurante de Ludlow. Era una mula de carga durante prácticamente todas las mañanas y tardes. Los dueños del restaurante la hacían sudar la gota gorda. Sabían que podían contar con ella y con sus anchas espaldas. Por eso le permitían una excentricidad: cuando el Jefe llamaba, Ida desaparecía.

Isaac tenía alquiladas dos habitaciones minúsculas en Rivington Street. Compartía el retrete con un viejo solterón que meaba en cualquier parte. Se lavaba en un barreño en la cocina donde no cabía si no metía las orejas entre las rodillas, y fue en esta posición tan poco digna como Ida encontró al Jefe. Vio la maleta encima de la cama, rebosante de ropa interior almidonada, cuadernos y un tarro de miel.

—Te conozco, Isaac. Lo de enjabonarte el ombligo es para despistar. Tienes la cabeza en París.

Mientras se retorció en el barreño, prisionero de sus propias rodillas, Isaac se vio obligado a sonreír. Kathleen, su esposa, había sido una belleza extraordinaria. Incluso a sus cuarenta y nueve años (era cinco años mayor que el Jefe) tenía pechos que hubieran hecho enrojecer a Ida. Pero Isaac nunca había sido un sibarita de la carne. Renunció a su hogar en Riverdale porque Kathleen se había independizado progresivamente de él. Era dueña de impresionantes propiedades inmobiliarias y los terrenos que tenía en Florida consumían la mayor parte de su energía. Isaac no necesitaba arrastrarse hasta el centro del East Side en busca de amor. Podría haberse quedado en la parte alta de la ciudad, cerca de viudas de buen ver, aspirantes a estrella que se morían por los polis intelectuales o tías buenas propietarias de áticos de lujo y traseros reconstruidos. Ida le gustaba más. Tenía una lengua que sabía ponerle en su sitio, y una boca capaz de chuparle todos los dientes. A ella no le importaba cómo se comportaba Isaac. Ida no era frágil. Podía corresponder a los

besos, abrazos de oso y mordiscos de Isaac. Empezó a desvestirse.

—Éste es tu último baño en América. ¿No lamentas la falta de una bañera más grande?

—Ida, en el cuartel general hay una bañera en la que cabemos tú, yo y otros cinco policías. ¿Quieres que vayamos?

—Ya iremos —dijo ella—, cuando no tengas prisa.

Y se puso a secarle con talco florentino comprado en Mulberry Street, un talco tan fino que podía curar hasta la impureza más sutil. Se tendió en la cama junto al endulzado cuerpo de Isaac, sin molestarse en hacer a un lado la maleta. Aquel cuello suyo de toro, espolvoreado de talco, no la intimidaba. Ida no idealizaba en absoluto a su prometido. Le había sacado un ojo a un quinqui del oeste de Nueva York, había roto el brazo a varios sospechosos y había sobrevivido a tiroteos con portorriqueños y judíos duros de pelar. Pero ella había sabido ver al niño que había dentro del oso. Le encantaba que le mimasen. Bajo la espolvoreada piel vivía un temor que Ida sabía cómo aplacar. El Jefe no hacía alarde de masculinidad. Temblaba entre los brazos de Ida. Sus arrebatos de pasión eran como el braceo primitivo de alguien a punto de ahogarse.

El oso quedó callado tras amarla. Ida se negó a unirse a su malhumor mientras aún goteaba el esperma de Isaac. Por eso le tiró de la nariz. El Jefe puso la pierna sobre el tarro de miel y una pila de calzoncillos.

—¿De dónde vienen tus problemas, Isaac?

—Ah —mintió—, estaba pensando en un caso.

Masculló el nombre de Hubert.

—Una banda le ha dado una paliza. No tocaron la caja. Me huele raro.

—Será gente expulsada de la Liga de Defensa Judía. Puede que Hubert no sea lo suficiente *kosher*. Sirve mantequilla con la carne.

—No me vengas con ésas, Ida. Esto no es obra de chicos judíos. Forrar de chichones a un viejo...

—¿Eso te parece especial? Mira mis brazos.

Se fijó en los moratones de la carne de Ida, huellas de dedos que se estaban volviendo marrones. El halo que rodeaba los cardenales daba cuenta de la presión que debía de haberse aplicado.

—La misma banda —dijo ella—. A mí también fueron a verme. Se llevaron *blintzes*<sup>[1]</sup>, pero no dinero.

—¿Qué más hicieron, Ida?

—Un par de gracias. Uno me sujetó los brazos mientras el otro me metía la mano debajo de la blusa.

El Jefe tiró la ropa interior de la cama.

—Ida, pienso encontrar esa mano y cortarla en cuanto vuelva.

Ida alisó con dos dedos el pliegue de sus labios.

—¿Quieres que te cuente la cantidad de veces que un cliente ha intentado meterme mano?

—Ésos no eran clientes —dijo el Jefe.

Pero Ida ya le tenía cogido de las orejas. Le masajeaba los huesecillos de la nuca. Isaac tendría que estar anudándose la corbata. No podía esperar ni diez minutos. Hundió la cara en el pecho de Ida. La maleta cayó al suelo.

Isaac no conseguía librarse de los problemas de siempre. El olor a leche de Ida trajo a Marilyn a casa otra vez. El Jefe no jugaba al incesto en su cama. Sabía distinguir entre las dos mujeres. Pero había besos que dolían. Allí estaba él, anhelante de leche de Ida, mientras su hija iba de marido en marido y era incapaz de confiar en él.

Marilyn sobrevivía alimentándose de latas de atún. No se dejó ver por la calle hasta que Ojos Azules pudo asegurarle que Isaac estaba en su avión rumbo a París. La Oficina del Comisionado confirmó la noticia: Isaac había embarcado a las 19.00 horas. Marilyn y Coen llevaban vagueando en la cama desde el mediodía. Ella se quedó mirándole mientras él se abotonaba la camisa blanca encima de su bonito cuello. Dejó la pistolera para el final.

—Espera, Manfred. Voy contigo.

Coen había quedado a cargo del coche de Isaac. Ojos Azules detestaba conducir. Había tantos movimientos subrepticios en los portales, mendigos que saltaban a la calzada, perros que perseguían autobuses o se metían bajo las ruedas, que era fácil burlar la mirada de un poli.

—¿Crees tú que Isaac hará una revisión completa de la policía francesa?

Marilyn estaba aburrída. No conseguía hacer hablar a Coen. Se propuso engatusarle con los secretos de su padre.

—Tienes un jefe algo marrullero, Manfred: Isaac no va allí a codearse con otros detectives. Va a ver a su padre.

Surgieron surcos en el mentón de Coen. Marilyn se avergonzó de su crudeza. El padre de Coen se había suicidado. Diez años atrás, cuando Ojos Azules estaba destinado en Alemania, papá Coen decidió gasearse. Coen llevaba puesta esa cara triste desde entonces.

—No sabía que Isaac tuviese padre... Un padre aún vivo.

—Para él es una vergüenza. Como tener a un hermano en la cárcel.

Coen había aprendido a no mencionar a Leo, el hermano pequeño de Isaac, que estaba enjaulado en Crosby Street, en un anexo provisional de la prisión civil, por un problema con la pensión de divorcio. El departamento de policía se encogió de hombros ante esa situación indigna. Pero el comisionado no podía hacer nada. Leo se negaba a salir de la cárcel.

—¿Qué tiene de vergonzoso un padre, Marilyn?

—Abandonó a la familia hace años. Isaac tuvo que dejar el colegio. ¿No te lo ha contado? Su padre era incluso millonario. Joel Sidel, el príncipe de las estolas de piel. Lo abandonó todo por un pincel pringoso. Tenía la nariz larga como Gauguin. Creía que París era el nuevo Tahití. Quería pintar las selvas que rodean el Sacré Coeur.

Lo de las selvas de París no le dijo nada a Coen.

—¿Por qué iba a ir precisamente Isaac a visitarle ahora?

—Porque presiente su muerte.

Las mejillas descarnadas de Coen hicieron arrepentirse a Marilyn de su vocabulario corrupto, absorbido en Sarah Lawrence y en las cenas de sus muchos

maridos.

—Manfred, Isaac va a cumplir cuarenta y cinco años. Es una edad peligrosa. Necesita a su padre. Ver a Joel le demostrará que aún tiene muchos años por delante.

Coen la dejó en Crosby Street. Luego aparcaría en la plaza de Isaac del garaje de la policía, se acercaría al cuartel general, soplaría el polvo del escritorio de Isaac y contestaría al teléfono en nombre del Jefe: «Oficina del Comisionado, inspector Sidel», mientras el perfume de Marilyn se asentaba en él.

En el anexo de Crosby Street había acabado ya la hora de visitas, pero Marilyn consiguió entrar. Ninguno de los guardias podía recordar el nombre de su actual marido. Todos la conocían como «señorita Sidel». Ni siquiera el jefe quería estar a malas con la niña de Isaac. Kl mismo condujo a Leo hasta Marilyn, al tiempo que musitaba halagos acerca del viaje de Isaac.

—Va a enseñar a cazar delincuentes en París, como está mandado, señorita Sidel.

Leo flotaba dentro de una camisa de prisionero excesivamente grande. Era difícil pensar en él como en un tío. Estaba condenado de por vida a ser el hermano pequeño de Isaac.

Leo carecía de cicatrices de prisión. Llevaba su propio horario en Crosby Street, comía chocalinas de la máquina y machacaba a los guardias al pinacle, a las damas y al bridge. No había criminales con los que intimar. Sólo casos como el de Leo, hombres que no habían pagado la pensión y que habían sido detenidos por desacato. Los detectives de la oficina del *sheriff* habían trincado a Leo en el abarrotado recibidor del edificio en el que trabajaba, había quedado expuesto a las miradas avergonzadas de los ejecutivos, clientes y secretarias, y se lo habían llevado esposado tras una queja de su exesposa. Los detectives estaban tan incómodos como Leo. No les hacía gracia que les identificasen como los hombres que habían detenido al hermano de Isaac *el Justo*.

Marilyn sentía debilidad por Leo. No acudía a él como la compasiva hija de Isaac. Podía identificarse con el drama de Leo. Leo era especial, de su clase: los dos habían tenido que sufrir la ruptura de un matrimonio, a los dos los habían despellejado vivos.

Se abrazaron y se besaron en la sala de visitas de la prisión sin escuchar un solo gruñido de los guardas.

—Estás tan contenta como yo, ¿eh, Marilyn? Por fin respiro. Ha corrido la voz de que Isaac ha salido del país. Me parece que voy a engordar estos días. ¿Y qué tal tú?

Marilyn alargó el abrazo.

—Tío Leo, ojalá tuviera los tres mil para sacarte de aquí. ¿Bastaría con eso para satisfacer a la estúpida de Selma? Puedo estrangularla por ti, si quieres. Seguro que Isaac me quitaba el muerto de encima. Pero entonces serías un viudo con hijos. ¿Vienen Davey y Michael a visitarte?

El rostro de Leo se ensombreció. Se apartó de Marilyn.



—Están de parte de su madre —dijo—. Me envían notas cargadas de veneno. Selma les obliga a practicar caligrafía conmigo.

Puedo oír su lengua tras las palabras. «Papá, nos estás matando». Marilyn, esa mujer tiene dinero como para asfixiar a un elefante. Guarda sus libretas en un sujetador viejo.

A Marilyn le irritaba su incapacidad para ayudar a Leo. Sus dos últimos maridos eran ricos, pero ella estaba sin blanca. Tenía que pedir dinero prestado a Coen.

—Sophie o Isaac podrían apoquinar. Podría pedirselo, Leo.

—Nunca, Marilyn, y no lo olvides. En octubre cumplí cuarenta y dos. ¿Tú crees que puedo ir a pedirle algo a mi mamá o gorronearlo al gran Isaac? Casi prefiero que me saquen de aquí y me peguen un tiro. Me da igual cómo me liquiden, mientras no se entere Sophie. Marilyn, Isaac no le ha contado nada a mamá, ¿verdad? La llamo todas las mañanas. Le he contado que estoy en un hotel que no tiene teléfono en la habitación. Es curioso, hoy no ha contestado. Debe de haber salido a por más trastos.

—Isaac acaba por joder a todos, pero no se chivará. No por ti. Le resultaría demasiado embarazoso. Tendría que explicarle a tu madre por qué estás en la cárcel. No te inquietes, Leo. Yo convenceré a Sophie por ti. Voy a verla ahora mismo.

Los guardas fueron encadenando banalidades de camino a la salida. Se esforzaban por estar a buenas con Isaac.

—Nosotros cuidaremos de Leo, señorita Sidel. Se lo tenemos montado como un club de campo.

Marilyn cruzó por Bowery hasta llegar al territorio de Isaac, el East Side portorriqueño y judío. Se le escapó una sonrisa al ver la antigua sinagoga de Forsyth Street, convertida hoy en templo adventista pero con la estrella de David intacta aún en el pequeño tragaluz circular cercano al tejado. Más tarde iría a comprar ropa interior a Orchard Street. Primero tenía que ver a Sophie.

Israel se había hecho con Essex Street. Albaricoques de Galilea, ciruelas de Haifa y espaguetis *made in* Tel Aviv predominaban en los escaparates de las minúsculas tiendas de alimentación. Se imaginó la frustración que aquello debía de haber supuesto para su abuela, acérrima defensora de la Diáspora: árabes y judíos sin hogar en un universo de gentiles. Sophie no tenía el lote habitual de cacharros frente a su puerta. ¿Estaría dando sopa a los mendigos?

¿O se habría ido a sopesar un ganso bien gordo a la carnicería cristiana? La puerta estaba entreabierta.

Marilyn no sabía nada de las ciruelas de Haifa. Era una chica de nariz irlandesa, cautiva de las iglesias de Marble Hill, con recuerdos de guantes de comunión y de curas a los que se les escapaba la babilla. Apasionada como era, permitió que la desflorasen a los doce y medio. A los catorce cumplidos, su fama se extendía desde Riverdale a Washington Heights, y en los sótanos de Fordham Road se pudrían ya

trozos de sus braguitas. Tal precocidad en la parte alta de la ciudad, impedía que la chica estableciera vínculos con su misteriosa abuela, Sophie *la Urraca*. Marilyn entendía el estado de las cosas. Sophie no habría dejado de lado sus productos para prodigar sus atenciones a un vagabundo, era demasiado precavida. Marilyn saltó por encima de los cascados carritos que tanto apreciaba Sophie. Todos eran vehículos sin posibilidad de reparación. Ninguno andaba. Sin embargo, Sophie había atado las carcasas entre sí con alambre.

Marilyn se aventuró en el interior de la tienda. No le llamaron la atención las pantallas desgarradas de las lámparas. Podía ser obra de Sophie. Echó un vistazo bajo un montón de mantas llenas de bultos extraños que había en una esquina. No le sorprendió ver el brazo de Sophie: descansaba en una posición natural, sin una sola mácula en sus hermosas venas. ¿Era así como dormía una abuela?

Marilyn tiró de las mantas siguiendo el sentido del brazo. Apareció la cabeza de Sophie: reposaba sobre una sangre convertida ya en gelatina espesa y corrosiva. La gelatina llegaba hasta las orejas. En la frente tenía marcas parecidas a las que deja la hebilla de un cinturón sobre la piel. Los gritos de Marilyn se ahogaron en un suspiro seco. Llegó a trompicones hasta el teléfono. Ni siquiera pensó en una ambulancia. Presa del pánico, sólo pensó en llamar a Coen.

### 3

Isaac estaba sentado en el piso superior de un palacete húmedo del Quai Voltaire. Tenía los pies fríos. Rodeado de armeros, inspectores retirados de policía, fabricantes de artilugios de espionaje y un equipo de especialistas de los laboratorios policiales de Amberes y Brujas, intentaba salir del paso gracias al francés que había aprendido en el colegio. Las frases galopaban en sus oídos. No era capaz de descifrar todo aquel guirigay. Se sentía desdichado. Su primer paseo por París le había hundido.

Pertrechado en su Nueva York, había llegado ojeroso, dispuesto a chupetear su tarro de miel y a desdeñar aquella ciudad. Isaac no tenía instinto de turista. No era de los que gravitan hacia la torre Eiffel y los campos de Marte. Pocos meses atrás, Herbert Pimloe, el chico de Harvard, subalterno en la Oficina del Comisionado y viajero voraz, había regresado de París con un recorte de diario para Isaac, en el que se anunciaban los servicios de un tal «*Monsieur Sidel, portraitiste*», cuyo centro permanente de operaciones era el vestíbulo de un hotel de la avenida Kléber, cerca del Arco de Triunfo.

—Jefe —dijo Pimloe, con un dedo en el recorte y orgulloso de sí mismo—. ¿No será pariente suyo?

Isaac sintió arder la garganta. No había contado con que su padre se pusiese a jugar a Lázaro después de veinticinco años. Se suponía que Joel Sidel estaba entre los desaparecidos, entre los muertos. Isaac habría querido olvidar el nombre de su padre. Entonces quiso asesinar a Joel, enfrentarse a él en la avenida Kléber y abollarle la cabeza. Isaac empezó a conspirar y a abusar un poco de su influencia. Se invitó a sí mismo a una conferencia en torno al crimen dirigida a armeros y detectives de provincias. Había ido a París a matar, mutilar y a por lo que se le debía.

Camino a la conferencia, mientras cruzaba el Sena, Isaac iba dispuesto a escupir sobre las barcazas del río, a pasar por alto los loros chillones de ancianas de ropa polvorienta y a evitar las librerías de viejo y los organilleros. Pero no supo protegerse contra la Île de la Cité: Una isla de piedra, una ciudad medieval que surgía de las aguas y que robó el habla a Isaac. Se quedó mirando la punta ajardinada de la isla; era una mandra verde delante de los muros grises de las mansiones y las agujas de Notre Dame. La piedra ascendente entre la bruma del río borroso le resultaba insufrible. Nada en Nueva York podía empequeñecer una visión semejante. Las chimeneas de Welfare resultaban ridículas comparadas con aquellos muros empapados. Isaac llegó a la conferencia con cara avinagrada.

Uno de los especialistas de Brujas arrinconó a Isaac tras una breve ponencia sobre los ladrones de bancos parisinos. El flamenco, que hablaba un más que aceptable inglés, daba cabezadas pesimistas que Isaac no alcanzaba a comprender.

—Inspector Sidel, ¿cuál es la situación en América? ¿Hay criminales

aficionados? ¿Despreciables *apaches* imposibles de rastrear? París está plagado de ellos. No me refiero a la escoria de los barrios africanos. Ésos no son una amenaza. Pero los jóvenes salvajes de los pisos de protección oficial en torno a Glignancourt y del resto de madrigueras del extrarradio... Ésos son cucarachas armadas con pistolas. Aparecen por los Campos Elíseos, asaltan un banco y se retiran a su agujero. ¿Y qué se puede hacer? No hay estructura, no hay una banda organizada, no existen bajos fondos como tales. No hay más que cucarachas, cucarachas aisladas.

—En Estados Unidos tenemos también, *monsieur*, pero no tantas —dijo Isaac, más preocupado por su padre Joel, el pusilánime pintor del hotel de la avenida Kléber.

—Entonces, ¿qué consejo tiene para sus amigos de París, inspector Sidel?

—Entren en la zona.

—¿Con un ejército?

—No, con espías.

—Ah —dijo el flamenco, simpatizando con Isaac—. Es cuestión de infiltrarse. Si no se puede expulsar a las cucarachas, se duerme en sus lechos. Quédese en París, inspector. Tiene futuro en la Sûreté.

Isaac se marchó de la conferencia antes del almuerzo. Recuperó el paso en el Quai Voltaire, de camino hacia los Inválidos. Todo iría bien mientras supiera mantenerse alejado de las sudorosas piedras de la Cité. Nueva York volvía a él: las mansardas de Commerce Street, los decrepitos muros de Cherry Lane, los mataderos de Gansevoort, las increíbles fábricas de Lafayette y Upper Mulberry, con sus rejas de acero. Podía abarcar París de un pestañeo.

Isaac agradeció llegar a los bulevares por encima del Trocadero. Ya no tendría que batallar con callejas sinuosas. Cerraba los ojos, podía husmear la avenida Madison en las pequeñas panaderías y joyerías de la *rue* Hamelin. El Iroquois de la avenida Kléber no le sorprendió: tenía que ser un hotel para estadounidenses ricos. Los afluentes del Ohio componían una mueca desde el enorme pictograma de la fachada. En el centro del recibidor tuvo que rodear una inmensa torre Eiffel. Isaac se negó a sonreír.

Su padre estaba en desventaja. Era el único pintor del vestíbulo. Isaac no podía mostrarse compasivo con el caballete de aquel hombre de setenta años. Era el mismo que había vuelto loca a su madre y había hecho un pelele de su hermano. Sophie llegando tumbos hasta una tienda de trastos, Isaac se convirtió en un *flic* y Leo se arrastró a la deriva de la adolescencia al matrimonio y de allí a la cárcel por moroso.

Isaac no podía dejar de observar la técnica de su padre. Joel cazaba a los estadounidenses recién salidos del ascensor. Con un gesto del dedo y un astuto arquear de la espalda atraía a una pareja hasta su banqueta. Mientras esposo y esposa posaban con cámara, fotómetro y guías de viaje, Joel mojaba su grueso pincel en un

bote y pintaba sus contornos y los rasgos más evidentes en menos de un minuto, antes de que tuvieran oportunidad de protestar. Les cobraba veinte francos por su trabajo. La verosimilitud no contaba. Un exceso de fidelidad habría ofendido a las parejas, que se iban asombradas de la velocidad de Joel con el pincel. Isaac ahogó un gruñido contra la solapa de su gabardina. No había ido a París a jugar a los espías.

Joel no dormitaba. Hizo un reconocimiento preliminar: aquél tenía que ser uno de sus dos chicos.

—¿Leo? —dijo.

—No, papá. Vuelve a mirar.

Joel dejó caer el pincel en un trapo: allí se quedó oscilando como la cabeza de un pez.

—Isaac, debes de haber heredado la cara de tu hermano. No me defrauda que seas tú. Tú eres mi hijo mayor. Ha pasado medio siglo y aún eres capaz de llamarme «papá».

—No exageres, papá. Hace cincuenta años yo no había venido al mundo.

Isaac entornó los ojos para apreciar mejor la coloración poco natural de su padre, el rojo acentuado alrededor de los ojos, de las mejillas y la nariz y el azul de las prominencias del cráneo. Joel se había puesto colorete. Llevaba un *foulard* al cuello y un guardapolvos de pintor verde botella que habría servido para identificarle como retratista en cualquier contexto. Era el uniforme de Joel en el Iroquois.

—Te esperaba, Isaac. No me sorprendes. ¿Has venido a asesinar a tu padre?

Las arrugas en la maciza barbilla de Isaac se contrajeron hasta su boca y formaron una sonrisa hiriente.

—Regístrate, papá. Estoy limpio. En París no se pueden colar armas de contrabando.

—Tú colarías lo que hiciera falta, Isaac. No creas que no estoy al corriente de tu carrera. Puede que sea un mierda, pero sigo la pista a mis chicos. Tu hija se llama Marilyn. Es una belleza irlandesa. Lleva unos cuantos maridos a sus espaldas. ¿Te sorprende lo mucho que sé, Isaac? Hay un chico de la Séptima que antes trabajaba para mí y que viene a París una vez al año. Es un comprador internacional, tiene millones en los bolsillos, bebe vino y habla de mi familia. ¿Qué hace Leo?

—Leo está en la cárcel —escupió Isaac entre los dientes.

El colorete se intensificó bajo los ojos de Joel. Se parapetó tras su guardapolvos y se asomó al caballete, el cráneo tintado de azul. Escudriñaba los ascensores olfateando carnaza estadounidense.

—Estoy descuidando mi negocio, Isaac. Presiento que voy a tener una mala tarde. Mencionó una dirección en la *rue Vieille-du-Temple*.

—Está en el Marais, detrás de Rivoli. Sólo tienes que preguntar por los judíos. Lo encontrarás, Isaac. Te llevará un rato. Cuando llegues podrás matarme.

Isaac se fue del hotel para que su padre pudiera seguir con sus manejos. Ya en la *rue Hamelin* sacó un gigantesco mapa de París y buscó la casilla adecuada. Con lógica de policía, calculó dos horas de caminata. Isaac tiró hacia el este, por encima de la curva del río, y apareció en la Place des Etats-Unis.

Dos hombres, vestidos con chaquetas brillantes, rondaban cerca de Isaac mientras buscaban palomas a las que alimentar. Isaac vigilaba su juego de manos. Aquel interés por las aves le parecía falso. (Isaac no había visto ni una cagada de pájaro en toda la plaza). Los abrigos brillantes eran propiedad de un carterista y de su gancho. Isaac calibró al equipo de descuideros en un instante. No podían ser sudamericanos. Los Guzmán (un clan de rateros peruanos) nunca llevarían abrigos brillantes. Tenían que ser de Argelia o de Sicilia. Chavales hambrientos con los dedos suaves y delgados de una chica.

El equipo se abrió para rodear a Isaac. El gancho, un muchacho con la nariz marcada, empujó a Isaac contra el ratero. El muchacho oyó un aullido terrible. La mano del carterista estaba presa en la gabardina de Isaac. Isaac estrujó aquellos dedos tan femeninos con un nuevo apretón del puño. Puso de rodillas al carterista.

No había olvidado al otro. Isaac vio claramente que el gancho era el peor de los dos. Tenía un pincho, un patético cuchillo de cocina sin mango. Pretendía ensartar a Isaac. Pero no iba a hacer sangre al Jefe. Isaac le arreó una sola vez, detrás de la oreja, y el gancho huyó disparado a través de la plaza. El Jefe empezaba a cogerle cariño a París.

Isaac llegó a las Tullerías con más de una hora que matar. Le gustaron las medidas del jardín, alargado y muerto. Los mendigos que pedían en los bordes del paseo tenían una independencia que Isaac supo admirar. Vestidos con cálidos abrigos, ninguno hizo ademán de seguirle o de percibir su presencia.

La euforia de Isaac empezó a decaer en la *rue Rivoli*. Una exuberante formación de la policía montada, sobre cuyas espaldas caían penachos de plumas y que llevaban cascos de plata en la cabeza, le hizo pensar en el uniforme de su padre. Isaac estaba enfadado. Aumentaba su rabia contra Joel. «Mi padre es un payaso», pensó. Un payaso de camisa verde moco.

La *rue Rivoli* se convirtió en una zona de desangelados grandes almacenes, en la que las ventanas presentaban el aspecto escuálido de una zona de guerra, y pronto Isaac se encontró en el Marais. Estrechas callejuelas de edificios corcovados confluían unas en otras en ángulos desquiciados e indefinidos. Por encima de Isaac, las chimeneas germinaban cómo verrugas en un dedo monstruoso. Pasó junto a carnicerías *kosher*, tiendas que vendían *Boercht Romain* y *Salami Hongrois*, pintadas que escupían eslóganes en competición (*Israël Vaincre!* y *Halte à l'Agression Arabe*), y una sinagoga exclusiva para norteafricanos. Joel, que siempre había maldecido a los rabinos de Nueva York, se había vuelto religioso con la edad.

Isaac lamentaba haber hecho el viaje; debería haber ido a Londres, el Londres de Whitechapel, de donde procedía el padre de Joel; era comerciante al por menor, vendía pantalones bombachos en Princelet Street y era el acólito en la sinagoga de Spitalfield. Incluso entonces, los Sidel no oraban; estaban al frente de las finanzas de la sinagoga y de la cocina económica para indigentes judíos. Eran todos gente caritativa.

Isaac encontró al fin el piso de Joel en la *rue* Vieille-du-Temple. No parecía que hubiese por ningún sitio un patio o un pasillo por el que pasar. Se quedó frente a la casa hasta que una anciana salió de una abertura del muro. Isaac entró.

Caminó a tientas en la oscuridad, buscando la inexistente barandilla con ambas manos. Tocó la madera grasienta y áspera de un techo bajo. Tras colarse por un umbral difícil de encontrar salió a la parte trasera. Estaba en un patio interior de suelo azul y desolado y un grupo de árboles hundidos. Se acercó a las escaleras caminando pesadamente. Su padre vivía en el ático.

La amante de Joel era vietnamita (Sophie nunca se había ocupado de divorciarse de su marido errante); era una mujer de mandíbula delicada y exquisitos pómulos, que trabajaba de camarera en el Iroquois. Joel la llamaba Mauricette. No debía de tener más de treinta años, pero fuera del Iroquois Joel era un hombre mucho más joven. Se había quitado el guardapolvos verde botella y los aperos de retratista, y vestía una camisa vieja de terciopelo que obligó a Isaac a hacer frente a la belleza de su padre. Joel no era un payaso en casa. Se había deshecho del colorete.

—¿Quién te ha rajado el abrigo, Isaac?

—No es nada, papá. Me encontré con dos carteristas por la calle. Querían bailar conmigo. Les rechacé. Durante las siguientes dos semanas no tendrán los dedos tan ligeros.

Joel se encogió de hombros ante la historia de Isaac; no sabía desentrañar historias de detectives. Llamó a Isaac a la mesa. El aroma de un arroz perfectamente cocinado atrapó a Isaac por la nariz. Se ablandó un poco al ver la situación de su padre. Joel no precisaba más que una habitación. Todas sus posesiones estaban allí.

Comieron pescado con las manos y chupetearon las espinas. Isaac bebió un vino sedoso que gruñía en la garganta. Joel no le hostigó hasta el final de la cena.

—Un superdetective con un hermano pequeño entre rejas... Ahí tiene que haber alguna moraleja, Isaac. ¿Es que violó a la mujer del comisionado?

—Papá, te aseguro que no está encerrado con criminales. Es sólo una demanda civil. Yo no dejaría que un perverso se acercase a Leo. Tengo un hermano al que le parece que ser sordo, ciego y mudo es caballeroso. Va por ahí regalando hasta las tripas. Se rascó el culo con una pluma descargada y así firmó su sentencia. Ahora es un esclavo. Su exmujer es dueña hasta de sus dientes. A Leo los huevos le cuelgan hasta el suelo. No puede hacer frente a la pensión.

—Yo podría juntar quinientos dólares, Isaac. ¿Cuánto necesita?

—No hables de dinero, papá, hazme el favor. ¿Te crees que no querría ayudar a ese miserable? No quiere aceptar ni cinco. Disfruta con su miseria.

Isaac bajó las escaleras con pasos vacilantes. El vino le había enrojecido el cuello. Se agarró a las paredes, riéndose como un niño tonto que acaba de escapar de casa de su padre. En cuanto llegó a la húmeda tierra azul del patio, se sintió más indulgente con su padre. Su madre estaba loca mucho antes de que Joel se fuera. Fisgaba en los cubos de basura, coleccionaba cartones fétidos y horribles trozos de cordel al mismo tiempo que Joel amasaba sus millones. Isaac la amaba, y sentía cariño por sus montones de chatarra y por los árabes que se traía a casa, mendigos, músicos fracasados y cocineros en paro, después de carroñear por Atlantic Avenue, pero ¿por qué tendría su padre que escoger quedarse junto a una mujer con patillas perennes y un óxido indeleble en los dedos que no podía lavarse?

A Isaac le gustó Mauricette. No era mala madrastra para él, y tampoco era un simple apéndice de su padre: no era una esposa superficial. Había juntado su sangre y su saliva con la de Joel en aquella habitación tan llena de vida.

Isaac volvió a su hotel cerca de la Place Vendôme. Intentó echar una siesta, pero el sonido metálico del teléfono rompió su modorra. No necesitó la ayuda de operadoras extranjeras. Reconoció enseguida el «hola» nasal de Coen.

—Vuelve a casa, Isaac. Tu madre está herida. A tu madre le han hecho daño.



La central había sido tomada por tropas de asalto. Se los encontraba por los pasillos, en las taquillas, en los retretes. Se juntaban cerca de las columnas de mármol de la planta baja chupeteando pastillas ácidas: hombres enfundados en abrigo de cuero negro. Se ladraban unos a otros y escupían a los detectives de menor rango y a los oficinistas, quienes a su vez les llamaban «cuervos» y «enterradores» por las ingentes cantidades de cuero negro que despleaban. Los «cuervos» trabajaban para oficinas distintas. Eran rivales, miembros de unidades de élite pertenecientes al jefe de detectives, el comisionado primero y el propio comisionado de la Policía. Éste había hablado con una claridad poco habitual: quería a los cabrones que habían herido a Sophie Sidel.

Isaac evitó a los chicos de cuero. Se dispersaron tras las columnas en cuanto vieron al Jefe. Isaac tenía su propia unidad, gente sin abrigo de cuero, detectives de ojos azules, tiradores sin malos modos. Se dirigió a su oficina, que estaba frente a la de Rosenblatt *el Vaquero*, judío y jefe de detectives. Isaac había faltado tres días, pero su enorme escritorio de roble estaba abarrotado con memorándums y notas personales, cartas de condolencia de todos los jefes irlandeses del departamento, de la oficina del alcalde, de Newgate, el del FBI que jugaba al *gin rummy* con el comisionado, de Barney Rosenblatt y del comisionado de la policía, y un tarjetón azul pasado de moda con la hermosa caligrafía de O’Roarke, el comisionado primero. El teléfono había sonado sin cesar durante una hora. Se llevó el auricular a la mejilla y gruñó su nombre. No estaba de humor para Mordecai.

—Isaac, he oído lo de tu madre. El vecindario se ha sublevado. Estamos formando patrullas, Isaac. Vamos a devolver golpe por golpe. ¿Qué tal está Sophie?

—Sigue en coma.

—Sophie es una chica fuerte. Saldrá de ésta.

Isaac comprendía bien los hábitos de un viejo amigo. Mordecai no le habría llamado a la oficina para parlotear sobre Sophie. Era un hombre delicado, Mordecai. Tenía que estar buscando algo más.

—¿Es por Honey? —dijo el Jefe—. No ha vuelto a escaparse del nido, ¿verdad? Esta mañana no puedo ir a buscarla. Pero te puedo dejar a Brodsky, o a Coen.

Isaac oyó un ruido que podía ser un sollozo de Mordecai o bien un silbido de la línea.

—Honey está en casa... Es Philip. ¿No podrías visitarle? Está fatal, Isaac.

—Por amor de Dios, tengo a mi madre muriéndose en Bellevue con un montón de tubos clavados y tú me das la lata con Philip. ¿Qué pasa, que ha empeorado su juego de ajedrez? Philip no levanta jamás el culo. Adiós, Mordecai.

Mordecai, Philip e Isaac habían sido los tres grandes cerebros del instituto de

Seward Park. Abanderados del equipo de ajedrez, adoradores de Sergei Eisenstein y Dashiell Hammett, habían sido inseparables en 1943, 1944 y 1945. Pero Mordecai y Philip siguieron siendo visionarios e Isaac entró en la policía. Llamó gritando a Pimloe, que era quien llevaba la brigada de chivatos del comisionado cuando Isaac no estaba. Llevaba puesta la insignia de su hermandad en Harvard, Phi Beta Kappa. Isaac despreciaba la insignia de Pimloe. Él no había hecho más que cuatro miserables semestres en Columbia College, y allí había vivido en una celda de monje en Morningside Heights.

—¿Dónde está Coen?

—Ha salido a seguir un rastro, como todos.

Pimloe levantó la tablilla, en la que tenía un mapa detallado del bajo Manhattan: cuadros verdes para los parques municipales y una estrella azul para la comisaría central; el mapa estaba cubierto de marcas de boli hechas por él.

—La semana pasada asaltaron veinte locales, Isaac. Seis entre Essex y Bowery, seis en Chinatown, cinco en Little Italy, uno en SoHo y dos en Hudson Street. Barney los llama «los niños de la piruleta». No sé qué viejales de Little Italy jura que entraron en su tienda chupando piruletas.

—¿Estás cooperando con Barney Rosenblatt, Herbert?

—No se puede dejar al margen de esto al Vaquero, Isaac. El comisionado de la policía le respalda.

—Ya diré yo a quién puedo dejar al margen. Hay más de una banda trabajando las calles, Herbert. Puede que tu mapa esté un poco pasado, y que tengamos un buen puñado de piruletas entre manos.

—Todo coincide, Isaac. Golpean a los ancianos. Llevan máscaras. No cogen el dinero.

—¿Qué teoría tienes, Herbert? Dime qué piensas tú.

—Chalados. Son chalados, seguro. Atacan, se esconden y atacan. Una puta guerra de piruletas.

—¿Incluye tu teoría a mi madre?

—¿A qué viene eso, Isaac? Aquello fue simple casualidad. Podría haberle tocado a cualquier vieja en su tienda.

—Un cuerno, casual. Alguien me está enviando un mensaje, y no sé por qué. ¿Qué es lo que tienes, Herbert?

Pimloe llevó al Jefe hasta su esquina favorita, delante de la sala de interrogatorios de la segunda planta. Se quedaron mirando a través del espejo unidireccional a los sospechosos que entre Pimloe, Barney Rosenblatt y los «cuervos» habían juntado para Isaac: retrasados mentales de un hotel de la Octava Avenida, borrachines recién salidos de Chinatown, una puta negra con costras en las rodillas, evadidos de un sanatorio mental de Nueva Jersey y dos policías portorriqueños disfrazados de

macarras para que Isaac tuviera una ronda de reconocimiento espectacular. Echó un solo vistazo a las caras y arrugó el labio.

—Soltadlos.

Isaac bajó al Margedonna's Bar and Grille de la esquina. El camarero de la barra no sonreía. Isaac lo intentó en la sala trasera, donde el jefe de detectives estaba sentado junto a sus «cuervos»: los abrigos negros de cuero colgaban encorvados de un perchero en la pared. Isaac se acercó a la larga mesa de Barney Rosenblatt. Ninguno de los cuervos le cedió su asiento. Siguieron atiborrándose de berenjenas y esperaron.

Barney Rosenblatt era el poli judío número uno de la ciudad de Nueva York. Odiaba a Isaac más que los jefes irlandeses que tenía a su lado. Isaac socavaba la autoridad de sus detectives con su tropa de chivatos y espías personales. Ambos eran oficiales en las Manos de Esaú, una fraternidad de policías judíos. Por su culpa, las Manos de Esaú estaba siempre a la greña.

Barney llevaba un Colt con su nombre y graduación grabados en el gatillo, y una pistolera de las de duelo con flecos por debajo, como Buffalo Bill. Al levantarse de la mesa, sostuvo la cartuchera por las barbas para evitar que el Colt se le clavase en la tripa. Los cuervos ya habían comido demasiados pimientos: se les humedecieron los ojos al ver a Barney abrazar a Isaac. ¿Qué eran, tipos corpulentos, osos danzarines?

No había nada de santurrón en el abrazo del Vaquero. Estrujaba las costillas de Isaac con devoción. Barney no era un mequetrefe: sabía compartir el dolor de sus enemigos.

Pero Isaac no había interrumpido el almuerzo del Vaquero para recibir un abrazo, ni había acudido al olor de un chianti en su botella forrada de paja.

—No me vengas a robar los pollos, Barney. Fuera de mi corral. Puedo arreglármelas solo.

—¿A quién llamas robapollos? —dijo el Vaquero. Se estaba aguantando las ganas de coger a Isaac por las orejas y tirarle debajo de la mesa.

—Si hay un enigma, yo lo resolveré. Las personas que han tocado a mi madre se las verán conmigo.

—Nada de *vendettas*, Isaac. Esto es cosa de la policía. Les puedo echar encima a todo Manhattan Sur, sean quienes sean.

—Barney, no quiero a tu gente correteando por ahí. La función es mía. Apártate.

—¿A quién tienes tú, Isaac? ¿A Ojos Azules? Ese imbécil no encontraría ni su polla por la calle.

—Cuida la lengua, Barney. Estás hablando de uno de mis hombres.

El Vaquero tuvo que dejarle marchar. En tanto que jefe de detectives, estaba por encima de las escaleras que otros inspectores tenían que trepar. Pero el comisionado se moría de cáncer, y el poli que heredase su sillón controlaría a la policía de la

ciudad. Barney no necesitaba siquiera plantearse quién sería el heredero de O’Roarke. Aun así, se sentía con ánimo de celebración. Su hija mayor, una solterona de treinta y dos años, estaría casada en ocho días. Era la última hija por casar de Barney. ¿Qué había conseguido Isaac? Había casado tres veces a la misma hija.

Isaac no dio señal de que bajase Brodsky; el chófer le habría distraído. Se fue en taxi, reacio a discutir los peligros del azúcar, la criminalidad y el tiempo.

El taxista supuso que Isaac sería un zar de la pornografía, o bien el representante de zorritas de poca monta; nadie le había pedido nunca que pasease frente a los cines de sesión continua de la Cuarenta y dos.

—Ése es —dijo Isaac, y salió del taxi de un salto.

El taxista le vio desaparecer en el descansillo del Tivoli. No podía creerse las agallas de Isaac.

—Ese tío debe de creer que es invisible. Pasa a través de las taquillas.

Isaac escudriñó las filas traseras. No podía tomar prestada la linterna de uno de los acomodadores. Wadsworth, el hombre al que buscaba, se hubiera escondido. Esquivó a los chicos que se prostituían junto a los pasillos.

—¿Quieres un dedito, cielo? Te costará. Seis dólares una pulgada.

Isaac podría haberlos enchironado, pero habría perdido a su hombre. Tenía que proteger el hogar de Wadsworth.

A sus espaldas oyó un crujido apagado.

—*¿Vas machst, du, Isaac?*

El Jefe tuvo que reírse. Wadsworth se negaba a aceptar que Isaac fuese un judío angloamericano sin conocimientos de *yiddish*.

—Me va bien, Wadsworth.

Wadsworth era albino, un negro lechoso de ojos rosáceos. No podía vivir a la luz del sol. Necesitaba penumbra las veinticuatro horas. Vivía en el Tivoli: se enjuagaba la boca en la fuente, lavaba su ropa en los lavabos y se escabullía a la calle a medianoche, para regresar al cine antes de que el sol tuviera oportunidad de salir. Se alimentaba de palomitas con mantequilla y barritas de chocolate de las máquinas del Tivoli. Podía mantener la misma postura mientras veía dibujos, películas y anuncios. Wadsworth aseguraba que no necesitaba dormir.

—¿Te has ocupado de mis tíos, Isaac? Mis tíos son muy importantes para mí.

—Lo intento, Wads. No me puedo saltar las listas de la Administración así como así. Pero puede que haya una plaza de mecanógrafo en el Departamento de Parques.

—Isaac, mis tíos no saben escribir a máquina.

El Jefe tenía que contentar a Wadsworth con favores, pequeños y grandes. Se ocupaba de encontrar trabajos temporales para la extensa familia de Wadsworth: tíos, primos, amigos... Wadsworth no buscaba el provecho propio. Era el mejor informador que Isaac había tenido nunca. Ladrón de profesión y pirómano ocasional,

vendía relojes y zapatos a bomberos, poceros e hijos de mañosos. Tenía contactos en los barrios de lujo y en los bajos fondos con carteristas, usureros y extorsionadores. Wadsworth acaparaba la información antes incluso de que saliese a la calle.

—Isaac, si has venido por lo de tu madre, no te puedo ayudar. Una pandilla de cabrones con máscaras que se dedican a partir caras sin echar mano a la caja... Suenan a trabajo de aficionados.

—O a cuestión personal. Wadsworth, ¿sabes de alguien que me odie tanto como para enviar a una panda de críos a tocarme los cojones?

—¿Me estás preguntando si tienes enemigos, Isaac? Podría mencionar a diez polis que estarían encantados de asesinarte, incluido Rosenblatt *el Vaquero*.

—Yo de veinte, pero esto no es obra de un poli. ¿Qué hay de los Guzmán?

Los Guzmán, apostadores y carteristas del Bronx, se estaban convirtiendo en proxenetas. Se habían infiltrado en el vecindario de Isaac en busca de carne fresca, treceañeras, todas blancas, e Isaac había jurado que expulsaría a los Guzmán de Manhattan. Lo que hizo fue colocar a sus hombres en las estaciones de autobuses y contrarrestar su habilidad para engatusar a las muchachas.

—¿Me la están devolviendo los Guzmán, Wadsworth?

—Naa —dijo Wadsworth, mostrando la palidez del labio—. Los Guzmán tienen su corazoncito. No irían a por tu madre. Irían directos a ti.

El rojo oscuro de sus pupilas ardía en el aire polvoriento del Tivoli: Isaac tuvo que apartar la mirada de los ojos de Wadsworth. Wadsworth dijo:

—Prueba con Amerigo.

—¿Por qué iba Amerigo a ir detrás de mí?

—Ha estado quejándose, Isaac, no sé más. Cree que te lo montas con el FBI.

—Eso es politiquero de oficina, Wadsworth. El comisionado tiene que ser educado y cooperar. A veces utilizamos sus laboratorios. Pero Newgate es un pelele. ¿Para qué iba yo a liarme con él?

—A mí no me lo cuentes, tío. Díselo a Amerigo.

La cruda luz del día hizo parpadear a Isaac a las puertas del Tivoli. Era un poli poco acostumbrado a las cuevas. Empezó a rezongar contra las teorías de Pimloe sobre la Banda de la Piruleta. Su oficina no había sabido encontrar más que mierda. Pimloe le había presentado una colección de pringados para luego hablar de ataques casuales. Isaac tenía otra idea sobre aquellas piruletas. Habían asustado a Ida, su novia, asaltado su local de Essex Street y dado una paliza a su madre en una misma noche. Querían que Isaac captara el mensaje. ¿Era posible que Amerigo Genussa fuera el benefactor de la banda, el que había señalado a Isaac y había dado a los chicos las máscaras y las piruletas?

Amerigo era presidente del club social Garibaldi, y el *padrone* de Mulberry Street. Antes de introducirse en el mercado inmobiliario y comprar una sexta parte de

Little Italy, había sido un cocinero excepcional. Tuvo que renunciar al Caffè da Amerigo para controlar sus empresas y garantizar la seguridad en las calles. Los portorriqueños hacían incursiones y los chinos se hacían con los edificios en venta al norte de Canal, pero Amerigo había mantenido a los negros a raya. Sus empleados alardeaban de que sus *mammas* y sus novias no podían ver una cara negra en media milla a la redonda del club social Garibaldi, como no fuese la de un poli o la de un hombre del FBI.

Los garibaldinos tenían montada una guerra personal contra el FBI, cuyos espantajos e informadores atestaban las calles de Amerigo, intervenían sus teléfonos, espiaban por sus ventanas, le colaban cables por las paredes e intentaban ligar con las hijas de los tenderos, panaderos y restauradores de Mulberry.

Isaac volvió a coger un taxi, esta vez para ir a Grand Street. Pasó por el puesto de frutas de Murray Baldassare, que estaba frente a la repostería Ferrara. Murray había sido un canario de segunda fila a sueldo de la Oficina del Comisionado hasta que Isaac se lo cedió a Newgate. Ahora era el señuelo de Newgate, el soplón del FBI. Newgate financió la carrera de frutero de Murray: invirtió cuatro mil dólares en el puesto. Murray ya no tenía tiempo para la fruta. Las mujeres del vecindario le arrancaban las bolsas de mandarinas de las manos. La idea era que Murray espicara en Ferrara; Newgate tenía la sospecha de que los *don* de Grand Street cerraban sus tratos frente a tazones de café y bandejitas de pastas sicilianas en Ferrara. No había en Little Italy un niño de más de seis años que no supiera que Murray Baldassare era un confidente. Seguía vivo porque no tenía nada que pasarle a Newgate. El propio Amerigo comía mandarinas de Murray.

Murray dio un respingo al ver el reflejo de Isaac sobre la ventanita de su puesto. Le entró un hipo que le golpeaba bajo los pulmones. Isaac tuvo que darle con el puño sobre el hombro hasta que el frutero recuperó el habla. Las mandarinas tenían un tinte rojizo: Isaac consiguió que sangraran. Cogió una del escaparate: la piel se rasgó bajo la fuerza de la uña amarillenta de Isaac.

El néctar interior se apelmazaba sobre los hilillos que cubrían el fruto.

—Jefe —dijo Murray—. ¿A qué vienes aquí? ¿Es que quieres verme muerto?

Isaac se chupó los dedos.

—Tranquilo, Murray. Amerigo sabe que estabas conmigo. No te hará daño.

—No es por Amerigo. Es por el FBI. Newgate me machacará. ¿Te crees que es tonto? Sabe pensar solito. Los informes que le paso no valen una mierda. Va a decir que Amerigo, tú y yo le estamos tomando el pelo.

—¿No fui yo el que te metió en el negocio, Murray? No te me quejes. Ahora eres famoso. Nadie le había sacado antes un puesto de frutas al FBI.

—Isaac, te lo ruego, sácame de ésta.

Isaac volvió a colocar la mandarina abierta en el escaparate.

—Cuéntame cosas, Murray. Tú vigilas las calles. ¿Ha estado Amerigo reclutando últimamente?

Los ojos de Murray viajaron desde el techo hacia los zapatos de Isaac.

—Creo que sí.

—¿Cuántos, Murray, cuántos ha reclutado?

—Tres o cuatro.

—¿Son piruletas... niños? ¿Uno de ellos una chica? ¿Los envió a pisotear a mi madre?

Bajo las mejillas de Murray comenzó un temblor que descartaba todo farol.

—¿Tu madre, Isaac?... Newgate no me lo dijo. ¿Quién iba a hacer algo tan terrible?

Isaac dobló la esquina mientras Murray se quedaba preso tras su vidrio, enterrado en mandarinas hasta la entrepierna, el tronco torcido e inerte, y el rostro que había adoptado un gesto mecanizado: ojos de mirada perdida en un nido de agujeros. Era un descarte, un espía fabricado, mimado, preparado y establecido por Isaac y entregado luego al FBI.

El Jefe sentía remordimientos por Murray. Pero Newgate había estado dando la tabarra al comisionado, pidiéndole uno de los famosos espías de Isaac, y Murray era el espía que Isaac podía permitirse perder. El jefe pasó frente a los clubs sociales de Mulberry Street, de contraventanas pintadas a franjas verdes y el inevitable «SÓLO MIEMBROS» rascado sobre la pintura.

Isaac entró en el Garibaldi. Los miembros lo miraron, pero nadie le echó. Los garibaldinos supieron soportar su olor de policía, la burda corbata, los zapatos de piel de ternero, los calcetines naranjas y el sacrilegio de una pistola en el local. La mayoría de ellos eran hombres que pasaban de los sesenta, cómodamente enfundados en ropa interior de abrigo que asomaba por los tobillos y las muñecas. Bebían café negro con unas gotas de anís o *cappuccinos* de la enorme máquina del Garibaldi.

Del estómago de Isaac escaparon algunos gruñidos. Era un adicto al café con leche humeante. Le dejaban indiferente los *espressos* de Bleecker y MacDougal, y el Caffé Borgia, donde inundaban el café con nata montada, y el Reggio, en el que servían un moka bastante potable pero poca cosa más. Isaac iba al local de Vinnie, en Sullivan, para disfrutar de *cappuccinos* en vaso, o a Manganaro's, en la Novena Avenida, si se veía con ganas de charlar con el camarero de la barra, que sólo a regañadientes aceptaba tirar de las manijas de su máquina de *espressos*.

El aroma del café dentro del club Garibaldi, espesado por el calor de los radiadores, podía volver loco a un policía. Los garibaldinos hacían los mejores *cappuccinos* de Nueva York. Eso no era atribuible a las maravillas de una máquina que hacía una espuma sensacional y filtraba agua hirviendo a través del café molido. Era la devoción de los propios garibaldinos, que no se planteaban siquiera hacer

*cappuccinos* a cambio de dinero.

Amerigo Genussa estaba sentado entre los garibaldinos y vestía una llamativa camisa roja que se ensanchaba en los puños. No era mayor que Isaac, y tenía cicatrices junto a los ojos, de las peleas sostenidas en las cocinas de Little Italy; estaba concentrado en una partida de dominó.

Isaac decidió no romper el silencio del club Garibaldi. Soportaría el dominó, los tazones de *cappuccino*, incluso el odio que Amerigo sentía por él. Pero el calor sibilante de la calefacción le afectaba, se pegaba a la piel de detrás de sus orejas. El rojo de la camisa de Amerigo se volvió amargo en la boca de Isaac, y podía sentir ya el gusto de la seca superficie de las fichas de dominó.

—¿Quiétes un café, Isaac?

—No.

Amerigo tomó dos tazones de los anaqueles. Subrepticamente, sin un aleteo de la nariz, Isaac contempló la creación del café. La máquina temblequeó con un ruido de succión mientras Amerigo calentaba la leche. Bajó la palanca, y de dos bocas brotó el café.

—Me duele tener en el club a alguien enfurruñado. Si no sabes sonreír, quédate fuera.

Empujó uno de los tazones hacia Isaac. El Jefe se quedó mirando las burbujas de la leche.

—Muérdeme la mano si quieres, posadero, pero no vuelvas a acercarte a mi madre. Te mataré tan lentamente que el cerebro se te escurrirá por la oreja antes de que puedas morir.

—Anda y cómeme el rabo, Isaac. Si hubiera ido a por tu madre, no habría dejado el trabajo a medias.

Los garibaldinos jugaron con las fichas mientras Amerigo e Isaac se observaban uno a otro frente a los tazones de *cappuccino*.

—Dime que no has estado contratando matones en la calle.

—Pues claro que sí. ¿Crees que tu madre ha sido la única víctima? Los cabrones se han metido en mi territorio, le han abierto la cabeza a la señora Pasquino, le han destrozado la panadería y se han vuelto a la judería para comerse su mortadela *kosher*. Les pienso romper los pies, Isaac.

—¿Me estás diciendo que es una banda de estudiantes rabínicos, Amerigo? ¿Un club de kárate judío? No me vengas con cuentos.

—Hay dos que son judíos, seguro. Chico y chica. El otro es un negro de algún tipo. Y si no es un moreno, será turco, o un japo. Son ellos, Isaac.

Isaac hundió la cara sobre el tazón de *cappuccino*.

—Amerigo, de esos piruletas me encargo yo. Retira a tus hombres.

—Imposible, Isaac. ¿Para qué discutir? Los dos somos soldados. Tú tienes tu



territorio, yo tengo el mío. ¿Qué tal está tu hija? ¿Se ha casado bien esta vez?

—Está bien —dijo Isaac, con café entre los dientes—. Ha pillado a un arquitecto.

¿Cómo iba a contarle al encargado que su hija se había desbocado, y que andaba suelta por ahí, con los piruletas rondando por las calles?

—Y tu hermano, Leo, ¿ya se acabaron sus problemas?

—A Leo le va bien.

El café se iba abriendo paso por el sistema de Isaac: estaba rizando la piel de sus rodillas, y silbaba bajo las bolsas de los ojos. Isaac habría vendido a su hija por otro segundo *cappuccino*. Los garibaldinos le tenían en su poder.

—Isaac, he oído que tu novio tiene almohada propia en el cuartel general. Ya no tiene que dormir en el regazo del comisionado.

—No llevo la cuenta de mis novios. Identifícalo.

—Newgate.

—Pero por Dios —dijo Isaac, saliendo del embotamiento causado por el café—. ¿Qué te puede hacer a ti Newgate? Se ahogaría en un charco si el comisionado de la policía no le tuviese cogido de la manita.

—Me hace quedar mal, Isaac. Asusta a las madres italianas jóvenes con sus ojos feos. Las madres dicen que Newgate es un brujo. Supón que tienen niños deformes: soy yo el que se la carga. ¿Qué tiene en contra de la raza italiana? ¿Qué cree, que Sicilia es el país del demonio? En la mitad de mis edificios han reventado los retretes. Me paso el día chapoteando entre mierda con botas de fontanero y el muy tarado me viene con lo del crimen organizado.

—Quéjate al Vaquero, no a mí. Rosenblatt es el que se lleva bien con el FBI.

Isaac sorbió los restos de café de entre sus dientes.

—Mantén a tus gorilas en tu lado de Bowery. Si los pilló cerca de Essex Street, no estarán en condiciones de buscar piruletas.

Isaac se levantó sin fantasía alguna de destrucción. No pensaba escupir sobre los dominós, ni reventar la máquina del *espresso*, ni llevarse a los garibaldinos a comisaría. No tenía cuentas pendientes con Amerigo Genussa. Sorteó las mesas y llegó a la calle.

Marilyn no se lamentaba por estar sin blanca. En el trayecto desde Bellevue hasta casa de Coen, y de allí a la cárcel de Crosby Street, redujo sus problemas a una cuestión de logística: cómo evitar a su padre en su propio territorio. Fue a Bellevue a visitar a su abuela judía. Sophie estaba rodeada de botellas y tubos que extraían los excrementos e introducían azúcares vitales en su cuerpo gota a gota. Los hematomas de Sophie se habían vuelto ya amarillentos. No estaba en coma profundo. A veces despertaba de su sueño y miraba con recelo los tubos de la nariz, y hacía señas a Marilyn con la lengua seca. Marilyn no era capaz de calibrar el alcance de la capacidad de reconocimiento de Sophie. ¿Llamaba a una enfermera o musitaba «Kathleen», el nombre de la madre de Marilyn?

—Estoy aquí contigo, abuela Sophie. Soy la hija de Kathleen. Tu nieta Marilyn.

Se escabulló de las miradas de internos y ordenanzas de patrulla. Isaac podía estar detrás de la puerta. Tenía toda una colección de espías con la que atraparla; hombres vestidos con bata de hospital, detectives maquillados y con bigote falso que señalarían a la delgaducha hija de Isaac y correrían a llamar al Jefe. Vio a un tipo de ese pelaje mendigando por Crosby Street. Después había planeado llevarle unas galletas a su tío Leo que había hecho con la harina del único estante de la alacena de Coen. El tipo tenía trocitos de carbón alrededor de la boca. Intentaba imitar las maneras de un vagabundo. Se soplaba los nudillos, tiraba de las hilachas de su abrigo, mordisqueaba hebras de una bufanda raída... Marilyn se rió de los defectos de su disfraz. El poli iba bien calzado: sólo un vagabundo de la policía podría usar zapatos Florsheim.

Una arruga junto a los ojos perturbó a Marilyn.

—Brian Connell —dijo sin ningún pudor.

Le conocía de Echo Park, y de sus días en el instituto. Había tenido varios «novietes». Brian era uno de ellos.

—¿Mary? —dijo él.

No entendía cómo una chica era capaz de reconocerle tras el abrigo, la bufanda y la cara ennegrecida.

—Soy Marilyn. Marilyn Sidel.

El poli volvió a soplarse los nudillos. Tenía unos dientes preciosos. El recuerdo de Marilyn dio al traste con su cara enhollinada. Sus mejillas ardían de rubor al acordarse de una chica huesuda con grandes tetas.

—Es una locura que te haya ido a encontrar en lo más profundo de Manhattan. Estoy con la brigada criminal. Trabajo en Elizabeth Street. Tenemos a los jefes pisándonos el culo. Nos matarán si no encontramos a los cabrones que le han zumbado a tu abuela. Por eso llevo puesta ropa de Bowery.

Marilyn se sintió ridícula dando la patita a un novio de mucho, mucho tiempo atrás, alguien que once años antes había lamido sus carnes. Brian nunca había sido tímido con ella; y ahora allí estaba, moviéndose sin parar en sus Florsheim, con los nudillos en la boca. «Tiene miedo de mi padre», supuso Marilyn. Le enseñó las galletas.

—Tengo que llevárselas a mi tío. Ya nos veremos, Brian. Hasta luego.

Brian movió la mandíbula con gesto pícaro. No soltó la mano de Marilyn. Tuvo que doblar una rodilla para ocultar una erección.

—Marilyn, no tengas tanta prisa. Entre los dos podemos partirnos Marble Hill y el norte del Bronx. Tenemos un pasado común de chalados. Tómate una cerveza conmigo.

Brian se planteó un asuntillo rápido. Si conseguía acercarse a Marilyn y soplar sus pezones hasta que se volviera loca por él, tendría una baza que jugar con Isaac. Brian necesitaba un judío de los grandes (ninguno de los rabinos irlandeses de la central le había escogido). Isaac era el brazo derecho del comisionado y jefe de todos los rabinos, blancos, negros y portorriqueños. Una vez tuviese a Isaac de «suegro», nada podría salirle mal. Por eso acompañó a Marilyn hasta un bar de Spring Street, absorto en su sueño de una placa de detective.

El camarero guiñó un ojo a Marilyn y le metió una botella de ginebra bajo el brazo a Brian. Brian, la botella bien sujeta, esquivó los taburetes mientras el abrigo revoloteaba. Tuvo que hacer señas hasta tres veces con el cuello hasta que Marilyn le siguió a la trastienda.

—Pensaba que íbamos a beber cerveza —dijo ella.

La puerta se cerró a sus espaldas.

—Brian, éste es un auténtico reencuentro en el Bronx. No has cambiado de trucos.

—En el bar hay humedad. Aquí estaremos más tranquilos.

Brian estaba en una encrucijada: ¿se la trabajaba primero o le arrancaba la promesa de que susurraría su número y nombre de placa al oído de Isaac?

—Háblame de tu familia, Marilyn.

—Qué te voy a contar. Soy víctima de la fatiga de combate. He pasado por tres maridos. ¿Cuántas esposas tienes tú, Brian?

Madre del amor hermoso, sigue siendo una putita, canturreó Brian para sí. Dejó de intentar ocultar su erección.

—Estoy soltero, Marilyn. Te lo juro. ¿Qué marido te gustó más?

Marilyn tuvo que mentir.

—No lo recuerdo.

No quiso hablarle del marido al que adoró, el primero, Larry, un chico rubio que ceceaba y a quien maltrató con sus cariñosos ataques de furia y de celos. Educada por

Kathleen, la reina de la propiedad inmobiliaria, y por Isaac *el Justo*, Marilyn había sido demasiado para el pobre chico rubio. El guapo de Larry se largó. Coen, el huérfano de ojos azules, le recordaba a veces a Larry.

Brian echó un trago a la botella y esbozó una sonrisa angelical. Pensaba en sexo en grupo en un sótano, en salas de musculación, y en los bosquecillos de Isham Park, y en Marilyn satisfaciendo a todas y cada una de las estrellas del club de atletismo de Inwood Hill; en su cuerpo esbelto al temblar bajo las acometidas de Brian y sus amigos, que mitigaban su temor al purgatorio en la convicción de que Marilyn no era del todo irlandesa. Los chicos interpretaban la predisposición de Marilyn a desnudarse como un ramalazo rebelde de su parte judía.

Brian se aclaró la lengua con el alcohol dulce. Su sonrisa se tornó amarga, y en sus dientes se adivinaba un algo lobuno. Los tres maridos de Marilyn le sacaban de quicio. «Zorra, puta —iba balbuciendo en silencio—, te los tiras siempre de tres en tres». Metió un dedo en la blusa de Marilyn. El dedo se quedó sobre la clavícula. Brian no sabía qué explorar. Tenía el cerebro hinchado de ginebra.

Marilyn apartó el dedo de su pecho sin maldecir a Brian. Tenía unas galletas que entregar. Vio que las mejillas de Brian estallaban. La ginebra le había llegado a la cara. La blusa saltó de sus hombros de un tirón seco. Los nudillos de Brian se aplastaron contra sus pómulos. Notó ratoncillos bajo el ojo. Quiso vomitar sangre. Brian se agachó, agarró las caderas con los pulgares y la falda de Marilyn cayó por debajo de las rodillas. La prenda, enrollada en los tobillos, le impedía darle una patada. Intentó empujarle débilmente con los codos. Brian la tiró contra el suelo.

Forcejeaba con la Marilyn de Isham Park. Podía eclipsar a los maridos, a la banda nupcial y el lecho conyugal con las medias de rejilla que le había arrebatado y estrujaba en el puño. Era la niña puta de Brian. Isaac no existía. El canal entre sus pechos, la línea temblorosa de su labio, el subir y bajar de su complicado ombligo, todo le demostraba que era una criatura del sótano, alguien de sangre manchada e historial poco fiable. Le separó las rodillas y metió la mano. Podía tolerar los arañazos en los codos y las marcas de las uñas de una puta. Siguió aplastando los nudillos contra el ojo de Marilyn. De un tirón de pelo le echó la cabeza atrás. La golpeo hasta que se calmó.

Marilyn intentó pensar en Larry. Pero se echó a llorar. Entonces pensó en Coen. Se imaginó la curva de su cuello, el aroma del polvo de talco en la avenida Amsterdam, el tacto de la rubia rodilla de Coen, y la presión que la estaba rajando desde el pecho hasta las zancas se alivió un poco. Brian pensó que estaba loca cuando la oyó murmurar:

—Ojos Azules.

Sus compañeros lo encontraron recitando avemarías tras un montón de barbas. Lo

sacaron a rastras del armario de los disfraces, furiosos por los rasguños que tenía en la cara. Aquello era la brigada criminal, y no podían permitirse que un zumbado religioso les arruinase la reputación. Los detectives de la comisaría se reirían de ellos. Su propio sargento los tacharía de imbéciles. Se habían jurado que encontrarían a la Banda de las Piruletas para impresionar a la central con su habilidad a la hora de trabajar de incógnito usando unos disfraces sensacionales.

—Brian, despierta.

Brian se abrazó a las rodillas de sus compañeros y lloró aferrado a las perneras.

—Isaac me va a matar.

—¿Qué tendría pendiente contigo el gran Isaac, Brian?

—Me he follado a su hija —dijo Brian.

Los otros sonrieron y miraron a Brian con más respeto.

—Es una tía buena que se dedica a coleccionar anillos de boda. Tuve que darle una paliza.

Sus compañeros estaban horrorizados. Se sacudieron a Brian de las piernas. El gran Isaac podía entrar en cualquier comisaría y machacar a un agente vestido de pordiosero. Pero si Isaac encontraba a Brian Connell, podría acabar con todos.

—Vuelve al armario —le dijeron.

Brian se arrastró sobre el vientre, como una serpiente dentro de un calcetín de lana. De un estante cayeron pelos sueltos de un bigote, y Brian tuvo que estornudar. Estar a oscuras era desagradable. Le prometió dos novenas consecutivas a la Virgen si hacía desaparecer a Isaac. Se abrió el armario. Vio las bocas de sus compañeros.

—Es sólo Ojos Azules —dijeron.

Volvieron a sacarle, haciéndole cosquillas bajo la sobaquera. Se le escapó una risotada.

—Isaac nos tiene miedo. Envía a su perrito a enfrentarse conmigo. Me lo voy a comer. Mirad.

Coen los tenía desconcertados. Había llegado a la comisaría con la cara sin afeitar. Le recordaban siempre con trajes de espiga; a Isaac le encantaba tener presentables a los espías del Comisionado. Su grupo de detectives con manicura era ya una leyenda en las comisarías de Manhattan, donde los agentes desconfiaban de cualquier muchacho dulce sin algo de mugre bajo las uñas. Pero Coen llevaba puesto un chaquetón y unos pantalones casi tan pringosos como los de Brian. Los de la brigada criminal se acomodaron contra la pared para que Coen tuviera el camino expedito hasta Brian en el vestuario.

—¿Brian Connell? —dijo con su voz normal.

A Brian no le gustó que le saludase un poli con voz nasal. Sabía que era más rápido que ojos Azules. Clavó su revólver de servicio en la mandíbula de Coen.

—¿Crees que puedes venir a humillarme delante de mi gente? ¿Quién te ha dicho

que puedes decir mi nombre? Más te vale ir pidiendo permiso, Ojitos Azules.

Coen no pestañeaba ni siquiera con una Special de la policía en la mandíbula. El cañón de la pistola rascaba ya contra sus muelas. Los de la pared hablaban entre murmullos de forenses y depósitos para Coen. Brian no conseguía que Coen cambiase de cara. Las comisuras de sus labios no se movían. Las manchitas de color que se desintegraban en sus ojos nada tenían que ver con Brian. Los ojos de Coen centelleaban al margen de lo que sucedía en el vestuario. Brian apartó el arma. Entendió la futilidad de su farol. Ojos Azules era despiadado.

Brian se desmoronó contra la puerta del armario: sus rodillas vencieron. No pudo respirar hasta que desapareció por debajo de la mirada de Coen. Mientras pugnaba por ganar algo de resuello, pensó en los inescrutables caminos de Isaac. El Jefe no entraría jamás en un vestuario. Mejor encargarse a Coen que se ocupase de sus muertos. Brian se arrepentía ahora de haber estropeado la fiestecita con Marilyn. Podría haber sido uno de los ángeles de la muerte de Isaac.

Tenía miedo de tocar a Coen, de abrazarse a la rodilla de un asesino. Por eso, sollozó con los pulgares en las mangas:

—Manfred, no hagas caso de lo que te haya dicho Isaac. Marilyn y yo estuvimos saliendo un tiempo. Compruébalo. No es como si la hubiese raptado en plena calle... Manfred, me conoce de Echo Park. Los dos íbamos a clase de acordeón en la parroquia... Vaya chica. Fue la primera irlandesa judía que conocí.

¿Cómo podía Coen estirar de las orejas a alguien que estaba tan cerca del suelo? Una hora antes, Marilyn había entrado en su apartamento, desnuda bajo el abrigo, con las mejillas hinchadas y sangre en la nariz. Coen comprendió que aquellas heridas no podían deberse a un accidente. La hinchazón marcaba demasiado metódicamente su cara. Encontró la falda, la blusa y las medias desgarradas entre las galletas de la bolsa. No podía creer que aquello fuera obra de Isaac. Si al Jefe le hubiera dado por el castigo corporal, no le habría roto la cara a Marilyn. Habría llamado a Manfred, que era quien la estaba ocultando. Coen se aprovechó del aturdimiento de Marilyn. Consiguió arrancarle el nombre de Brian Connell. Fue corriendo a Elizabeth Street. Coen no tenía la habilidad de Isaac. Era torpe a la hora de idear planes. Pensaba abofetear a Brian, ¿y luego qué? ¿Qué iba a hacer, desvestir a Brian en comisaría y hacerlo arrastrarse desnudo?

Los sollozos de Brian hicieron sentirse fatal a Coen. Las orejas del agente estaban húmedas. Coen desconfiaba de los de la brigada. Eran una panda de entrometidos a los que les gustaba jugar a detectives en la calle. Se le pasaron las ganas de bajarle los pantalones a Brian.

—Escúchame bien, mamarracho. Da igual dónde vaya Marilyn, tú vas en dirección contraria. Si alguna vez vuelves a acercarte a ella desearás que Manhattan no exista.

Los compañeros de Brian se quedaron pegados contra la pared, con las tripas encogidas. No tenían la sangre fría de un detective de ojos azules. No eran más que patrulleros venidos a más, agentes sin uniforme, y no podían echarse encima de Coen. Isaac se hubiera cargado a la unidad entera y se la hubiera dado como carnaza a los negros y los tiburones comehombres del Bronx.

De Elizabeth Street, Coen fue a darse una vuelta por los centros de juventud del centro de East Side. Iba en búsqueda de adolescentes feroces, chicos y chicas que pudiesen ser piruletas. Su tercera parada fue en un centro judío en el cruce de Rivington con Suffolk. Pudo ver que los casquetes y la parafernalia religiosa brillaban por su ausencia. ¿Dónde estaban los judíos de Suffolk Street?

En el centro abundaban muchachos chinos, latinos, negros y blancos taciturnos llegados de Seward Park. La alargada sala de juegos daba la impresión de hacer frente a un tornado todas las noches. Las paredes habían sido expoliadas: la madera había desaparecido, y había agujeros allí donde tendrían que estar los adornos y los aros de baloncesto.

Había una serie de enormes y serpenteantes genitales, pintados sobre la pared, firmados por «Esther Rose». La artista había sido meticulosa con el vello púbico y lo había punteado con sombra de ojos y pintalabios de varios tonos. Al parecer, «Esther Rose» tenía una visión sesgada de las cosas: sus clítoris eran mucho mayores que sus pollas. A Coen le gustó el arte de la barra de labios. «Esther Rose» había dibujado ojitos y dientes como pastillas de chicle en torno a las raíces del vello púbico.

Bajo los genitales de «Esther Rose», escritos en un rosa muy llamativo, había varios eslóganes.

«RUPERT DICE: TODOS DESAPARECEREMOS SI ÁRABES Y JUDÍOS NO SE BESAN».

«EL PRODUCTO NACIONAL BRUTO ES UN INVENTO DE BANQUEROS CON SEMEN DE POCA CALIDAD».

«RUPERT DICE: GEORGE WASHINGTON SERÁ OLVIDADO MUCHO ANTES QUE WILLIE MAYS».

«SACHS & GIMBEL'S SON LAS PUTAS DE NUEVA YORK, DICE RUPERT».

Coen no podía dedicarse a los dichos de Rupert. Tenía que mezclarse con la población del centro, echar el anzuelo en busca de objetos y caras sospechosas: pescar a una banda de pegamujeres.

Algunos chicos vestidos con jerséis y gorras sin visera deambulaban por las

esquinas, evitando a Coen y su chaquetón. Su vocabulario le tuvo desconcertado hasta que se dio cuenta de que «montañaraja», «torro» y «colonia» eran nombres de vino barato.

Los aprendices de borrachos empezaron a burlarse de Coen. Fueron juntándose en torno a una mesa de ping-pong, que consistía en una red verde torcida y una serie de desconchados. El campeón local, un chico gritón y pendenciero de pelo hispido, desafió a los borrachos a una partida si eran capaces de juntar cincuenta centavos. Los borrachos eran demasiado pobres. Entonces el campeón desafió a Coen con las cejas y un chasquido de los labios.

—¿Tienes calderilla, hermano?

Coen aceptó jugar.

Los borrachos le abuchearon. Olían ya otra víctima de la pedregosa mesa de ping-pong. Coen respondió a su alboroto con una sonrisa. Eran macarrillas sensatos. Esperaba poder descartarlos y llegar a los piruletas a través de ellos. El campeón tenía una pala de esponja con gomas recién pegadas. Le dio a Coen una pala de lija desgastada. A Coen le dio igual. El ping-pong era su juego. Había perfeccionado sus golpes en un club de la parte alta después de que su mujer se divorciase de él.

El campeón tenía un saque ilegal. No lanzaba al aire la pelota. La sostenía entre los dedos y la golpeaba mientras giraba la muñeca. La pelota salió disparada de la mesa con un efecto endiablado. El campeón había memorizado la peculiar superficie de la mesa; conocía cada montículo, cada zona muerta, cada muesca en la red. Pero Coen no era un jugador de provincias. Fue minimizando las ventajas de su contrincante, bloqueando la pelota con su escuálida pala. Le añadía además un ligero empuje, y la pelota volvía a pasar sobre la red con exactamente el mismo efecto. El campeón se quedó mirando la pelota. Nadie le había hecho nunca comerse sus efectos. Perdió la moral después de tres voleas cortas de Coen. Empezó a mordisquear la goma de su pala.

Los borrachos se negaban a aplaudir. Entornaban los ojos de una forma amenazante que no se le escapaba a Coen. Nunca había visto a quinceañeros con caras tan impasibles, con la impavidez de hombres adultos y endurecidos. Se colocaron en torno a Coen y le hostigaron en una mezcla de español e inglés.

—¿Quién es esta *borinqueña*<sup>[2]</sup>?

—*Yo no sé*<sup>[3]</sup>, *man*, pero creo que nos vino a chingar. Traed a Stanley.

—Stanley te hará picadillo por chingarnos los cincuenta centavos.

Stanley era un muchacho chino de bíceps espectaculares. Llegó vestido con una sudadera de Bruce Lee a la que había arrancado las mangas. Coen no estaba dispuesto a rendir pleitesía a la definición muscular del chico. Los bíceps no le asustaban. Stanley tenía una cara hermosa. Eso sí preocupaba a Coen. La musculatura parecía incompatible con unos ojos dulces. El chico no tenía el gesto simiesco y las amargas



mejillas de los borrachos.

Su voz era tolerante.

—¿Qué quiere de nosotros, jefe?

—Noticias —dijo Coen.

Los aprendices de borrachos achinaron los ojos. Estaban sopesando a Coen. Un alfeñique como aquél no iba a pillarles por sorpresa. Tenían verdadera facilidad para olfatear polis. Los polis no juegan a ping-pong, decidieron.

—¿No serás de los de Educación, verdad, hermanita? ¿Sabes lo que hacemos con los inspectores de educación? Les comemos la nariz, y les matamos a cosquillas.

—Te estás equivocando, *broder*, la *muchacha*<sup>[4]</sup> es del Tesoro. Te ha visto mamando de la botella y ha venido a recaudar el impuesto por el whisky.

—Y una mierda. Verás cómo es un maricón de la parte alta. Ha venido a redecorar.

Coen se desabrochó el chaquetón. Quería rascarse. Pero el corchete de la pistolera se había soltado durante la partida de ping-pong y se le cayó el arma. Los borrachos se arremolinaron en torno a ella.

—*Mira, mira*<sup>[5]</sup> lo que se ha traído papaíto. Abríos, tíos.

Coen se sintió chasqueado: no había querido amenazarlos con la pistola. Huyeron a la carrera. El chico chino fue el único que se quedó.

«Le preguntaré qué sabe de la Banda de las Piruletas», se dijo Coen entre dientes, confiando en la inteligencia de Stanley. El centro se vació, y un paisaje poco complicado de paredes desconchadas y cables sueltos quedó a la vista. Stanley seguía sin moverse. Coen estaba a punto de mencionar a los piruletas cuando sintió que dos enormes pinzas le cogían del pecho y lo tiraban contra la mesa de ping-pong. Hubiera podido jurar que los pies de Stanley no se habían separado siquiera del suelo. El chico había dado una patata en el aire sin encogerse ni tensar su hermoso rostro y había chocado contra los pulmones de Coen con ambos pies. Coen quedó tendido en el suelo; bajo el corazón palpitaba un dolor que le sacudía la garganta y sentía las tripas en la boca. Supuso que iba a morir. Pero sus pulmones seguían inspirando y espirando. La sangre fluyó a su cabeza. Coen se puso en pie. De nuevo pensaba en piruletas.

## 6

Los propietarios del restaurante de Ludlow Street estaban enfadados con Ida Stutz. Ya no podían hacerla trabajar doce horas al día. Ida se había vuelto arisca. Ahora insistía en su derecho a una verdadera pausa para el almuerzo. El Jefe no había llamado a la empañada ventana del restaurante desde su regreso al país, e Ida estaba dispuesta a encontrarle.

Le preocupaba Isaac. Si no le atiborraba a champiñones y sopa de cebada, se convertiría en un inspector delgado. La racanería con los hombres no era su estilo. Isaac necesitaba sus carnes para liberarse de sus ansiedades y de las cargas que comportaba ser padre, esposo, hijo y poli con cerebro. Ida simplificaba su vida. Sabía que él tenía una hija desaparecida, una esposa chillona y una madre en el hospital, pobre Sophie, que se llevaba árabes a la cama. Ida iba de camino a Rivington Street, a casa de Isaac. Quería renovar la tierra de sus macetas, rascar el interior de la nevera, esperarle junto a la salida de incendios.

A Ida le pareció que las calles tenían un aspecto maligno. Restos de cajas de las conservas flotaban sobre las alcantarillas y chocaban como brazos y dedos contra el torso de una muñeca. El viento de febrero penetraba en la madera, se escurría por las rendijas de los edificios bajos y desvencijados, forzaba al viejo mendigo judío de Broome Street a hundir la cabeza en su abrigo, barría hasta la capa más profunda de las faldas de Ida y se aferraba a las costuras de sus resistentes bombachos. Ida rogaba para que nevase.

La oscura *snegu* de su abuela rusa (la nieve que caía en Delancey Street era más azul que blanca) cubriría con hielo las alcantarillas, ocultaría las ruinas, obligaría a las conservas a alejar su trajín de las aceras.

Ida no añoraba el pasado. Poco le importaba que el mercado de Essex Street vendiese pelucas en lugar de queso artesano. Los cubanos habían llegado a Essex Street junto con una oleada de tenderos israelíes. Ida se alegró de su llegada. Con los israelíes discutía a propósito de sus principios paganos, de la desconfianza que le inspiraba toda tierra prometida y ver judíos con tanques, pero discutía por amor. Y los cubanos adoraban los *blintzes* de Ida, aunque no supieran pronunciar la palabra.

Unas manos rudas, sin guantes ni mitones, la agarraron cerca del edificio de Isaac y la arrastraron a un portal. Se vio rodeada por una confusión de máscaras. Los ojos ardientes y sudorosos que la miraban le hicieron temblar. Ida reconoció a la Banda de los Piruletas. Aquél era el trío que había pasado por el restaurante, había robado *blintzes*, le habían magreado el pecho, y que ahora había doblado la esquina para romperle la cabeza. Ida pudo oler el pelo de una chica bajo una de las máscaras. A la chica se le escapó un gruñido. Los otros dos eran más callados.

—El chochito de Isaac —dijo la chica, y cogió a Ida por la barbilla.

Los dos chicos tuvieron que sujetarla.

—Es inofensiva —dijo el chico más bajo—. Mírala.

La chica no se dejaba aplacar con facilidad.

—Seguro que se la chupa. Es algo que se te pega, seguro. Para mí es una guarra gordinflona. —Y se puso de puntillas para cogerle un mechón de pelo a Ida—. Dale recuerdos de Esther Rose al bueno de Isaac.

—Cállate —dijo el chico más bajo.

El alto se recostó en una hilera de buzones reventados, inhibiéndose de aquella cháchara. Cuando Ida empujó los dedos que se le clavaban en el cuero cabelludo, percibió los movimientos nerviosos del muchacho. Se alejaba de sus amigos. El pequeño, más cercano a Ida y Esther Rose, puso a Ida fuera del alcance de Rose.

—A ver si te enteras —dijo—. Ese tío es un cerdo. Tiene las orejas llenas de mierda. Se ganó su reputación chupándose a Nueva York. Ahora es la ciudad la que se venga.

—Vamos a follárnosla —jadeó Esther—. Le quitamos la ropa de gorda y nos la follamos... Será como tirarle arpones a una ballena. Me juego algo a que está llena de papilla.

Le dio un golpe con el canto de la mano. El chico alto se alejaba ya, dando trapiés y chocando contra la pared, enganchándose el hombro con las piezas metálicas de los buzones. Esther le dio un empujón al otro.

—¿Estás conmigo, Rupe?

Rupe paró los golpes de Esther con el codo.

—Venga, nos vamos ya.

Empujaron a Ida al interior del portal, la encajonaron tras una puerta y salieron corriendo, con las máscaras cortando suavemente el aire mientras se apresuraban a ganar la calle. Ida no gimoteó. No era estrictamente el miedo lo que la retuvo tras la puerta. No alcanzaba a entender a las tres máscaras. ¿Qué querían de ella y de Isaac? Deseó poder sumergirse en el aire viciado del restaurante. A Ida le encantaba oler el salmón y el queso fresco gratinado. Se tambaleó subida a los zapatos, intentando ahuyentar el viento que golpeaba sus tobillos. Hacía muchísimo frío en el portal.

Isaac se devanaba los sesos buscando enemigos lógicos. Se había acercado hasta Bummy's para entrevistarse con Milton Gulavitch, asesino y ladrón venido a menos que tenía coágulos en las dos piernas y una cuenta pendiente con Isaac. Veinte años atrás, Gulavitch había sido el «controlador» de Brownsville y el Nueva York Este. Ninguna lavandería del largo y agobiante pasillo que unía Brooklyn con Queens podía sobrevivir sin un permiso de Milton, que en su madurez conservaba su poder porque tenía medios legítimos con los que proteger su imperio: dos de sus hermanos eran detectives de Homicidios en el centro de Manhattan. Los dos jóvenes Gulavitch,

Myron y Jay, tenían sus propios chanchullos en Little Italy; allí extorsionaban a los tenderos portorriqueños, chinos y judíos, y partían caras por cuenta de los caseros y prestamistas de Baxter Street. Isaac, el niño detective, se encontró con Myron y Jay y ayudó a enviarlos al retiro y al oprobio. Lo de sus hermanos dolió a Myron en lo más hondo. Juró que le sacaría los ojos a Isaac: un detective ciego no husmearía en los asuntos de los demás. Cruzó el puente Williamsburg y se quedó esperando a Isaac en Mendel's, un bar de Clinton Street frecuentado por policías y criminales judíos.

Isaac no iba a permitir que Gulavitch le echase del bar de Mendel. Por entonces era más corpulento, la piel colgaba de sus puños de muchacho. Llegó vestido de *tweed*, consciente de la fuerza de los pulgares de Milton y de su habilidad para saltar ojos. Isaac puso la porra y la pistola sobre el mostrador de Mendel's. No quería que los clientes pensasen que estaba allí por algo oficial. A Gulavitch le dio la risa. No llevaba en los bolsillos más que los pulgares. Con un gesto lánguido y engañoso giró sobre su cadera para abrazar la cabeza de Isaac. Éste apretó los ojos contra el pecho del «controlador», con lo que Gulavitch no tenía dónde atacar. No había esperado una táctica semejante de un muchacho, y había dejado su cara al descubierto. Isaac le agarró con una mano rechoncha. De un duro golpe le rompió a Gulavitch el arco del ojo. Gulavitch se llevó las manos a la cara. Los clientes que tenía alrededor abrieron la boca, asombrados y asqueados. Gulavitch pasó a ser Gula *el Tuerto*. Desapareció del mapa y su imperio pasó a otras manos, y reapareció pasados quince años como lavaplatos y fregona de Bummy Gilman.

Isaac despreciaba a Bummy porque se mostraba servil con Barney Rosenblatt y otros capitanes de comisaría judíos, pero no había ido a reventarle el local a Bummy.

—¿Dónde está Gula? —preguntó.

A Bummy le ponía nervioso tener a Isaac en el bar. No sabía por dónde coger al Jefe, no podía sobornarle ni con sus costillas de cordero ni con espectáculos pornográficos.

—No le toques, Isaac. Está senil.

—Vale. Pero puede que tenga un par de sobrinos que le estén haciendo los recados. Tengo que saberlo.

—Isaac, no se acuerda ni de su nombre. Si le soplas se cae.

—No te preocupes, le recogeré antes de que se caiga.

Isaac entró en la cocina de Bummy. Apestaba a grasa animal y a ropa interior de viejo. Milton Gulavitch estaba quitando los ojos a una patata con el pulgar. Los pliegues de la uña tenían fascinado a Isaac.

—¿Gula?

No es que Isaac estuviese paranoico. Gulavitch se plantaba a menudo frente a la central para maldecir a Isaac. Últimamente había estado amenazando con resucitar su imperio y echárselo encima a Isaac. Barney Rosenblatt le propuso encerrar a

Gulavitch. Isaac no quiso ni oír hablar de ello.

—Gula, escúchame. ¿Tienes dos sobrinos y una sobrina en Brooklyn? ¿Les has empujado a odiarme?

Gulavitch levantó la vista de la patata.

—Muérete, Isaac. Haz eso por mí.

No llevaba puesto el parche, e Isaac tuvo que mirar el hueco azulado, el desastre que él había causado. La saliva empezó a acumularse bajo la lengua de Gulavitch.

—Un día se te caerá el rabo, Isaac, y ese día te tendré a mi merced.

Isaac dio el encuentro por concluido. Fingió no ver el gesto adusto que le dedicaba Bummy desde la barra y paseó hasta Crosby Street. Insatisfecho, sin solución alguna tras sus grandes orgías, se fue a ver a su hermano. Podría haber pasado a Leo ante cualquier guarda y cualquier vigilante, pero Leo se negó a salir. Isaac no tuvo ni que gruñir el nombre de Leo. Los guardas le condujeron hasta la recepción, temblorosos ante la mirada del Jefe. Leo suponía para ellos una vergüenza: cada día que pasaba con la camisa de la prisión puesta los guardas se metían hasta los corvejones en la lista negra de Isaac. Era gente muy insegura.

—¿Te tratan con respeto, Leo? —masculló Isaac, al tiempo que los guardias se apresuraban a salir de la habitación.

La huida de los guardas volvió taciturno a Leo. No quería estar a solas con su hermano.

—No tendrías que haber hecho eso, Isaac. Se portan bien conmigo.

—Gilipollas, te reventarían los sesos si no fueras mi hermano. ¿Cómo van a ser buenos?

—Me da igual. Es un hecho. Soy invulnerable porque soy tu hermano.

Un escalofrío hizo temblar a Leo como un espantapájaros vestido con la holgada camisa; no estaba seguro ni en la condenada cárcel. Isaac llegaba a cualquier agujero. Manhattan era su tarro de miel.

—Leo, he visto a nuestro padre. Está vivo... Pinta retratos. Me preguntó por ti.

De Leo brotó un sonido que sonó casi como un rugido.

—Yo no tengo padre.

A Isaac le sorprendió el desdén de Leo.

—Te digo que está vivo... Joel, Joel. Le vi dos veces.

Leo tiró del pequeño bolsillo del chaleco de Isaac.

—No hay ningún puto Joel. Te lo advierto, Isaac. No me cabrees.

El bolsillo se desgarró. Isaac dejó que su hermano mantuviera los dedos sobre las costuras desgarradas. La violencia volcada en el bolsillo de Isaac había aplacado aparentemente a Leo. Apartó los dedos para poder llorar entre las manos.

—Sophie está en el hospital por su culpa. Ella estaría cuerda si ese peletero miserable no se hubiese largado. ¿O crees que se hubiera encaprichado si no con una

chatarrería? Isaac, tú tenías tus peleas a puñetazos y las partidas de ajedrez y a tus dos amigos, Philip y Mordecai. A ti no te faltaba de nada. ¿Y yo qué? Yo era lento, hermano. No era capaz de defender una línea de peones, ni de introducir mejoras en la defensa siciliana. Un padre hubiera podido ayudarme.

El escrutinio de su hermano puso nervioso a Isaac. No había venido a discutir la existencia de Joel. ¿Y por qué tendría que avergonzarse ahora de habilidades pasadas? Isaac había perdido su habilidad ajedrecística veinticinco años atrás. Decidió meterse en el papel de policía y empezó a sondear a su hermano.

—¿Dónde está Marilyn? Conozco todos sus movimientos. Viene a visitarte. Entra y sale cuando quiere del cuarto de mamá en el hospital. Dime, Leo, ¿quién le da cobijo? Es demasiado mirada para esconderse en el cubo de la basura. Alguien la acoge día y noche.

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes, Leo? Esa palabra no me gusta. ¿No me la estarás escondiendo, verdad? Acuérdate de dónde vienen tus privilegios. No estoy ciego. Los guardas te dejan que te escapes hasta Bellevue. Será muy amable de su parte, Leo, pero fui yo el que les dio la idea. Y no fue por ti. Fue por mamá. Tú eres su hijo especial. No quería que se despertase en un hospital cochambroso sin tenerte a su lado. Y ahora dime, ¿quién es el cabrón, quién es el mierda que tiene a mi hija? Quiero su nombre.

—Vete al infierno, Isaac.

Isaac hubiera podido estrujarle el cuello sin dañar en absoluto su carrera. El respaldo del comisionado le daba derecho a apabullar impunemente a la gente. La lealtad de Leo hacia Marilyn le corroía por dentro. El Jefe estaba un poco celoso. Cuarenta años dando la cara por él, pensaba Isaac para sí, y prefiere a Marilyn antes que a mí. En el amor de Isaac por su hermano se entremezclaba un factor criminal: el cariño podía tornarse bilis en cuestión de segundos. Los Sidel eran gente amarga.

—Te estás aprovechando de mí, Leo. Hay una serie de hijitos e hijitas de puta ahí fuera que quieren matarnos. Han llegado hasta Sophie. No volverá a suceder. Pero no esperes que me dedique a mimarte. Os quiero a ti y a tu jeta fuera de la cárcel. Hablaré con el comisionado de prisiones si hace falta. Arreglaré lo tuyo con tu mujer. Mamá no tiene por qué estar en una habitación rodeada de extraños. Te quedarás junto a ella hasta que encuentre a esos pirados. Te doy tres días, Leo. Después tiraré abajo la cárcel.

Isaac cruzó la habitación moviendo arriba y abajo el cuello al caminar. Los guardias asomaron la cabeza. Se acercaron poco a poco a Leo y le rodearon con ademán servicial.

—¿Pinacle, Leo? Hoy somos cuatro. Listos para perder.

Leo todavía temblaba, pero no podía defraudar a los guardas.

—Señores, yo reparto primero.

Los guardas salieron a buscar sillas plegables. Leo empezó a cuadrar la baraja. Esperaba que el pinnacle ayudase a salvar a aquellos hombres. Cantar colores y parejas quizá disminuyese el miedo que les infundía el Jefe.

Los guardias temblaban tanto como Leo. Estaban torpes con la baraja, y les resbalaban las cartas de las manos. No podían envidar sus parejas, ni cantar triunfos. Isaac se había cargado la tarde.

El hombre del FBI no dejaba en paz a Isaac. Tenía su propio cojín en la central, y con él entraba y salía del despacho de Isaac. Newgate adoraba al Jefe. Salido de Bethesda, en Maryland, había aterrizado en un universo de detectives judíos, irlandeses y negros, y quería que Isaac comprendiese que él no era un episcopaliano más. Aseguraba que tenía parte de cherokee. Esa pizca de exotismo hacía reír a los hombres de Isaac: la posibilidad de que tuviera sangre india no les acercaba en absoluto a Newgate. Era un pelele, un idiota de Maryland que robaba las palabras de la boca de Isaac. No les impresionaba que dijese que había que «enterrar» a Amerigo Genussa o que iba a «tirar abajo» Mulberry Street. En un año los italianos estarían pasados de moda y los del FBI se encaramarían a los árboles por miedo a los activistas negros y a los nacionalistas portorriqueños.

Newgate se removió intranquilo en el cojín cuando en el despacho de Isaac entró un negro blanco, un negro blanco que vestía un traje azul de gamuza. En toda su vida en el FBI no se había cruzado nunca con una criatura tan extraña. Era Wadsworth, el albino de la Cuarenta y dos, que ahora se protegía el rostro del sol que entraba por las ventanas de Isaac. Sólo Isaac comprendía el sacrificio de Wadsworth: el albino no se hubiera expuesto a los terribles efectos de la luz diurna si no tuviese algo importante que contar.

Barney Rosenblatt le interrumpió. El jefe de detectives entró en tromba en el despacho, mientras sus tirantes se abrían con irritación. No se dirigía a un negro vestido de gamuza azul. Fingió que Wadsworth era invisible y se lanzó a por Isaac.

—¿Estás loco? ¿Te traes a un payaso semejante a la central? ¿No puedes negociar con él en otro sitio? Conseguirás que al comisionado le dé un ataque. Los macacos como ése apestan. Va a conseguir que mis hombres se caguen, Isaac.

—Cómemela, Vaquero —dijo Wadsworth, al tiempo que se sacudía una mota de polvo de la manga.

Barney le lanzó un golpe a Wadsworth sin apartar la vista de Isaac.

—Fuera —dijo Isaac—. Tengo adscrito a este hombre. Hazle daño y te trincaré tan rápido por el cuello que se te caerá la lengua.

Barney hervía detrás de sus tirantes: contra Wadsworth, Isaac y Newgate.

—Sácate el algodón de las orejas, Isaac. Soy yo, Barney Rosenblatt, ¿te acuerdas? No soy Manfred Coen. Como me busques las cosquillas no va a quedar ni una astilla en tu despacho, Isaac.

—¿Qué andas buscando, Barney? ¿Tiros? Vamos al pasillo y hacemos un duelo.

—No te pases de listo, Isaac.

Y se fue caminando con dificultad. La culata nacarada de su Colt temblaba en su bolsillo como una empuñadura indeseada. Wadsworth no sonrió siquiera: no le



interesaba Barney Rosenblatt. Si quería podía mear contra los muros de la central o sacudírsela frente a cualquier comisionado. Wadsworth era inmune al arresto. Si los de atracos le sorprendían dormitando en una escalera de incendios o merodeando por una zapatería pasada la medianoche, tenían que dejarle ir. Estaba con Isaac y con el comisionado primero. Tiempo atrás, Wadsworth había sido pirómano. Ahora estaba casi retirado. Ni siquiera el comisionado primero podría salvarle si un bebé moría en uno de sus incendios. De modo que dejó su carrera de cerilla por indicación de Isaac. Sólo incendiaba edificios desalojados y aparcamientos.

—Siento causarte problemas —dijo; tuvo que esquivar la cabeza de Newgate para saludar a Isaac.

—Tú no eres el problema, Wads. ¿Quieres una cherry cola?

—Isaac, no tengo tiempo para bebidas. Creo que te he encontrado una piruleta.

—¿Dónde? —dijo Isaac, decidido a que no se le disparase la vena del cuello con Newgate delante.

—En un hospital de Corona.

Isaac se frotó la nariz.

—¿Corona? ¿Por qué Corona?

—A saber, Isaac. Mi tío Quentin trabaja en la sala de urgencias. Un chico se arrastró hasta allí con las piernas y los brazos rotos. Pero no tiene ni un rasguño en el resto del cuerpo. Mi tío no es tonto. Es la señal de fábrica del Casero, de Amerigo Genussa.

—¿Un chico de qué tipo? ¿Blanco o negro? —dijo Isaac, con la intención de despistar al del FBI.

—Tendrás que verlo por ti mismo, Isaac.

Isaac convocó a su chófer, Brodsky, a Pimloe, su lugarteniente, y a Manfred Coen, su ángel. Newgate empezó a llorarle.

—Llévame, Isaac. Llevaré un laboratorio portátil hasta la misma cama del chico. Podrás grabarle, tomarle las huellas, hacerle pruebas de orina y de sangre...

Isaac no podía dejar atrás a Newgate sin que se montase una buena: el federal podía irle con el cuento a Barney Rosenblatt.

—Ven —dijo Isaac—, pero deja el laboratorio en casa.

El FBI podía tomar huellas dactilares y restos de semen del suelo con sus laboratorios mágicos. Pero las huellas nunca eran las que hacían falta, y el semen era por lo general de perros y gatos.

Brodsky pidió por teléfono el coche del comisionado. Bajó junto con Isaac, Pimloe, Newgate y Coen a la rampa trasera de la central. Cruzaron el puente de Manhattan mientras Newgate se quedaba maravillado ante la enormidad de Brooklyn, el cual, según creía, podía tragarse todo Maryland. Brodsky iba feliz con Isaac en el coche. Coen le molestaba. El chófer despreciaba a los nenes guapos. Isaac siempre

prestaba a Coen a la Oficina de Servicios Especiales cuando la esposa de un embajador empezaba a aburrirse en Nueva York. Las mujeres se pegaban a Ojos Azules. Coen era el guaperas oficial del departamento. Isaac tenía la ciudad llena de negros blancos, soplones portorriqueños y tarugos hermosos.

Un cherokee idiota de Maryland como Newgate sólo sabía moverse cogidito de la manga de Isaac. Isaac le enseñó a husmear. Isaac podía colarte pruebas en el zapato, chantajeaba a tu hermana, ponía a Coen a ligar con tu madre o tu mujer hasta que no te quedaba más remedio que aullar tu culpabilidad. Ése era Isaac *el Puro*, y no malgastaba sus escrúpulos con los ladrones.

Llegaron al fin a Saint Bartholomew, un diminuto hospital algo apartado de Corona Avenue. En el hospital no había espacio para los grandes coches de la policía. Brodsky encontró aparcamiento al otro lado de la calle. Wadsworth no tenía placa que enseñarles a los recepcionistas del hospital, de modo que entró justo detrás de Isaac: en la gamuza se habían formado largos pliegues de arrugas arracimadas. Los cinco se apresuraron a entrar en el ala principal, dejando atrás a enfermeras, camilleros y pacientes vestidos con camisolas arrugadas. Isaac buscaba a un chico en tracción, con los brazos y las piernas en alto. La búsqueda resultó inútil. Sorprendieron a un anciano mientras meaba tras una cortina. El viejo le tiró a Isaac un botecito de pastillas que alcanzó a Newgate en el ojo. Isaac corrió la cortina.

Wadsworth les condujo hasta un chico que tenía manoplas de yeso puestas en las manos y en los pies. Ninguna llegaba más allá de la muñeca o el tobillo. El muchacho era chino.

Coen no tuvo que mirarle mucho: era el chico que le había pateado el pecho en el centro judío. No sabía aún qué decirle a Isaac. Al Jefe no le hacían falta los codazos de Coen. Estudió la tablilla de identificación colgada de la cama. Stanley Chin no tenía domicilio: como edad constaba dieciséis y medio. La simetría de los yesos le desconcertaba. No estaba completamente seguro de que fuese obra de Amerigo. Los matones de alquiler del Casero no se hubieran limitado a romper dedos y pies. Les faltaba esa finura. El chico hubiera tenido un codo retorcido, o una rodilla rota.

Isaac se acercó a la cama. En su voz no había dureza.

—Stanley Chin. ¿Me conoces?

El chico no dijo nada. Se quedó mirando a Coen y al albino vestido de azul.

El Jefe rozó el alza de la cama, parecida a una cuna.

—Soy Isaac Sidel.

El chico soltó aire por la nariz y se repasó los dientes con el labio inferior. Isaac se preguntaba si habría enchironado al padre del chico, o si había hecho algo terrible a la familia. No recordaba haber detenido a ningún chino en los últimos cinco o diez años.

—¿Por qué tienes encima a Amerigo Genussa? —le chilló Newgate.

Isaac le ordenó que se hiciera atrás. Le prometió que si volvía a interferir le devolvería a Maryland de una patada.

—Dime, Stanley. ¿Dónde está tu colegio? ¿En Brooklyn? ¿Queens? ¿En el Bronx?

Wadsdorth le susurró a Isaac:

—El chaval va a Seward Park. Mi tío Quentin consiguió sonsacárselo.

Wadsworth se estaba poniendo nervioso en el hospital. Las paredes desprendían un resplandor blanco. No sabía funcionar sin el zumbido de una pantalla de cine. Era un adicto al technicolor y al polvo sobre la cara. En breve iba a rogarle a Isaac que le llevase a casa.

Isaac era consciente de las contorsiones que estaban teniendo lugar bajo la gamuza. Pero no podía soltar a Wadsworth hasta haberle apretado las tuercas al chico chino.

—¿Sabías que yo fui a Seward Park, Stanley? Me gradué en 1946. De verdad. Hace unos meses estuve dando una charla en el colegio. ¿Te acuerdas de eso?

El chico no quería responderle: sólo frotó las fundas de los pies una con otra y escrutó los ojos rosados y el pelo descolorido de Wadsworth. El albino le tenía embrujado. Brodsky le dio un toquecito a Isaac en la muñeca.

—Jefe, a éste no te lo vas a ganar con historias del colegio. Déjame que le pise los dedos, o dile a Manfred que le dé un beso en la boca.

Isaac no tuvo oportunidad de abroncar a Brodsky. La enfermera jefe, una gigantesca mujer negra con medio kilo de almidón en la bata y las mangas, cayó sobre los cinco.

—¿A qué viene lo de colarse aquí sin mi permiso?

Brodsky le respondió.

—Señora, éste es el Jefe Sidel, de la Oficina del Comisionado primero, y hace lo que le da la gana.

—En este hospital no, gordinflas.

Se volvió hacia Wadsworth.

—¿Tú quién demonios eres?

El almidón crujía ante los ojos de un confundido Wadsworth. Se escurrió entre Brodsky y el federal. Newgate buscó en su chaqueta alguna identificación.

—Señora, soy del FBI.

—Jesús, Jesús —dijo ella—. ¿Cómo habéis conseguido siquiera pasar de la puerta, panda de lunáticos?

La sangre cherokee de Newgate tintó de rojo su nariz.

—Compruébelo, enfermera. Soy Amos Newgate, de la central de Manhattan.

—Claro —dijo la mujer—, y yo soy Mamá Ganso.

Se plantó frente a Newgate, mientras el bolsillo del pecho de su bata se tensaba.

—El chico está herido. No necesita más tonterías.

Isaac hubiera querido contratar a aquella enfermera: alguien así sabría cómo mantener a Barney Rosenblatt alejado de su puerta. Pimloe guardaba un silencio desacostumbrado. El lugarteniente de Isaac solía dar la cara por él para quitarle de encima a los pelmas. Pimloe debía de haberse enamorado, y por eso Isaac tuvo que contemporizar con la enfermera.

—Señora Garden —dijo, después de leer su nombre sobre la bata almidonada—, hace usted bien en preocuparse por Stanley Chin. Es su paciente, y nosotros hemos irrumpido en su pabellón. Pero creemos que ha agredido a varias ancianas y que ha destruido algunos comercios. Voy a dejar con él a dos de mis agentes. No te tocarán, Stanley, te lo prometo.

Sacó a Wadsworth, Newgate y a los de la Oficina del Comisionado del pabellón. Situó a Brodsky en el pasillo.

—Vigila a quienquiera que visite al chico. Como si es un ejército de enanos. Entérate de quiénes son.

—¿Me quedo con él, Isaac? —dijo Coen, con las mejillas repletas de líneas de cansancio.

—No, quiero a Pimloe aquí... Herbert, localiza al médico de la planta. Consigue que esas arpías nos dejen en paz.

Newgate prefirió quedarse en el hospital. Pimloe parecía a disgusto.

—¿Quién te llevará de vuelta a Brooklyn, Isaac? Wadsworth no puede ponerse al volante.

—Coen conducirá.

Los labios de Brodsky se fruncieron en un gesto de desdén.

—Jefe, no distingue el norte del sur. Te va a tirar al océano. Te ahogará con él.

—Ya me salvará Wadsworth —dijo Isaac, ansioso por salir del hospital.

El Jefe tenía una misión que cumplir. Se sentó con Wadsworth y Coen en el espacioso asiento delantero del coche. Coen iba encajonado contra la tapicería. Wadsworth mantuvo las manos escondidas bajo los muslos hasta que tuvo Manhattan a la vista. En la cabeza de Wadsworth, Brooklyn era un islote. No tenía las proporciones de un mundo sólido: en Brooklyn, el suelo podía hundirse.

Coen dejó a Isaac frente a las casas de Essex Street. Wadsworth intentó salir del coche de un salto. Isaac no estaba de humor para agarrarle por la gamuza. Le bloqueó el paso con la rodilla.

—Vas a ofender a mi ayudante si no te quedas sentado.

Wadsworth parecía tener miedo de sentarse solo con Ojos Azules. Los colores profundos le ponían los nervios de punta. El albino había llegado a la conclusión de que un judío de ojos azules no podía ser más que un brujo.

Isaac tenía ganas de ver a sus antiguos amigos. Stanley Chin le había retrotraído a Seward Park. El Jefe iba en busca de Mordecai y de Philip, y recordaba sus conversaciones en los tejados, las peleas a propósito de Trostki y Stalin, los campeonatos de ajedrez que acababan con el apetito de Mordecai y dejaban bizco una semana a Isaac: Philip les sorprendía primero con una apertura desacostumbrada y les vapuleaba luego con sus alfiles y sus peones. Isaac había tenido cariño a Mordecai, nada más. Philip había sido su rival. Nunca había podido competir con Philip en ajedrez, ni rebatir su defensa del hermoso rostro de Trostki. Isaac había sido siempre un estalinista trasnochado.

Isaac dejó el ajedrez por despecho, por Philip. Isaac estudiaba a los maestros, absorbía el juego fiero de sus tres ídolos, Morphy, Steinitz y Alekhine, pero Philip desmontaba toda la teoría de Isaac con su conocimiento instintivo del tablero. Había en los movimientos de Philip una música interna e infernal que contradecía los libros de ajedrez de Isaac. Isaac se volvió cada vez más taciturno. Sus tres ídolos habían caído del pedestal. Morphy, el americano que en su día fuera el jugador más perspicaz del planeta, cayó en los últimos años de su vida en el voyeurismo: espiaba por los retretes vestido de mujer. Steinitz, el enano judío de Praga, el hombre de rodillas vacilantes que había revolucionado el ajedrez al descubrir los patrones de las aperturas, yacía olvidado en una fosa común de la isla de Ward. Alekhine, el genio ruso, había huido de su país para jugar al ajedrez al más alto nivel a lo largo y ancho de Europa y Sudamérica en constante estado de ebriedad: llegó a mearse en los pantalones de un contrincante, vomitaba sobre los relojes y acabó por convertirse en el campeón y bufón oficial de la Alemania nazi.

El mismo Philip cayó «ciego» a los veinticuatro años: perdió su sentido de las piezas, descuidó la defensa de su rey, empezó a impacientarse frente al tablero y se retiró de los torneos. Philip se convirtió en un hombre de negocios que vendía bombillas y artículos de aseo personal por las tiendas del East End, además de en marido, padre y recluso. Su vida familiar no era muy distinta de la de Isaac: ambos tenían un hijo descarriado. El de Philip era un quinceañero testarudo y genial capaz de barrer del tablero a su padre desde los nueve años. Isaac decidió ir a charlar con Philip y hacer un aparte con el chico: estaba sediento de noticias de Seward Park. Quizá el muchacho pudiera contarle algo de la banda de Stanley, y además Isaac podría llorar con Philip por Marilyn *la Fiera*, su hija desaparecida.

Un agente de la policía local reconoció a Isaac cuando éste se detuvo frente al edificio de Philip. El agente cojeaba un poco y su uniforme no parecía ajustarse a su cuerpo.

—Jefe Isaac —le gritó—, si va en busca de los pirados de las piruletas, pruebe en otro bloque. Esta casa la vigilo yo. Esos criminales no se atreven a meterse conmigo.

—Es una visita privada —masculló Isaac—. Voy a visitar a Philip Weil.

Subió en ascensor hasta casa de Philip. El timbre no funcionaba y tuvo que llamar con los nudillos hasta que le quedaron insensibles.

—Philip, soy yo... Isaac.

La puerta se abrió para que entrara. No pudo hacerlo sin abrazarse a la espalda de Philip.

—Mordecai me ha dicho que me buscabas... ¿Qué es lo que pasa, Philip?

Isaac tenía bien cogido a Mordecai, había rescatado a su hija del basurero de un chulo de putas, pero con Philip no podía. Philip no llevaba días sin afeitarse, ni mostraba los síntomas de un campeón de ajedrez venido a menos. Vestía una camisa impecable, con botones de hueso y cuello reforzado con puntas de metal. Nada podía objetar Isaac a la raya en los pantalones de Philip, ni a la precisa caída de sus puños. Philip era un hombre casero que vestía como un figurín.

Había conservado su aire juvenil. No había sido presa del lento engorde de Mordecai, ni de la acumulación de carnes duras de Isaac. Su persistente amor por Trostki y su antigua manía por el ajedrez debían de haberle protegido de los achaques más comunes. Philip vivía en una caja cerrada.

Preparó para los dos un café que casi escaldó la lengua de Isaac. Isaac no podía creer que alguien bebiese algo tan amargo. En ese momento soñaba con los *cappuccinos* del club social Garibaldi.

—¿Qué problema tienes, Philip? Tendría que haber venido antes... Unos cabroncetes que atacaron a mi madre me han tenido muy ocupado.

Philip tenía algo en el cuello, una contracción repetida y molesta que parecía extenderse desde detrás de las orejas.

—Tuvimos suerte —dijo Isaac, los ojos fijos en el cuello—. Creo que hemos cogido a uno de ellos. Un chico chino. No te lo pierdas, Philip: va a Seward Park.

—Lo sé. Es Stanley Chin.

Philip se sujetó el cuello de la camisa con el pulgar. Isaac frunció el ceño.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Has estado en Corona esta mañana, Philip? ¿Eres un mecenas del Saint Bartholomew? ¿Has estado fisgando por los pabellones?

—No. Rupert está con la banda. Es el líder.

Un temblor se adueñó de la mandíbula de Isaac y dibujó arrugas oscuras en su cuello. El hijo de Philip era un piruleta. Isaac se tiró a por los botones de la camisa de Philip.

—Pedazo de cabrón, ¿para eso me has estado enviando mensajes a través de Mordecai?

Los botones saltaron de la camisa de Philip, e Isaac estrujaba hueso de elefante con el puño.

—Philip, si mi madre muere te va a doler la oreja el resto de tu vida. No me contentaré con lisiarte. Te enterrarán con dos peones en los ojos. Tendrás todo el

tiempo del mundo para jugar al ajedrez.

Philip no temblaba, ni aun con el aliento de Isaac encima.

—Isaac, no te lo podía decir directamente... Estaba paralizado. Esperaba que tú acudieses a mí. Pensaba que era una locura pasajera, algo que superaría pronto. Asaltar las tiendas del vecindario... ¿Con qué propósito? Cuando supe lo que le había hecho a tu madre, comprendí que era demasiado tarde. Isaac, nadie se te escapa por mucho tiempo. Estaba esperando que vinieses a matarme, Isaac.

Isaac tiró los botones al suelo.

—¿De qué coño me hablas? Philip, no pienso ser tu ángel vengador. Ya sufrirás lo tuyo. Quiero datos. No quiero tu miserable opinión. ¿Por qué me odia Rupert?

—Isaac, no le he hablado nunca mal de ti.

—Quizá ése sea el problema. ¿Quién es la zorrita, Philip? La chica que está con Stanley y Rupert.

—Es Esther Rose.

—¿Dónde vive?

—Vive en la calle, Isaac. Esther no tiene casa. Antes estuvo en la Liga de Defensa Judía. Estoy bastante seguro de que la echaron. Demasiado loca para ellos.

—¿Una chica de la Liga? Rupert debe de tener una fotografía de la muy puta. ¿Dónde está su cuarto?

Philip le acompañó a una habitación atestada de panfletos, cajas de cigarros, tableros de ajedrez con el marco roto, palas de ping-pong con cicatrices en sus carnes de goma, carteles en los que se anunciaban colonias nudistas, tableros de backgammon y material de guerrilla, esparcido todo sobre el bosque de libros que cubría la cómoda de Rupert, su armario, su lámpara y su cama. Isaac se puso a buscar entre aquel desorden, hundido en libros hasta las rodillas. Jugueteeó con una pala de ping-pong, mientras musitaba:

—Rupert tendría que jugar con Coen, uno de mis hombres. Coen es un genio. Podría encandilar hasta a un oso polar con sus golpes.

Encontró un alijo de fotografías en una de las cajas de cigarros.

—¿Es ésta? —dijo, al tiempo que señalaba a una chica de pelo alborotado, pechos firmes y grandes ojos castaños.

—Sí, ésa es Esther.

Isaac se guardó la fotografía en el bolsillo. Luego cogió la fotografía de la graduación de Rupert en el instituto (el genio fruncía el ceño bajo su birrete), que colgaba de la pared. El vidrio del marco se resquebrajó cuando Isaac se hizo con la fotografía.

—¿Dónde está Rupert?

—Hace dos semanas que no pasa por aquí, Isaac. Sólo sé que está con Esther.

—Philip, si le ves no le pierdas de vista. Con sus tácticas ha ofendido al club

social más importante de Mulberry Street. Los garibaldinos tienen ganas de partirle las piernas. Philip, entrégamelo.

—No le harán daño en comisaría, ¿verdad, Isaac? No es más que un niño... tiene quince años.

—Philip, si por mí fuera tiraría a ese niño prodigio tuyo por la ventana, pero necesito que cante. Ninguno de mis hombres le pondrá la mano encima.

Isaac llamó al Saint Bartholomew desde una cabina callejera.

—Póngame con el inspector Pimloe.

La recepcionista le devolvió el gruñido. No había ningún Pimloe ingresado en el hospital.

—No me lo ponga difícil, señora. Tiene que estar por los pasillos. Hágalo llamar... Dígale que Isaac ha dicho que más le vale ponerse al teléfono.

Isaac oyó un suspiro y el golpeteo de unos zapatos. Brodsky se puso al aparato.

—Soy yo, Jefe.

—Brodsky, vete a pincharle el teléfono a otro. Busco a Pimloe, no a ti.

—Pimloe ha desaparecido. Quizá esté escaqueándose en el sótano. A saber... Jefe, estamos con la mierda al cuello.

—¿Por qué? —dijo Isaac, rechinando los dientes—. ¿Es que Stanley Chin se ha comprado unas alitas? ¿Ha atado a la negra con las vendas y se ha dado el piro del hospital?

—El Vaquero está aquí, Isaac.

Isaac maldijo por teléfono.

—Imbécil. ¿Cómo os ha encontrado?

—Me cogió por sorpresa, Isaac. Los chicos de cuero se me echaron encima. Se ha traído un ejército al hospital. Rifles y todo. Newgate debe de haberse ido de la lengua. Para que te fíes del FBI.

—Déjate de Newgate. Ha sido Pimloe.

—Isaac, ¿estás loco? Pimloe trabaja para ti.

—Pero además se está cubriendo las espaldas. Está convencido de que el sitio más calentito de todo Nueva York está bajo las faldas de Barney Rosenblatt. Usa la cabeza, Brodsky. Es Pimloe. No puede haber sido nadie más. ¿Qué está haciendo ahora el Vaquero?

—Nos está quitando de en medio. Conoces al Vaquero, Isaac.

Es un cerdo. El chino está inmovilizado, ¿no? Pues Barney va y secuestra a dos fiscales adjuntos de distrito, coge su cámara, saca unas cuantas Polaroid del chaval, le toma las huellas con su propia tablilla y le arresta a pie de cama.

—¿Ahora Barney se dedica a trincar críos? ¿Qué coño tiene contra Stanley Chin? ¿Ha metido un pasamontañas bajo la almohada o qué?

—Por ahí no le pillarás, Isaac. Barney dice que tiene un ejército de tenderos



chinos dispuestos a jurar por sus vidas que Stanley les ha robado. Mañana va a venir un juez para encausar al chaval.

—Dime una cosa. ¿Cómo ha conseguido esquivar a la enfermera negra?

—No le ha hecho falta. Los chicos de cuero le han clavado un rifle en la blusa y la han arrinconado en su escritorio.

Era de idiotas acosar a Brodsky por el asalto del Vaquero al Saint Bartholomew. Isaac colgó. A armas no iba a ganarle al jefe de detectives. El Vaquero le iría con el cuento al inspector jefe, el inspector jefe le comentaría algo al jefe de policía, el jefe de policía invitaría al comisionado primero a su ascensor privado y el comisionado primero, que no era capaz de sacudirse de encima la mafia irlandesa de la central, se pondría en contacto con Isaac. Isaac estaba frito. Tendría que cooperar con la investigación del Vaquero. No podría siquiera ocultarle las fotografías de Rupert y Esther Rose. Todo el mérito se lo llevaría el Vaquero. Seguro que ya había organizado un puesto de mando en el hospital y tenía distribuidos cuervos por todas las plantas.

Al Jefe le quedaba una alternativa. Podía sacar al chico del Saint Bartholomew con la ayuda de Brodsky y Coen y esconderlo en algún sótano. Entonces el Vaquero caería en desgracia. Pero Isaac se arriesgaba así a una guerra cruenta en la central. Tendría que enfrentar a sus ángeles contra los cuervos de Barney. El comisionado tenía cáncer de garganta. ¿Cuánto tiempo iba a poder estar del lado de Isaac? Los jefazos irlandeses preferían a Barney Rosenblatt. El Vaquero nunca se enfrentaría a la jerarquía. Destruiría de buena gana a cualquier detective que no le gustase al jefe de policía. Isaac tenía demasiado predicamento entre los agentes de a pie. Trapicheaba con portorriqueños y negros blancuzcos. Sus soplones no le mostraban lealtad más que a él. Isaac ponía en peligro la tranquilidad en la central. Los jefazos irlandeses recelaban de él.

Isaac esperó a que pasase un taxi Checker. El Jefe era muy mirado respecto a cómo desplazarse a la parte alta de la ciudad. Quería hundirse en un asiento de cuero grueso. Fue a buscar a Coen. Coen sabría aliviar su pesadumbre con té caliente y una partida de damas. Isaac no quería jugar al ajedrez con Ojos Azules. El ajedrez sacaba a relucir la ferocidad del Jefe, su propensión a abusar de un alfil débil y de una línea de peones desbaratada, e Isaac prefería no revelar aquello a Coen. Las damas no le atraían tanto. Podía comer dos y tres veces sin deleitarse en la victoria. Y a Coen no parecía importarle quién ganaba o perdía.

Isaac no intentó subir por la escalera de incendios. Aquel día no se encontraba con ganas de colarse por la ventana de Coen. Le gustaba visitar a Ojos Azules a cualquier hora. Llamó al timbre de Coen. El Jefe tenía el oído bien entrenado: oyó unos pies arrastrarse, detrás de la puerta.

—Manfred, déjame entrar.

Nadie descorrió el cerrojo. Isaac hizo saltar la cerradura.

—¿Qué pasa, Manfred?

Se encontró con Marilyn en el recibidor de Coen. Ella le miró fijamente con ojos inmisericordes. Las magulladuras de su cara habían adquirido un intenso color verde.

Isaac dio un paso atrás. No recordaba la última vez que le habían temblado los brazos y las rodillas.

—Tendría que haber imaginado que estabas con Coen. El chico tiene buen corazón. Acogería a cualquiera. ¿Quién te ha marcado las mejillas? Manfred no ha sido.

Marilyn se dio cuenta de lo que su padre podía hacerle a aquel antiguo novio suyo de Inwood Park. Isaac era muy capaz de convertir a Brian Connell en fiambre, o de destruirle de un modo más sutil. Podría sacar a Brian de su comisaría por orden del comisionado y tenerle dando saltos por los cinco barrios hasta que el muchacho se volviese loco de agotamiento y mareo. Marilyn le juró que le habían atracado. Conocía la pasión de su padre por los detalles y su ojo para las inconsistencias. Tuvo que inventarse toda una historia.

—¿Dónde ocurrió?

—En el centro.

—¿Este u oeste?

—Isaac, deja de darme la paliza, por amor de Dios. Supongo que tienes fichados a todos los atracadores de Manhattan.

Tenía el temperamento irlandés de su madre, el ceño prieto y hermoso de Kathleen.

—¿No puedes llamarme «papá»?

—Por Dios —dijo ella—. ¿Ya volvemos con ésas? Todo el mundo te llama Isaac. ¿Por qué tendría yo que ser diferente?

Isaac sintió que recuperaba las fuerzas. Sus dedos empezaron a engarfiarse.

—Haz las maletas. Te vienes a vivir conmigo.

—Y una mierda.

Podría haberla arrastrado hasta su piso de Rivington Street y volver lilas los moratones verdosos de su cara, pero no lo hizo. Se la pensaba llevar de casa de Ojos Azules sólo a fuerza de persuasión, y no volvería a buscarle arquitectos con los que casarse. La chica se sentía fatal en estado de casada. Vivía esparciendo maridos a su alrededor, pasando de hombre en hombre. Isaac podía tolerar aquel picor entre sus muslos, pero no podía quedarse con Coen. No quería que su locura por Ojos Azules le siguiera a él a la central. Coen era suyo.

—Marilyn, si te quedas, también me quedo yo. Manfred nos preparará chocolate caliente... Nos arrullará para dormirnos en cuartos separados. Pegaremos un cartel en la pared para ver a quién le toca ducharse primero. Manfred debe de ser bueno frotando espaldas. ¿Me entiendes, Marilyn? De aquí no me voy si no es contigo.

—¿Cómo llegaste a ser tan hijo de puta, Isaac?

—Tuve que aplicarme —dijo—. Ahora haz la maleta.

Ella no se dispuso a partir. Se quedó mirando el pellizco de piel bajo la nariz de Isaac, y sintió lastima por los amigos y enemigos de su padre: nadie le ganaba por la mano a Isaac.

—Marilyn, si nos ve juntos, él será el que sufra y no tú... No me obligues a cargarme a Coen. Podría convertirlo en un oficinista de lujo. ¿Te gustaría que se pasase el resto de su vida archivando fichas en el sótano de unas oficinas? Entonces coopera conmigo.

—No lo harías —dijo ella—. No sabes arreglártelas sin Coen.

—Ya aprenderé. No subestimes a tu anciano padre, Marilyn. Los afectos no significan nada en mi oficio. Si tengo que lisiar a Manfred para conseguir lo que quiero, lo haré.

—Isaac, papaíto —dijo, y de su nariz salía humo—, no hace falta que me lo jures.

Y empezó a buscar su ropa interior, las medias de rejilla amarillas, rojas y azules, y las embutió en su maleta. Le tiró un jersey a Isaac.

—Dóblalo de una vez. ¿Cuántas manos crees que tengo?

—¿Le dejo una nota a Manfred?

—No. Ya se olerá el percal. ¿Quién más querría secuestrarme?

De pronto, Isaac se volvió tímido. No estaba acostumbrado a imponerse a su hija.

—Marilyn, si quieres puedes invitarle a casa... No he dicho que tengas que dejar de verle del todo.

—Muérete, Isaac.

Marilyn se mordió el labio para no llorar. Isaac vio la sangre. Era demasiado tímido como para enjugar la sangre con su pañuelo. Daba gracias al puñetero Jesús de Kathleen de que no tuviese más hijos. Dos Marilyn habrían acabado con él. Prefería un duelo con Barney Rosenblatt frente al despacho del jefe de policía que la contemplación de su flacucha hija. Isaac era desdichado. No era capaz de aplacar su amor por Marilyn. Era parte de su carne corpulenta. Marilyn encogió los hombros y empezó a llorar con unos balbuceos entrecortados que secaron la garganta de Isaac. Le tocó el pelo con un dedo. Ella no se movió. La sepultó entonces en un abrazo osuno.

—Todo va a ir bien, niña.

Bajaron juntos las escaleras de Coen: Isaac cargaba con la maleta, y sostenía la mano de Marilyn con una mano. Hubiera matado por el derecho a conservar a su hija. Rupert, Stanley, y el Saint Bartholomew se desvanecieron en su mente.

## SEGUNDA PARTE

—Señor Weil. Señor Philip Weil.

El reportero se acuclilló frente al pomo de la puerta y apoyó la cara contra el ojo de la cerradura, a la espera de que la oscuridad desapareciese. Era un jovencito listo, recién salido de la escuela de periodismo, con cierta predisposición a identificar los pecadillos veniales de su generación. Había recibido ya palabras de ánimo de un puñado de revistas: nada en firme a lo que echar el diente, pero si conseguía entrevistar al padre de Rupert Weil, el monstruo regordete y aniñado, ninguna revista le cerraría sus puertas. Los muslos le ardían. No estaba acostumbrado a estar acuclillado tanto tiempo. Y la oscuridad de la cerradura le había nublado el ojo.

—Tengo cincuenta dólares para usted, señor Weil... Dinero por una conversación —dijo, con un billete de dólar roto y dos fichas para el metro en el bolsillo.

Estaba decidido a sacar de su madriguera al padre del monstruo, ese recluso, ese fracasado jugador de ajedrez, ese bufón de Essex Street que en tiempos fue amigo del gran Isaac Sidel y, si no, a entrar con cualquier artimaña en el apartamento.

—No está hablando con ningún buitro, señor Weil. Yo jamás degradaría a su hijo. Soy Tony Brill, el periodista. Tengo influencia, señor Weil... Puedo engatusar a la policía y hacer que Rupert quede como un héroe... De usted depende.

Philip estaba escondido en la cocina, aguantando inmune las imprecaciones de Tony Brill. No pensaba vender la historia de Rupert por más dinero que pudiese ofrecer el periodista. Se había visto asediado con llamadas telefónicas, telegramas y llamadas a su puerta. El rostro de Rupert aparecía a toda página en los periódicos, con notas a pie de foto en las que se hablaba de trastornos mentales y de bandidaje. «La Banda de los Piruletas»; «Ataques relámpago en la ciudad». «Rupert Weil, el demonio adolescente». «Esther Rose, la seductora, el diablo santo, desertora de la Liga de Defensa Judía y mamá de los piruletas». Y «Stanley Chin, el matón de Hong Kong». Un detective gordinflado, Rosenblatt *el Vaquero*, infestaba el televisor de Philip. El Vaquero lanzaba avisos a potenciales delincuentes desde el lecho de hospital de Stanley, convertido en una miniprisión, y ocupaba todas las cadenas con descripciones de Rupert y Esther Rose, buenas dosis de autocomplacencia y anécdotas de su carrera policial. Philip no vio a Isaac en ninguno de los programas y noticiarios centrados en el Vaquero Rosenblatt; ninguno de los detectives que le atosigaban por teléfono pertenecía a la oficina de Coen.

Cuando las voces afables de la oficina del fiscal del distrito intentaban sacarle información con amenazas, Philip berreaba al auricular:

—¡Hablaré con Isaac, y con nadie más!

Pero Isaac no acudía. El Jefe había desaparecido de la vida de Philip tras una única visita. Y Philip se quedó solo, encogido en la cocina, contemplando las locuras

de su chico.

Philip cerró los ojos: quería librarse de los salobres cálculos que flotaban en su cabeza. Pensar podía acabar con él, haría que su nariz se estrellase contra las casillas pintadas de un tablero de ajedrez. No era capaz de acallar los ladridos al otro lado de la puerta. Tan pronto se rindió al ruido y se dejó caer contra la pared, los ladridos ganaron en atractivo: consiguieron sacarle de la cocina. Los gañidos le resultaban cada vez más familiares. Aplastó una oreja contra la puerta.

—Déjame entrar, papá.

—¿Rupert? —dijo, mientras forcejaba con la cadena de seguridad.

Incluso si Tony Brill fuese alguna especie de mago de los sonidos, ¿cómo había reproducido el timbre exacto de la voz de Rupert? Philip alargó la mano fuera de la puerta, aferró una chaqueta y arrastró a Rupert al interior. Sus mejillas gruesas habían desaparecido. Estaba demacrado. Llevaba puesta la chaqueta de un policía local. De un buen tirón, las mangas le hubieran llegado a los tobillos. Envuelto en aquella tela oscura y abultada, Rupert no tenía puños, ni garganta, ni pecho. Philip le ayudó a quitársela. A excepción de unas viejas deportivas destrozadas y de unos pantalones, iba desnudo bajo la chaqueta. El primer vello masculino, casi rubio, despuntaba alrededor de sus pezones. A Philip se le escapó un aullido: su loco amor por el chico se había convertido en una furia incontrolable. Enseguida tuvo la oreja de Rupert entre los dedos. Hubiera podido ir a por la nariz. Rupert le tiró al suelo. Philip se incorporó, las rodillas contra el pecho. Un mero empujón había bastado para tumbarle. No había sido un golpe con mala intención.

—No vuelvas a cogerme de la oreja, papá. Ya soy demasiado mayor.

Rupert no se estaba regodeando: cogió a Philip por debajo de los brazos y le ayudó a ponerse de pie. Al recoger a su padre del suelo lo hizo con delicadeza. Luego se encaminó a la cocina. Philip sólo podía verle la espalda: medio Rupert estaba dentro de la nevera. Atacó con furia la piel de un tomate, y manchó las paredes de la nevera con motas rojas de saliva. Engulló pepinillos en vinagre. Se empapuzó con un paquete de queso fresco. Philip estaba consternado con el apetito de su hijo. Nunca había visto a un chico con unas mandíbulas tan ansiosas. Rupert era todo lengua y dientes. Philip ya no sabía cómo tratarle. ¿Cómo iba a enfrentarse con aquel hijo suyo que intentaba meterse el universo en la boca?

—Rupert, ¿has visto a un periodista en el pasillo, un tipo llamado Brill?

Rupert surgió de la nevera, cubierto hasta las cejas de migas de queso.

—¿El culogordo de la gabardina? Hasta me ha saludado.

—Pero te habrá visto en la puerta.

—¿Y qué? ¿Qué va a hacer, papá? Déjale que se chive a Isaac. Me importa una mierda.

—Isaac ha estado aquí —declaró Philip tirándole del hombro, mientras Rupert se

zambullía de nuevo en el queso—. He dicho que Isaac ha estado aquí.

Rupert masculló su respuesta con la boca en la nevera.

—Te he oído, papá.

Salió a respirar, limpiándose la nariz de queso.

—¿Por qué le proporcionaste fotos de Esther y mías?

—Hubiera tirado abajo las paredes, Rupert. Isaac no deja nunca mucho espacio de maniobra. Pero quiere ayudarnos... ¿Te ha hecho algo malo, Rupert?

—Eres un tarugo, papá. De tanto darte por culo, Isaac te ha dejado ciego. Ni tú ni Mordecai sois capaces de dejar de rendirle pleitesía. Es vuestro rey. Mordecai al menos saca algo en claro. Gracias a Isaac puede fardar. Se le llena la boca hablando del dios judío que domina la ciudad de Nueva York, el detective *kosher* capaz de resolver cualquier crimen. ¿Y tú qué, papá? La envidia te reconcome sin que digas ni media palabra. ¿Qué tienes que sea tuyo? Isaac te ha dejado sus sobras. Te ha hecho el príncipe de un bloque de Essex Street. Vas por ahí con tus tres camisas buenas deseando ser Isaac.

—Eso es absurdo —dijo Philip—. No le envidio su éxito.

Rupert se relamió unos dientes lobunos.

—¿Éxito, papá? Eso es. ¿Éxito en qué? ¿En cargarse a la gente? En pavonearse delante de los portorriqueños y los judíos pobretones. Isaac caga en paz porque tiene quien le adore y quien le respalde. Sabe que puede entrar en cualquier iglesia, en cualquier terreno a ambos lados de Bowery y tener una sonrisa garantizada. Hasta el tío de los rabanitos le hace reverencias. Papá, si consiguieseis aprender a despreciarle, se iría a casita con las orejas sangrando. Se desintegraría. Se quedaría llorando en Riverdale.

Rupert rescató su chaqueta del suelo y empezó a llenar los bolsillos con comida. Después de saquear la nevera de su padre, se internó en la chaqueta y se dirigió a la puerta caminando como un pato. Los bolsillos le colgaban por debajo de las rodillas.

—Yo te esconderé —dijo Philip—. Puedes quedarte aquí.

—¿Qué pasará cuando Isaac pase la aspiradora debajo de la cama?

—Que encontrará polvo de veinte años y unos cuantos peones perdidos.

—Gracias, papá, pero me tengo que ir.

Rupert se remangó para poder abrazar a su padre. Luego salió al pasillo, mientras los botes tintineaban en sus bolsillos. Tony Brill apareció tras una de las puertas de incendios.

—Es él, ¿verdad, señor Weil? Rupert en persona. Sé reconocer a un fugitivo por sus andares.

Tony Brill no fue tras Rupert. Se lanzó contra la puerta de Philip. Philip le echó el candado.

—Yo puedo salvarle, señor Weil... Confíe en mí.

Philip regresó a la cocina, pasando por alto el charloteo. Ahora le interesaba el informe del tiempo. ¿Habían anunciado nieve por televisión? Con aquellas deportivas, Rupert podía agarrar una pulmonía. No tendría que haberle dejado salir sin una camiseta en condiciones. El chico ni se preocupaba por el mal tiempo. Tendrían que helársele los pulgares para que empezase a pensar en la congelación. ¿Cómo podría enviarle señales? ¿Y si colgaba bufandas de la escalera de incendios? Rió amargamente su propia incompetencia. Tenía las energías justas para convertirse en padre. Su esposa, una muchacha rusa de bellos pechos y trasero plano, nunca dejó de mirarle a los ojos en once años y huyó de casa antes de que Rupert cumpliera seis años. Sonia, la estalinista, debía de haber encontrado otras causas que no fueran la de un hombre dispuesto a morir por Trostki, el ajedrez y un hijo que se parecía más a su esposo que a ella. Por lo que había podido saber estaba en Oregón y vivía con una familia de recolectores de manzanas, una señora rusa de cabello gris.

Philip se reprendió a sí mismo. Un padre debería tener derecho a secuestrar a su propio hijo, siquiera por un tiempo. Había querido hostigar al chico con preguntas, preguntas brutales y no una lista dialéctica, con la que Rupert tendría la oportunidad de inventar alguna mísera excusa, una racionalización de por qué había asustado a tenderos ancianos y había enviado a la madre de Isaac a Bellevue. Pero Philip no tenía poder alguno: sus preguntas rebotarían en Rupert y le zumbarían a él, a Philip, en las orejas. Si Rupert tenía un *dybbuk* en su interior, un demonio que le devoraba los intestinos, ¿quién lo había puesto allí? Un *dybbuk* tan sólo podía haber pasado de padre a hijo. La violencia con la que Philip había castigado su cuerpo, la forma en que había mordisqueado sus miembros, las laceraciones producidas bocado a bocado, la podredumbre de una vida intramuros, el veneno de las fórmulas de ajedrez, los distintos grados de matanza perpetrados sobre el tablero, las dementes caricias hechas hombrecitos de madera, peones, alfiles y reyes, debían de haber creado un bichejo horrible e incómodo que se había introducido bajo la piel de Rupert, se había aferrado a sus testículos, le había estirado las tripas y provocado una rabieta en su cerebro. Philip era el *dybbuk*. Nadie más.

Rupert se había dado a la fuga. Tenía que combatir el peso de sus bolsillos, las botellas y frascos resbaladizos, el viento que golpeaba las enormes solapas de la chaqueta robada en una mugrienta caseta de la policía local. En su estómago gorgoteaban los pepinillos engullidos en casa de su padre. No podía cruzar a la carrera un bloque de viviendas sociales con los bolsillos a reventar y digerir a la vez pepinillos y queso. El hipo cortó su penosa carrera. Evitó a los compradores que se agolpaban a la salida de la fábrica de *bialys*<sup>[6]</sup> de Grand Street cargados con bolsas de pan de cebolla. Podrían haberle reconocido, incluso llevando aquella chaqueta. En



ese caso gritarían, le marcarían la cara con el *bialy* e irían en busca del Gran Jefe Judío, Isaac Sidel, o del policía local más cercano. No tenía paciencia para ponerse a esquivar *bialys* y sacarse cebolla de los ojos. Iba a ver a Esther Rose.

Rupert no llegaba a comprender todos los fervores de Esther. Había salido de una *yeshiva*<sup>[7]</sup> de Brownsville que sólo aceptaba a las hijas de los sefarditas de Brooklyn. Incrustada en un barrio de portorriqueños, negros y rudos judíos polacos, estaba vallada por los cuatro costados. La *yeshiva* era inexpugnable. Ningún judío polaco tenía acceso a las salas de oración ni a la biblioteca. Las chicas entraban apresuradamente por una puerta trasera. Tenían escasas oportunidades de inspeccionar lo que existía más allá del muro frontal de la *yeshiva*. Eran conscientes del poder hipnótico de una bombilla de veinticinco vatios. Sabían localizar los pasamanos en la oscuridad. Su mérito era que sabían recitar ladino, la mezcla de español medieval y hebreo de uso exclusivo en aquella *yeshiva*. Los sacerdotes sefarditas que dirigían la escuela se habían propuesto empujar a cada muchacha hacia la histeria. Las chicas tenían que ponderar su propia insignificancia. Llegaban a desesperarse por el exagerado tamaño de sus pezones, la desafortunada forma de sus pechos, la menor señal de vello púbico, las manchas de sangre en sus bragas. Nadie sobre la faz de la tierra excepto la rastrera mujer cargaba con la maldición del flujo menstrual, les enseñaban sus maestros. Un sistema de cambalaches les había escogido ya marido dentro de sus propias familias. Sólo una chica con el pleno respaldo de su familia podía buscarse un auténtico marido, que por lo general le doblaba en edad.

Esther aprendió los rituales del matrimonio en la escuela Brownsville para muchachas sefardíes: los velos que llevaría, las tablas menstruales que debería guardar para avisar a su marido de sus días exactos de impureza. Esther pasó por eso durante siete años, murmurando una plegaria cada vez que tocaba por descuido sus pezones o su entrepierna, soñando con una vida como mula de carga para su marido y su familia, intercambiando vello púbico con una pecaminosa compañera de la escuela, sintiendo cuchillas en el vientre cuando le llegaba el periodo, despreciando su actividad intestinal, su sudor y el color de su orina. Un mes antes de su previsto matrimonio con un mercader de nariz peluda, Esther huyó. Vagó por Brooklyn, y trabajó para la compañía telefónica. Luego se alistó en la Liga de Defensa Judía. Sus padres, que vivían en un enclave de judíos sefarditas entre Coney Island y Gravesend, incluyeron a Esther en su plegaria por los muertos. No podían tolerar la existencia de una hija que despreciaba un contrato de matrimonio para abrazar la causa de la Liga de Defensa Judía. El sionismo no significaba nada para la familia de Esther. Israel era algo para alemanes, rusos y polacos, bárbaros para la mayoría de los sefardíes, que recordaban la bondad de los moros con los judíos españoles. Los antepasados de Esther Rose, matemáticos, profetas y prestamistas, habían prosperado bajo el dominio árabe. Era difícil para los sefardíes del sur de Brooklyn guardar legítimo rencor a

Egipto y Arabia Saudí, o a los sirios y libaneses de Atlantic Avenue.

Rupert tropezó con Esther Rose por vez primera frente a la embajada rusa en Manhattan medio año atrás. Ella portaba una pancarta que denunciaba la intransigencia soviética hacia el Estado de Israel. Increpaba a la policía y a los ciudadanos de la Quinta Avenida, vestida con una blusa vieja y maloliente y una falda que dejaba al descubierto tobillos y rodillas sin lavar. Se abalanzaba sobre sus adversarios con el pelo despeinado y unas uñas que tenían las mismas incisiones que una sierra. Rupert no podía apartar la mirada de Esther Rose. Nunca había conocido a una chica que viviese en el filo de la navaja. Esther se fijó en el muchacho gordinflón que la contemplaba. No le arrancó las cejas a mordiscos. Vio más allá del prosaísmo de sus fofas mejillas. No asustaría a aquel chico con pancartas ni con uñas melladas.

Fue a tomar batidos con él a un tugurio de la Tercera. Él dejó escapar su edad: quince años. Esther había recogido a un niño (a ella le quedaban dos años para cumplir los veinte). Aquellas mejillas fofas desprendían una erudición capaz de penetrar bajo el sostén de una chica de *yeshiva*. El niño hablaba de Sófocles, del rabino Akiba, de san Agustín, el Baal Shem, Robespierre, Nikolái Ciógol, Jerónimo Bosco, Huey P. Newton, el príncipe Kropotkin, y Nicodemo de Jerusalén. Tenía los ojos delirantes y crispados de un sacerdote sefardita y los dedos agrios de un muchacho virgen. Se hubiera metido a gusto bajo la mesa con Rupert y lo hubiera chupeteado con la lengua llena aún de crema de café. A él el batido debía de haberle vuelto reticente. Le daba reparo yacer en un lecho de cucarachas y papeles de chocolatina delante de la gente de la barra.

Esther recurrió a su ingenio. Se decidió por Atlantic Avenue, donde sabía de un colchón que podía alquilarse por horas. Rupert no quiso ir. Aquello violentaba su sentido de la pureza. La llevó a un edificio abandonado de Norfolk Street. Se desnudaron entre los escombros: las rodillas de Esther se hundían en las tablas del suelo. El chico se mostró apasionado con ella. Acarició a Esther con astuta convicción y pronto cada uno lamía el polvo del cuerpo del otro. Esther era una chica de Brooklyn. Norfolk Street seguía siendo un misterio para ella. Pero era capaz de amar un edificio de escaleras desvencijadas, paredes podridas y ventanas tapiadas con hojalata. Abandonó la causa de Palestina a favor de Rupert. Traicionó a la Liga de Defensa Judía y se quedó en las cercanías de Norfolk Street para convertirse en la «mamá» permanente de Rupert.

Rupert se alejó a hurtadillas de casa de su padre, encorvado bajo el peso de los botes en los bolsillos. Intentaba sacudirse aquel periodista, Tony Brill. Entró y salió de callejones y más callejones. Tenía los tobillos hinchados por el roce con los botes que se colgaban de la cadera. Esther debía cambiar constantemente de edificio para protegerse de los curiosos y de la policía del East Side portorriqueño y judío. Rupert

la encontró en Suffolk Street. Era una chica caprichosa y se había escondido en un apartamento que tenía gárgolas en la cornisa, desagües con la nariz rota. Rupert entró por una ventana de la planta baja, se agarró los bolsillos para pasar por el alféizar. Pudo seguir la ascensión de Esther por el edificio siguiendo el rastro de sus dibujos en cada tramo de escaleras. Había pintado caras a lápiz en los descansillos, caras de frente hinchada y boca espumajante: hombres y mujeres drogados con la carga de sus propios y pesados cerebros. Los dibujos acababan de forma abrupta en el cuarto piso. Rupert no tuvo que subir más.

—Esther —llamó—. Soy yo.

Esther estaba sentada con las piernas cruzadas, profundamente concentrada y se había puesto una manta encima, como una *squaw* de Brooklyn (Esther despreciaba la ropa de calle). Cocinaba algo en un cazo con el hornillo que Rupert le había dado. El olor que salía del cazo se asentó bajo la lengua de Rupert. Se puso a dar vueltas por la habitación, mordiendo la chaqueta para evitar tragarse su saliva envenenada.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le gritó mientras el humo de Esther le empañaba los ojos.

—Comida —dijo—. Comida para Isaac.

—Isaac no es gilipollas. No va a beber fango de un cazo.

—Pues tendré que dárselo yo en la boca. A Isaac le puedo llenar el buche cuando quiera.

—¿Cómo? —preguntó Rupert—. ¿Le vas a enviar por correo rabanitos envenenados?

—No. Me pienso colar en su asquerosa oficina.

—Esther, Isaac tiene una fortaleza en Centre Street. ¿Sabes cuántas pistolas hay en cada piso? Hay detectives que duermen allí. No se puede ni mear sin escolta.

—¿Y qué? —dijo ella—. No voy a sostenérsela a Isaac.

—Escúchame, Esther. Hace cuatro días que no comes.

Se palmeó los bultos de los bolsillos.

—Tengo pepinillos en vinagre, de mi padre. Tengo col rellena. Tengo hojas de parra.

—No tengo hambre.

Esther se había mostrado fría con Rupert la última semana: le culpaba de haber perdido a Stanley Chin. Habían ido a Corona porque Manhattan estaba infestado de polis y gorilas de Mulberry Street. Eran suficientemente astutos para esquivar a los gorilas, que parecían perdidos fuera de Little Italy y no eran capaces de distinguir entre un pasamontañas (aportación de Esther a la banda), un gorro de lana y una bufanda de invierno. Aquellos gorilas debían de proceder de un clima más cálido, en el que a ninguna persona en su sano juicio se le ocurriría liarse un trapo a la cabeza. Pero los piruletas no lo tenían tan claro con la policía: los había listos y bobos, e

incluso un poli bobo podía avisar a Isaac con un transmisor de radio.

Lo de Corona fue idea de Rupert; su intención era acosar a Isaac desde un vecindario nuevo. La banda atacaría las tiendas de comestibles y escupiría el nombre de Isaac a sus víctimas. Pero una banda de críos chinos les había seguido más allá del límite de Queensboro. Eran viejos compatriotas de Stanley, de sus días de matón a sueldo de los mercaderes y políticos republicanos de Pell Street. La banda buscaba venganza: Stanley había insultado a sus antiguos patronos del Club Republicano de Pell Street, al perpetrar atracos en Chinatown como miembro de los piruletas. Los chiquillos chinos, llamados el Mordisco del Dragón por sus enemigos, no estaban interesados en Rupert ni en Esther Rose: no era su misión castigar a dos judíos de ojos redondos. Se echaron encima de Stanley frente a la salida del metro en Corona, le tiraron al suelo y le rompieron todos y cada uno de los dedos de las manos y los pies, mientras Esther gritaba y se arrojaba sobre ellos y dos dragones desocupados sujetaban a Rupert por los brazos. Esther prohibió a Rupert cualquier explicación. Con la cabeza contra la entrepierna de un dragón, pudo oír el crujir de los dedos de Stanley. Rupert salió de Corona sin marca alguna.

Esther se quedó mirando la engorrosa chaqueta.

—Quítate eso de encima —le dijo—. Pareces un guardia de tráfico.

Rupert le obedeció. Tenía la carne de gallina. No consiguió apartarla del mejunje que preparaba para Isaac. Sus intenciones eran claras. Quería follar con Esther. Rupert tenía perfecto derecho a ser lascivo con ella. Adoraba el cuerpo de Esther, la piel húmeda de una chica de *yeshiva*, la caída exquisita de los hombros, el arqueado de su espalda, la sal que lamía de su ombligo, el aroma cenagoso que emanaba de la parte trasera de sus rodillas, la bifurcación de sus caderas. Antes de Esther había tocado a una chica en la escuela, había palpado los exagerados pezones del pecho de aquella chica, su piel seca e inodora, el vello ralo que crecía entre las costuras de sus bragas. Pero nunca habría comprendido la delicada y húmeda maquinaria del aparato femenino sin Esther. Rupert hubiera matado a todo Essex Street por el privilegio de hundir la cara entre las piernas de Esther, o por follarla hasta que el cuello le vibrase con la fuerza de su orgasmo.

Pero ese día ella no iba a darle nada. Rupert lo entendía. Esther le estaba castigando por la caída de Stanley. ¿Tendría que romperse los pulgares para congraciarse con ella? Verse privado de su cuerpo le aterrorizaba. Se hubiera arrodillado sobre el suelo polvoriento para lamerle las rodillas si hubiera sabido que con eso la excitaría, o al menos la cogería desprevenida. Se metió las manos en las axilas para conservarlas calientes. Temblaba, y se estaba enfurruñando, y la carne de gallina serpenteaba por su espalda.

Esther se movió y lanzó su manta hacia Rupert, para tenerlo a su alcance. Se apretaron ombligo con ombligo en aquel frío: entonces Esther recolocó la manta, y

ambos bajaron juntos, las caderas del uno rozando las del otro, al tiempo que caían los pantalones de Rupert. Rodaron sobre la manta, mientras Rupert seguía sorprendido por el súbito cambio de su suerte. No importaba cuántas veces se acoplasen sus cuerpos: nunca alcanzaría a entender las necesidades de Esther. Pero no ponía en duda la bendición que suponía dormir con Esther. Le había envuelto con la manta, y tenía trocitos de lana en los oídos, y a Esther debajo. Se introdujo en ella, soltando sus caderas con una mano que no había perdido aún la gordura infantil. Esther tuvo su orgasmo con el pelo de Rupert en la boca. Ahora estaba quieta, pendiente de la excitación que iba acumulándose en su nariz. Esther sabía qué pasaba cuando un hombre empezaba a resoplar. Sacó a Rupert de su interior con un fuerte apretón de los músculos abdominales antes de que tuviera oportunidad de jadear contra su cara (las chicas de la *yeshiva* no creían en condones, diafragmas o dispositivos intrauterinos). Rupert se derramó sobre su pecho. No se enfurruñó. Intentó dibujar sobre su piel con el esperma, pintar sobre Esther con un dedo pringoso, pero ella no le dejó. Se hizo con la manta y volvió al cazo.

—Necesito amoníaco para la sopa —dijo.

Rupert se puso los pantalones.

—¿Por qué amoníaco?

—Consíguemelo y ya está.

—Esther, no puedo ni cambiar los pepinillos por pasta. ¿Quién me va a dar amoníaco gratis?

—Róballo —le susurró ella al oído—. Y no vuelvas sin mis cosas.

Rupert salió del edificio llevando aún las botellas y botes (había olvidado vaciar la chaqueta). Salió trastabillando a las estrechas cunetas de Suffolk Street, mientras sus deportivas resbalaban sobre la piedra virgen. Agarró los bolsillos e intentó recordar si en el colmado de los cubanos tenían amoníaco. No conseguía determinar la naturaleza de la sopa de Esther: fuese lo que fuese lo que le preparaba a Isaac, ¿se servía caliente o frío? Un hombre gordo vestido con un abrigo militar informe le acorraló en Norfolk Street. Era Tony Brill. Rupert hizo un gesto de desprecio.

—Tú sígueme y verás lo que les pasa a tus huevos. Ya sabes lo que le hago a la gente. Soy Rupert Weil.

Tony Brill salió corriendo detrás de Rupert. Pronto estuvieron los dos resoplando. El periodista consiguió arrancarle tres palabras a la garganta.

—Venga, habla conmigo.

Se pararon a descansar en lados opuestos de una farola. Rupert extendió la palma de la mano.

—Pasta, cacho cabrón. Dame toda tu pasta.

Tony Brill se apresuró a poner un dólar roto en la mano de Rupert.

—Ahí tienes. ¿Hablarás ahora?

Rupert apretó el puño, con el dólar asomando entre los dedos. Ya tenía dinero para el amoníaco y estaba demasiado exhausto para robar un colmado.

—Rupert, puedes hacerte famoso. Dime, ¿sufres cuando oyes que te llaman bandolero urbano? ¿Qué significado tiene tu renuncia a tocar el dinero? ¿Vas buscando sangre y no dinero? ¿Seguiréis atracando tiendas tú y Esther sin Stanley Chin? ¿Eres otra especie de Robin Hood?

—No —dijo Rupert—, soy el hijo de mi padre.

Apartó a Tony Brill de la acera con un empujón y corrió hacia la altura de la calle donde había varios colmados.

Esther estaba cansada de remover la sopa en aquel cazo pringoso: aún podía oír el chup-chup de las burbujas bajo la costra. Nada excepto el amoníaco acallaría ese ruido. Haría tragar la sopa a Isaac hasta que le saliese por las orejas. Hay más de una manera de envenenar a un poli judío de los gordos. Isaac estaría meando sangre mañana. Rupert era demasiado blando. No podría castigar al Jefe sin Esther Rose.

Las chicas de una *yeshiva* no son ciegas: había visto que la grasa de Rupert desaparecía. ¿Quién estaba drenando las mejillas de Rupert? Isaac *el Puro*.

Todo el terror de Rupert tenía su origen en el pez gordo judío. Ella ya se lo había dicho.

—Rupert, quieres demasiado a tu padre. ¿Es culpa tuya que Isaac lo tenga en un puño? ¿Por qué no hizo las maletas hace años y se mudó lejos de Essex Street? Isaac está matando a tu padre. No dejes que te mate a ti.

Él se había enfadado con ella.

—¿Y tú cómo coño sabes tanto? ¿Es que tus rabinos te enseñaron la filosofía de Philip Weil? A mi padre le da miedo mudarse. ¿En serio esperas que cruce el puente de Brooklyn? En un sitio desconocido se moriría. Pregunta a los científicos. Te puedes volver loco si te alejas del lugar donde naciste.

—Ya buscaremos otro sitio. Cuando se te encogen las agallas ya es demasiado tarde.

—Deja de hablar de mi padre. Y deja sus agallas en paz.

Aquello no le ofendió. No podía dejar de amar a aquel chico obstinado. El sudor fluía de las cejas de Rupert. Los hoyuelos de sus mejillas se redondeaban. Para ella era más guapo que el nene de Isaac, el señorito Ojos Azules. Ella no se bajaría las bragas ni ante el poli más guapo del mundo. Era muy selectiva con los hombres a los que se tiraba. Camioneros, tenderos, chicos de la liga sí, pero ningún detective rubio entraba en la lista.

La sopa del cazo de Esther olía peor que el semen de un gato de Williamsburg. Los vapores empezaban a atacarle la nariz. Tenía que salir de allí. Cogió su abrigo color verde guisante. Las manos se hundieron en los bolsillos como la cabeza de un

topo, pero no lo abrochó. La manta cayó de sus pantorrillas. Esther no era chica de falda. Con las piernas envueltas en tela no se podía sentir el viento en el cuerpo. Llevaba un pasamontañas enrollado en el bolsillo. Podía hacer que el terror cayese sobre el vecindario con sólo ponérselo sobre la cara. Los comerciantes gritarían: «¡un piruleta, un piruleta!» y correrían a refugiarse al fondo de sus tiendas. Ver el tembleque de un tendero ya no le satisfacía. Los comerciantes tenían un rey de patillas rizosas. Isaac el judío. Esther había jurado desquiciarle.

La primera vez que Rupert la llevó con él al East Side, a Norfolk Street, a Essex, Delancey y Grand, Esther comprendió las reglas del territorio.

—¿Quién es el que corta el bacalao aquí?

El chico no supo qué decirle.

—¿A qué te refieres, Esther?

—Alguien ha estado exprimiendo estas calles durante mucho tiempo. Está demasiado tranquilo. No hay ni gota de anarquía en todo Broadway Este. ¿Dónde está el jefazo?

Rupert pensó por un instante. Al fin murmuró:

—En la central de policía.

Y le habló de Isaac, y del control de Isaac sobre los bajos fondos, sobre los policías, los tenderos, el instituto de Seward Park, Ida Stutz, Mordecai, Philip y el mismo Rupert.

—Es un asco —dijo Rupert—. Pero nadie quiere decirlo.

Esther comprendió. Isaac era el Moisés de Clinton y Delancey. ¿O no le habían llenado la cabeza con la santidad de los patriarcas aquellos sacerdotes idiotas? Los judíos tenían más padres de los que Esther podía aguantar. Un ejército de padres, con una sola palabra bajo la lengua: «obedece». Cuando se casara, decían los sacerdotes, ¿no sería su esposo como un padre para ella? Un padre que disfrutaría de las partes de Esther. Tendría que abrirse de piernas para su esposo-padre, raparse el pelo para él (el pelo en el cráneo femenino era señal de degradación y lujuria), alimentarle, follarle, remendarle las camisas, frotar las manchas de pis de sus calzoncillos y llenarse el vientre de herederos.

Una esposa era apenas mejor que las bestias del campo. Le habían enseñado a cerrar los ojos y gruñir cuando su esposo la cubriese (las relaciones en cualquier otra variación o posición eran perversas e impúdicas). Él, el señor de la casa, estaba obligado a follar pensando en la Torah, mientras su esposa sufría la presión de las rodillas de su amo y señor y rezaba para que fuera un varón. Gracias a Dios por la menstruación, pensaba Esther. La esposa con sangre en su ropa interior era una propiedad impura. Su señor no podía beber de su copa, ni rozarla siquiera con un dedo tras la primera gota. Entonces tenía noches y días para ella sola. No volvería a ser pura hasta que limpiase la cera de sus orejas y hundiese la rosada cabeza en un

barreño de agua legamosa. Tales eran los placeres de una esposa de la *yeshiva*.

Esther tenía la solución. Se convertiría en la novia de Isaac. No sería un matrimonio de conveniencia, dispuesto por un tío rico, con dotes sustanciosas y completos ajuares. Esther se saltaría las tradicionales bendiciones ladinas. Construiría un matrimonio sin velos nupciales, ni palios enjogados tan viejos como la ocupación sarracena de Sevilla. No habría nada entre Esther e Isaac más que orgullo, veneno y una lujuria animal. Marido y mujer se harían trizas la noche de bodas, fornicarían con la energía del odio absoluto. Él le aporrearía los riñones con cada salto de su dura tripa de policía, y su esperma humeante le escaldaría la entrepierna. Ella sorbería las delicadas legañas de sus ojos. Isaac arrasaría con sus dedos las envolturas de su cara, arruinada ya por los salvajes lengüetazos de la propia Esther. La carnicería continuaría hasta la mañana siguiente, y entonces se encontrarían los restos de Esther e Isaac bajo un revoltijo de sábanas nupciales color lavanda: dos tibias bien conservadas y un coágulo púrpura de sangre.

Esther se llevó sus visiones a la calle. Varios obreros que cavaban zanjas en la acera vieron por casualidad una chica cuyas tetas asomaban por debajo del abrigo. Dejaron sus palas y aullaron a Esther.

—Cariño, guapa, nena, te va a coger frío sin camiseta. Ven con nosotros, que te cortaremos el viento.

Esther bordeó las zanjas, decidida a no cambiar el estado de los botones. Los repartidores y jubilados de Grand Street vieron el abrigo abierto y sintieron un golpe entre los ojos: hacía daño ver un pezón moverse bajo la luz invernal.

—Coño<sup>[8]</sup> —dijeron los repartidores. Los ancianos se encogieron de hombros avergonzados y se consolaron pensando en un *bialy* y en té de color pis.

Rupert estaba a unos tres metros. No había oído la conmoción que rodeaba a Esther. En su frente se habían formado dos bultos. Esther no le tocó el hombro, ni le dijo nada. Respetaba demasiado las reflexiones de Rupert. Llevaba el amoníaco de Esther bajo el brazo. Pasó absorto junto a ella, sin reparar en los aullidos de los obreros y los repartidores. Esther le adoraba, gordo o flaco, pero le asustó su aspecto esquelético. «Rupe —le hubiera gustado decirle—. Olvida a esos dragones chinos. Stanley no morirá en Corona. No es culpa tuya que nunca aprendieras kung-fu. Ya no estoy enfadada». Pero el afilado perfil de sus orejas la sobresaltó, y no dijo una palabra.

A Esther le entró hambre mientras bajaba por Ludlow Street. Se abrochó el abrigo para despistar a los dependientes portorriqueños y entró en el diminuto *supermercado*<sup>[9]</sup>. Otra chica entró en la tienda mientras Esther escondía una mandarina mohosa bajo el abrigo. La nariz judía de la muchacha y su alborotado pelo judío no le pasaron desapercibidos a Esther. «Yo conozco a esa guarra». La delgaducha hija de Isaac. Tenía que ser ella. La guarra vivía ahora con Isaac. Rupert y



Esther la habían visto alguna vez sentada en la escalera de incendios de Isaac. A Marilyn le gustaba sumergirse en el aire frío. Los dos la habían observado desde los tejados, y Esther había deseado poder romperle las rodillas a Marilyn. En el supermercado se sintió menos furiosa, y apenas sí sintió el impulso de ponerse el pasamontañas y asustar a Marilyn *la Fiera*. El húmedo roce de la piel de la mandarina contra sus pechos apaciguó a Esther Rose. Siguió pisando más fruta.

Los dependientes tenían calada a Esther. ¿Cuántas *muchachas*<sup>[10]</sup> se paseaban por un supermercado con un abrigo verde guisante de embarazada? Abrieron de un tirón los botones del abrigo, al tiempo que gritaban «¡ladrona, ladrona!». Mandarinas, aguacates y pimientos muy maduros cayeron en el suelo del supermercado con un agónico chasquido. Esther intentó alcanzar a todos los dependientes con un golpe circular de codo.

—¿Queréis un viaje en los huevos?

—Llama a la poli, tío —gritó el encargado. Entonces reconoció a Marilyn, que estaba intentando colocarse entre los dependientes y Esther—. Su padre debería venir, *señorita*<sup>[11]</sup> Marilyn. Esta *muchacha*<sup>[12]</sup> necesita esposas y una *pistola*<sup>[13]</sup> en la boca.

—Yo pagaré —le espetó Marilyn a la nerviosa mata de pelo que era el encargado.

Vio los espumarajos del labio de Esther. Era de tontos detener a nadie por unos aguacates y unos pimientos verdes. La chica estaba o bien loca o bien muerta de hambre y ganas de comer fruta. Marilyn sacó un dólar del monedero. Los dependientes no quisieron aceptar su dinero.

—No, no, señorita Marilyn.

Soltaron el abrigo de Esther. Ésta acercó los dientes a la barbilla de Marilyn.

—¿Alguien te ha pedido tu puta caridad?

—*Loca*<sup>[14]</sup> —se susurraron los dependientes unos a otros.

Los raterillos como Esther eran una molestia constante en su negocio. Las cucarachas, las hormigas, los perros, los ratones y depredadores por el estilo podían muy bien acabar con las existencias de cualquiera.

Marilyn no se quedó con los dependientes. Salió a la calle y siguió el rastro del abrigo verde de Esther. Las dos chicas se cruzaron en Grand Street.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Marilyn.

Esther sonrió.

—¿Yo? Rupertina. Vivo en los pisos de protección oficial. Tengo once hermanos, señorita, lo juro por Dios. Mi mamá está muerta. A mi padre no le queda ni un diente. Chupa las alcantarillas para sobrevivir. Y su padre, señorita, ¿está vivo?

La calamitosa historia de la chica caló profundamente en Marilyn. Pero en la voz de Rupertina había un timbre curioso.

—¿Conoces a mi padre? Es inspector de policía. Isaac Sidel.

Esther tuvo que contener su lástima por Marilyn *la Fiera*. La zorrita iba a quedarse huérfana en menos de veinte horas.

—Nunca he oído hablar de ningún Isaac, señorita.

Esther ganó la acera y se alejó. Le hubiera gustado tener una piruleta envuelta en el pasamontañas. La hubiera mordido con papel y todo y tendría jugo de colores en la lengua. Los rugidos de su tripa la empujaron hacia Suffolk Street y los pepinillos encurtidos de Rupert. Los chulillos de las pistas de balonmano de Seward Park la incordiaron sin cesar. Los chicos llevaban bufandas, deportivas azules y palillos de plata en la oreja izquierda. Llevaban bastones de punta suficientemente afilada como para rajar los bolsillos de una chica.

—Vente a jugar con nosotros, mamasita. Nos lo pasaremos en grande contigo.

Esther les dedicó un gruñido y apartó los bastones de un manotazo.

—¿No sabéis quién soy? —dijo, dispuesta a coger uno de los pendientes y tirar de la oreja a cualquiera de los chulillos—. Soy la hija de Isaac.

Los chicos recuperaron sus bastones.

—¿Isaac el mandamás? —dijeron—. ¿Papá Judío?

—El mismo.

No acababan de creérselo.

—¿Qué hace la hija del mandamás por la calle sin falda ni blusa?

—Vengo de un *rendez-vous*.

—¿Y eso qué es? —quisieron saber los chicos.

—Un encuentro religioso. Con un rabino. Se celebra en una piscina. Todos los meses. Te limpia de gérmenes.

Los chulillos se apartaron de Esther: podía contaminarles con sus historias de rabinos, gérmenes y piscinas.

Esther llegó a Suffolk Street. Rupert esperaba en el cuarto piso del bloque de apartamentos de Esther con una botella de amoníaco. Entraron en la habitación en la que Esther tenía el cazo. Volvió a encender el hornillo y vertió un poco de amoníaco sobre la sopa sin dar las gracias al muchacho.

—Pepinillos —dijo—. Tráeme uno.

Rupert le llevó los tarros de su padre. Mientras Esther removía el mejunje, él le fue metiendo en la boca pepinillos, hojas de parra y trocitos de col. Ella se deshizo del abrigo y Rupert tuvo que fijar la vista en la pared para apartar de su mente la pujanza de su culo y la hermosa firmeza de sus costillas. Esther tenía una concentración aterradora. Si intentaba follarla en mitad de la preparación de la sopa se ganaría un buen grito. Rupert conocía sus limitaciones. Él era el jefe de los piruletas sólo nominalmente. El espíritu de la banda surgía de Esther. Ella era la que planeaba las incursiones en el East Side. El plan era cortar al gigante en rodajas dedo a dedo: atacar a Isaac en la periferia, ganar resguardo en sus axilas y poco a poco

talar todos sus miembros.

Los ojos de Rupert estaban hundidos en la pared cuando notó que una mano penetraba en su chaqueta. Esther había empezado a desnudarle. No se resistió. Aceptaba sus favores siempre que se le presentaban.

—Sigo creyendo que Isaac no se tomará tu sopa tan fácilmente.

—Cállate —dijo ella.

El corazón de él latía contra la palma de su mano. Pronto estuvieron tendidos sobre el abrigo de Esther. Aquél era un chico frágil, cuyo corazón latía como el de un pájaro capturado. Según las enseñanzas de los sacerdotes sefarditas, era pecaminoso fornicar con Esther encima. Que les dieran por culo. Esther se inventaría su propia religión. Estaba enamorada de un chico que había visto a su padre desarrollarse a sí mismo durante quince años. Las muertes graduales eran las más feas. Rupert había contraído la enfermedad de su padre. No era capaz de salir de debajo de Isaac. Su lengua se alojó entre los dientes de Rupert. Oyó que el chico suspiraba. Tendría que engordar de nuevo esa cara. Era imposible mientras Isaac siguiese vivo. Esther estaba decidida a ganar aun cuando eso supusiera convertirse en la novia de Isaac. No se inquietaba por ello. Sería un matrimonio muy austero.

## **TERCERA PARTE**

Isaac llegó a Neptune Manor, en Ocean Parkway, vestido de diario: no había querido pasar por el apartamento de su esposa en Riverdale para rescatar una de sus cinco chaquetas de terciopelo (amarillo champán, verde pepino, naranja, rojo y gris topo) sólo para ir a la boda de una solterona. Marilyn se había negado a ir con él, de modo que había llevado consigo a Coen. Los «cuervos» de la oficina de Barney Rosenblatt, que por respeto habían renunciado a sus bolsillos de cuero y habían acudido vestidos en imitación de piel de tiburón y lustrosa gabardina, rieron por lo bajo al ver a la «pareja» de Isaac. Coen estaba con la mierda al cuello, todos lo sabían: había incurrido en el pecado capital de pretender a Marilyn Sidel. Isaac y Coen se sentaron en una esquina, lejos de la mesa de los novios, a la que el Vaquero se sentaba con su hija mayor, su reciente yerno (un mercero de dientes podridos), el comisionado primero O’Roarke, el inspector jefe y el jefe de la policía, acompañados por sus esposas, y con dos jóvenes tenientes de alcalde, personas honorables de largas patillas y licenciaturas universitarias que se sentían a sus anchas en una sala llena de polis. Anita Rosenblatt lucía un velo que tapaba una nariz torcida y la larga y pronunciada barbilla de su padre. La novia tenía treinta y dos años. Padecía de una galopante alopecia, consecuencia de un desajuste nervioso que le había envenenado el cuero cabelludo. Ni siquiera Isaac, que detestaba al Vaquero, podía ser indiferente al atractivo de Anita vestida de novia. Había sobrevivido a las calvas y a las imperfecciones de su rostro. Cuando Anita miraba al mercero le acometía un rubor que podía con cualquier velo y era capaz de arrancar de un pellizco la amargura de las mejillas de un comisionado irlandés.

Anita presidía el bufé. Los fiscales adjuntos de los distritos de Manhattan, Brooklyn y Queens, de pie frente a la novia, consumían ingentes platos de col en vinagre. Una fuente, coronada por una figura de Neptuno surgiendo de entre las aguas (hecha en oro y plata) escupía ponche de limón en un cuenco cercano a los pies de Neptuno con fuerza suficiente para ahogar a un bebé o a un cachorrillo.

Isaac descubrió a Herbert Pimloe tras una bandeja de salami. Sólo el respeto por el comisionado primero O’Roarke le impidió a Isaac clavarle un salami en la garganta a Pimloe. O’Roarke era un hombre enfermo. No le hacía falta, además, que sus inspectores le pusieran en evidencia en un evento social. Isaac encajonó a Pimloe contra los salamis sin una pizca de malicia.

—Herbert, he oído que el Vaquero tiene un mozo nuevo.

Pimloe intentó escabullirse del bufé. Isaac le mantuvo en su sitio con dos dedos. Pimloe no se atrevía a moverse.

—No te puedes creer todo lo que te digan, Isaac.

—Herbert. ¿Tienes ya el anillito de boda del Vaquero? ¿O es una relación

informal?

Pimloe dedicó a Isaac una sonrisa forzada. Las venas de sus orejas habían enrojecido.

—No deberías hacer tanto caso al FBI, Jefe.

—¿Cuánto te prometió el Vaquero, Herbert? ¿Media ciudad? ¿Eso costaba que te pasases a su bando? ¿Qué va a darte, Brooklyn o el Bronx? Quiero saberlo, Herbert.

—No te la he jugado, Isaac, te lo juro.

—Pimloe, tú le dijiste al Vaquero dónde encontrar a Stanley Chin. Y no me vengas con chorradas sobre Newgate. Newgate no le lamería el culo al Vaquero. Es demasiado orgulloso. Para algo así hay que ser de Harvard.

Isaac dejó a Pimloe meditabundo, recostado contra la húmeda piel de los salamis. Su rabia era en gran medida falsa. El Jefe no podía tomarle a mal a un niño que intentase salir adelante. Herbert iba a por lo seguro. Le parecía que el Vaquero era mejor rabino que O’Roarke. ¿Por qué iba Pimloe a poner la placa y el culo a disposición de un comisionado moribundo?

Isaac se acercó a la mesa de los novios. Quizá tuviera una enganchada pendiente con Barney, pero no pensaba insultar a la novia. Besó a Anita bajo el velo, y le deseó un matrimonio largo y feliz pese a las rencillas de la central. El velo rozó la nariz de Isaac. Pudo sentir la encorsetada rigidez del vestido. Rezó porque Anita no perdiese nunca a su esposo el mercero. Sabía todo lo que hay que saber sobre hijas con talento para escabullirse de sus maridos. Pensar en Marilyn hizo que Isaac se acordara de Coen. Antes prefería verla soltera que con Ojos Azules. Coen era el poli perfecto. Desprovisto de ideas propias y de ambición, era de toda confianza. ¿Qué podía ofrecerle a Marilyn más que sus malditos ojos azules?

Bajo la fría y conejil mirada del comisionado de la policía y su señora, ocupados en hincharse a ensalada de patatas mientras escrutaban cada invitado nuevo, Isaac se vio obligado a estrechar la mano del Vaquero.

—Suerte —dijo Isaac, la sonrisa escondida tras las arrugas de una manga.

El Vaquero acogió a Isaac con desdén y una panoplia dignos del mejor proxeneta. Vestía un traje azul oscuro con corbatín de seda, faja y pantalones más anchos que una falda; su rango, «jefe de detectives», aparecía inscrito en filigrana en unos gemelos de perla moteada. El Vaquero había apoquinado trece mil dólares para hacerse con un local suficientemente grande en el que festejar a su alopecica hija, y antes preferiría colgarse de las magníficas cortinas de su oficina (instaladas por Teddy Roosevelt setenta años atrás) que permitir que Isaac le fastidiase su día de gloria. Él mismo se había ocupado de que Isaac y su amiguito se viesan relegados a una mesa prácticamente dentro de la cocina, de forma que el hedor de la grasa de pollo les recordase su mísera condición. Ojos Azules le gustaba menos aún de lo que le gustaba Isaac. Los chicos guapos como Coen eran los que habían tonteado con la

hija de Barney y habían plantado a Anita una y otra vez, hasta que el Vaquero decidió intervenir. Le buscó a Anita un prometido, un comerciante de cincuenta y ocho años sin nada con lo que comerciar, un solterón con unas facturas espeluznantes de dentista, un huérfano más ávido por tener de padre político a alguien capaz de achantar a los detectives de los cinco barrios. Barney le buscó un localito en Schermerhorn Street, apenas una rendija en el muro de dos carretillas de profundidad y convirtió al huérfano en un mercero. El jefe de detectives no podía tener a su hija encamada con un desharrapado.

—No te preocupes por nada, Isaac. La comida del hospital no matará a Stanley Chin. Mis hombres le han alimentado con barritas de chocolate.

El Vaquero tenía derecho a mostrarse ufano: tenía a Anita asegurada de por vida (el mercero quedaría huérfano de sí mismo si se le ocurría desaparecer de Schermerhorn Street), le había levantado a uno de los piruletas a Isaac en Corona y ya le había cotorreado al comisionado que habían trincado a Ojos Azules con la zorrilla de Marilyn. Pero Isaac pasó junto a él, murmurando apenas un saludo al comisionado y a su esposa, y arrumbó al sur a lo largo de la mesa nupcial hasta llegar junto al comisionado primero. Isaac no había ido a discutir sobre cuestiones policiales con su jefe. No le habló a O’Roarke del nido de ladrones de coches que sus ángeles habían descubierto en la tercera división: policías que suministraban Fords y Buicks a los apostadores de Nueva Jersey. Isaac tenía los detalles en la cabeza: sólo importunaría a O’Roarke con ellos cuando estuviera listo para caer sobre aquellos polis y reventar su nido. Isaac se recostó contra la mesa.

—¿Quiere que les traiga algo a usted y a su esposa del bufé, comisionado Ned?

El comisionado primero miró a Isaac con unos centelleantes ojos verdes capaces de resistir la corrosión de los medicamentos y el radio que se veía obligado a ingerir. Antes de que el tumor de su garganta se llevase consigo parte de su concentración, O’Roarke había sido el policía más temido de Nueva York. Un comisionado de la policía estaba literalmente casado con el alcalde y, enredado en la política municipal, no acostumbraba a durar más de unos meses en el cargo. El comisionado primero llevaba treinta años en su puesto. Él había introducido a los nuevos comisionados y había barrido la porquería de su predecesor. O’Roarke era lo más parecido a la perennidad que podía conocer un policía. Y ahora el comisionado primero se estaba muriendo a chorro.

O’Roarke, amable siempre con Isaac, le preguntó por Coen.

—¿Por qué está Manfred tan lejos? ¿Está jugando de exterior? Desde este extremo de la mesa no le veo.

—No pasa nada, comisionado Ned. Es que el Vaquero no le quiere cerca de la novia.

—Eso le pega al Vaquero. ¿Y nosotros qué? Cuando Manfred sonrío me alivia la

indigestión.

—Se lo puedo traer, pero por aquí se meterá en líos. Cuanto más lejos del Vaquero esté, mejor.

Isaac mandó recado de que trajesen a Ojos Azules. Coen pasó junto a las mesas reservadas a los sargentos, parientes lejanos y simples capitanes de comisaría, que se burlaron de él parapetados tras sus servilletas, porque no podían arriesgarse a meterse con Isaac en campo abierto. Isaac se largó. Bastante había sufrido durante el bufé, mientras enseñaba los colmillos a los comisionados, a los tenientes de alcalde y a los más señalados de entre los Rosenblatt, de modo que se escabulló como mejor pudo del salón para evitar una cena sentado en la que tendría que engullir pechuga de pavo, judías verdes, col al estilo del Neptune y un cuenco de cóctel de frutas con los cuervos de Barney y toda una jerarquía de polis gordos. Ojos Azules le sustituiría. Isaac dio a Coen un golpecito en la barbilla antes de salir.

—Estate atento al comisionado primero. Si se pone a escupir sangre o algo, me llamas.

A partir de ese momento, Coen estaba solo. No podía evaporarse, como el Jefe. Se había resignado a un domingo perdido. El comisionado primero le consiguió una silla. Mal que bien le hicieron sitio en la mesa de los novios. Coen no podía hacer un feo al comisionado Ned. Una baba oscura se acumulaba en la boca del Vaquero a medida que engullía gajos de pomelo. Tendría que quedarse. El bufé fue retirado rumbo a la cocina como una montaña exhausta mientras las delicias bailoteaban en las bandejas. Durante el primer plato apareció un trío de músicos, saxofón, acordeón y contrabajo. La banda se instaló en lo que minutos antes era el arco interior del bufé. Se invitó a los presentes a bailar entre plato y plato, de modo que el personal de cocina tuviese oportunidad de despejar las mesas; los cocineros tenían que decorar quinientas fuentes con bolas de puré de patata para el segundo plato.

El intenso aullido del saxofón invadió el salón con una ráfaga de metal. El contrabajista tenía dedos regordetes. El acordeonista era incapaz de arrastrar a un policía a la pista de baile. Con la pistola colgada del cinto, la mayoría se mostraban reacios a bailar. A sus esposas poco les importaba: querían bailar con Coen. Ojos Azules tuvo que dejar la mesa. Los cuervos le dedicaron miradas asesinas. Una tras otra, las esposas se abrazaron a él. El acordeonista tenía preparada una canción picante hebrea para los de las Manos de Esaú y gigas irlandesas para los polis católicos de la Santa Cruz. Las esposas interrumpieron sus tonadas. Exigieron una lenta. Coen iba de foxtrot en foxtrot. No conseguía que las esposas se cansasen. Incluso le obligaban a cambiar de pareja a medio paso. El constante roce de pieles le provocó además una desafortunada erección. Las esposas aprovecharon esa vulnerabilidad para bailar pegadas a Ojos Azules. Sus maridos parecían cada vez más adustos. Mentalmente hacían prácticas de tiro en la Neptune Manor, y reventaban a



tiros las encantadoras orejitas y la boquita preciosa de Coen. Ojos Azules les resultaba intolerable. Aquellos hombres cumplían con sus turnos preocupados por los espías que el comisionado primero pudiera haber infiltrado en sus comisarías; no tenían por qué soportar además que un ángel de Isaac tonteara con sus señoras.

La novia del mercero debió de percibir la desesperación de Coen. Se levantó, sujetando en un puño parte del vestido, para meterse entre las mujeres y alejarlas de Coen. Pero no había contado con la delicadeza de líneas de Coen, con el roce de una uña contra su palma, con aquel bulto avergonzado. Su cara ardía, y bajo el velo se encendían manchas de rubor. Tragó saliva para pensar en otra cosa. El mercero se sintió mortificado. Su Anita bailaba a medio metro de él con las muñecas rígidas. La curva de su espalda era inconfundible. Anita se reclinaba en Coen. El mercero buscó a su suegro con gesto de rabia. El Vaquero no había estado ocioso sentado a la mesa: llevaba planeando la caída de Coen desde que empezó el foxtrot. Barney conocía a un frutero de Bath Beach, un chico italiano muy simpático, que por cien dólares estaría dispuesto a llevarse por delante a Coen. El frutero ofrecía además garantías: si fallaba, no aceptaba ni un centavo.

Pero un milagro se abatió sobre el salón del banquete: el pito de Coen perdió fuerza. Anita se apartó de él. Había unos cuantos centímetros entre Coen y ella. Su tez arrebatada se amansó bajo el velo. En breve recuperaría su color habitual. Coen la acompañó hasta la mesa, mientras los comisionados aplaudían débilmente a la novia. El mercero tenía negros pensamientos sobre la noche de bodas. Ojos Azules se sentó con la nariz casi pegada a los cubiertos, decidido a no dirigir la mirada al velo de Anita. Una vez Coen hubo guardado sus zapatos de baile bajo la mesa, Barney pudo politiquear de nuevo con los invitados a la boda. Llegaron los camareros: nubecillas de vapor nacían de las pechugas de pavo, cada una acompañada de sus bolas de patata sobre fondo de guisantes.

Isaac disfrutaba de las tardes de domingo en Centre Street, cuando la Oficina del Comisionado no estaba a reventar de detectives y de policías jóvenes empleados como correos o secretarías. Podía asomarse a los pasillos semidesiertos sin tropezar con dignatarios ni con gente del FBI, ni con inspectores visitantes de la brigada de homicidios de Londres o de la Sûreté francesa; sólo policías de domingo, como él, casados con sus libretas y sus placas, que apreciaban el olor de la madera oscura y la comodidad de un edificio que se hundía: el edificio de la central desaparecía bajo el suelo a un ritmo de seis centímetros al año. El inmueble había sido apuntalado y los ingenieros municipales aseguraban que podían retardar el proceso en casi dos centímetros.

Isaac pasó agachado bajo los puntales, asidos al edificio como una gigantesca

falda de hierro, cruzó la estrecha puerta principal (la central tenía que poder discernir los enemigos de los amigos) y se detuvo frente a la cabina de seguridad. El guardia, que trabajaba en Brooklyn el resto de la semana, estaba sentado tras una cabina a prueba de balas. Phinney, aquel guardia de domingo, tenía la habilidad de ligar con chicas recién llegadas de la calle. Les daba palique mientras esperaban frente a la cabina y apoyaban las tetas contra el vidrio verde antibalas. El agente era lo bastante discreto para no invitarlas al interior de la cabina. En aquel momento tenía a una chica con él. Isaac sólo pudo verle un lado de la cara. Llevaba las piernas al aire bajo el abrigo. A Isaac le atrajo la tersura de sus pantorrillas, pero no conseguía entender cómo podía ir una chica sin calcetines en pleno febrero. Saludó al guardia. Phinney dijo «buenas tardes, Jefe» con una sonrisa bovina. Isaac tenía motivos para mostrarse indulgente con él. La mafia irlandesa saldría corriendo a comulgar tras la boda de Barney: la central estaba libre de comisionados.

Isaac subió a su planta. El sargento de guardia, del equipo de O’Roarke, estaba dormido en un banco. Isaac no quiso molestarle. Cerró la puerta de su despacho con un suave tirón del pomo. Pensaba revisar unas cuantas cintas que le había preparado un confidente suyo con la grabación de unos policías extorsionando un supermercado. Se sentó tras su escritorio y se puso a buscar las cintas. Se pilló los dedos con un cajón, pero Isaac no era de los que gritaban su dolor. Hubiera jurado que el escritorio empezaba a temblar. Una fuerte detonación, como el estallido de una bolsa de papel dentro de su cabeza, catapultó a Isaac lejos de la silla. La ventana escupía cristales. Isaac tenía la mejilla contra la pared. Nuevos temblores sacudieron el suelo, gruesas ondas de aire espeso llenaron de humo la boca de Isaac. El Jefe salió a rastras de su despacho, escupiendo flemas y trocitos de yeso. Se habían abierto grietas en el techo y las paredes eran ahora de papel.

El sargento de guardia estaba debajo del banco. Asomó la cabeza para mirar a Isaac, que tenía la cabeza casi completamente blanca (el Jefe no se había sacudido el yeso).

—Dios se apiade de nosotros, Isaac, al fin ha pasado. El edificio se ha hundido. ¿Llegarán hasta nosotros, Jefe? ¿Crees que serán capaces de sacarnos de aquí?

Los delirios del sargento hicieron sonreír a Isaac.

—Tranquilo, Malone. Será un rescate sencillo. No podemos habernos hundido más de trescientos metros.

El sargento volvió a meter la cabeza debajo del banco. Isaac se sintió avergonzado.

—¿Malone? Lo siento... Ha sido una bomba pequeña. Debe de haber estallado en los servicios que hay debajo de mi despacho.

Malone no movió la cabeza.

—Isaac, ¿pueden haber sido los chalados de los portorriqueños o los chicos de la

Liberación Negra? ¿Han intentado enterrar vivos a unos cuantos polis?

—No, no, el regalito iba para mí.

Isaac bajó corriendo al siguiente piso. Entro en los servicios con un pañuelo sobre la cara. Había un abrigo de color verde guisante debajo del lavabo. Isaac se dijo a sí mismo que era un imbécil y un pardillo; tendría que haberse fijado más en la chica sin medias. No era posible que Phinney la hubiese llevado a la central. Ella le había utilizado. Pudo verle la cara mejor. Estaba comida por el vidrio y el polvo. No encontró su ropa interior. Había ido en burea de Isaac vistiendo un abrigo de color verde, unos mocasines y piel. Junto al cuerpo había tres tarros rotos de mayonesa. No fue hasta después de olisquear los tarros cuando Isaac vio que la detonación le había arrancado un brazo a la chica.

Dos hombres penetraron en el retrete, pertrechados con cascos, mandiles gruesos, trajes de amianto y gigantescos guantes de esponja. Eran miembros de la brigada de explosivos adscrita a la Academia de Policía. Isaac se plantó frente a ellos.

—Podéis iros a casa —les dijo—. El caso está cerrado. Ya os enteraréis a través de mi informe.

Los dos cascos le dedicaron un «vete a cagar». Aquello era asunto suyo. Nadie podía decirles que eran unos intrusos cuando había habido una explosión. Tenían que cribar los escombros.

Isaac les dio su nombre y a continuación gritó a los sombreros de amianto:

—Tengo el beneplácito del comisionado primero. Como toquéis un solo trozo de vidrio o mováis algo haré que os quemén la lengua.

Los hombres se encogieron de hombros tras sus mandiles. No iban a enfrentarse a Isaac *el Puro* con guantes de esponja. Echaron un vistazo a la entrepierna de la chica muerta y salieron, sin interés alguno por el brazo arrancado. Phinney, el guardia de domingo, estaba encogido junto a las escaleras. Tenía el rostro cetrino. Temeroso de entrar, gritó desde la puerta:

—¿Quién era esa estúpida, Isaac?

—Una de los piruletas, Esther Rose.

—Me dijo que tenía que hacer pis... Yo... Isaac, ¿cómo iba a saber que escondía un petardo bajo el abrigo?

—La has cagado, Phinney. La central no es un meadero público. Se supone que nadie sube por esas escaleras. Olvídate de la pensión: te van a colgar del techo hasta que sangres por las orejas.

Phinney se mordisqueaba los nudillos.

—¿Qué podría contarles, Isaac? Por favor, dame una historia.

—Hay que ser listo para mentir, Phinney. Di la verdad. Y ahora calla y vuelve a tu puesto. El Vaquero está a un río de distancia. Vamos a tener cien polis en la chepa en menos de nada.

Marilyn no llevaba nada bien su nueva soltería. En casa de su padre había más de una mujer. Isaac se había llevado a su «prometida» a vivir a Rivington Street. No podía permitir que Ida Stutz siguiera viviendo en su apartamento cuando Rupert Weil podía tomar al asalto su escalera de incendios. Por eso los tres tenían que compartir el aire de dos habitaciones pequeñas. Las chicas no acababan de congeniar. Marilyn lo intentaba, pero Ida se sentía incómoda en presencia de una chica con estudios. Se avergonzaba de su sudor, y de los trocitos de queso que se le enredaban en el pelo cuando preparaba *blintzes* en el restaurante. Su cuerpo parecía un artículo de saldo comparado con los esbeltos codos y los ijares *goyim* de Marilyn. Ida lloriqueaba ante el queso: le hubiera gustado meter la cabeza en un barreño de champú de avena hasta ahogarse.

Marilyn sólo conseguía relajarse cuando Isaac y su «prometida» salían a trabajar. A partir de ese momento tenía el piso de Rivington Street para ella sola. Entonces podía bañarse por las tardes, limarse las uñas, contemplar las venas de las manos. Echaba de menos a Ojos Azules. Pero si conspiraba a espaldas de su padre y acudía corriendo a ver a Coen tiraría por tierra su carrera con Isaac y la Oficina del Comisionado. Marilyn percibía el revanchismo de su padre. Isaac tenía celos de Coen.

En tanto que hija soltera de Isaac, compartía el retrete con el viejo del apartamento de enfrente. El viejo acaparaba las instalaciones. Soltero él también, despreciaba a toda mujer que se sentase para hacer pis. Marilyn tenía que tirar de la cadena por él: era demasiado remilgado para tocar la manija de la cisterna. Quizá hubiera podido desentenderse por completo del viejo si éste se hubiese molestado en cerrar la puerta del retrete. Se sentaba siempre con los pantalones arrebujaos de cualquier manera y colgados de un clavo encima de la cabeza, se daba con los puños en las rodillas y cantaba canciones escandalosas a todo pulmón, canciones de cortejo, imaginaba Marilyn, dada la febril entonación del viejo. No tenía otra forma de saberlo. Las canciones no cuadraban con ningún idioma que Marilyn conociese: parecía ensamblar retazos de inglés, *yiddish* y húngaro. Marilyn no tenía ganas de descifrar su significado.

Aquella mañana, desesperada por hacer pis, entró en el retrete a la carrera. Dio un salto a un lado para evitar el choque con las rodillas del viejo solterón. Su pecho chocó contra la pared. El viejo se quedó sentado, chasqueando la lengua, y le mostró un pito de un rojo increíble, salido de su bajo vientre para rondar a una chica judioirlandesa. Marilyn necesitaba a Coen.

Ni siquiera el comisionado de la policía consiguió arrancar a Isaac de su escritorio. El humor de perros del Jefe tenía confundidos a sus subordinados. Si la piruleta había saltado por los aires ya no podía hacerle daño. Isaac era un héroe. ¿O es que no había sobrevivido a las bombas caseras de Esther, a aquel potingue de los tarros de mayonesa? ¿De qué se lamentaba el Jefe?

Isaac pasó horas sentado sin mostrar el menor signo de flojera en las espesas mejillas. No quería seguirles la corriente a sus hombres. Perteneían a la brigada de las pistolas de goma, antiguos ángeles de Isaac que habían sufrido la humillación máxima: la Oficina del Comisionado les había retirado sus cuarenta y cinco por un exceso de celo en el cumplimiento del deber. Los servicios internos les habían acusado de ser de gatillo muy fácil. Al parecer habían volado más sesos de la cuenta. Ahora trabajaban de oficinistas para Isaac. Eran muy sensibles al menor cambio de su humor, a ese cabello erizado tras las orejas que delataba su ansiedad. ¿Qué estaría esperando el Jefe?

El teléfono sonó hacia las tres de la tarde. La patrulla de pistolas de goma comprobó que los cabellos de Isaac se disparaban: aquellos hombres habían desarrollado poderes psíquicos para detectar los distintos sonidos que podían producir un teléfono. Isaac acercó la lengua al auricular.

—¿Diga?

—¿Está ahí Isaac *el Puro*?

El aire se escapó resoplando entre los carrillos de Isaac, que se distendieron.

—Llamo por Esther Rose. Tú la mataste, chulo putas. Ella te llevaba sopa, y tú vas y la arrojas a un montón de mierda.

—Vaya sopa —dijo Isaac—. Venía en un tarro especial. ¿Dónde estás, Rupert?

—¿A que te gustaría saberlo? ¿Lloró mientras la torturabas, Isaac? ¿O te escupió a la cara?

—Rupert, tenemos que hablar. Nos encontraremos donde tú quieras.

Los de las pistolas de goma se afanaban en rastrear la llamada de Rupert. El Jefe los ahuyentó del equipo de sonido con un gesto de la barbilla. No podían creer que Isaac se achantara ante un piruleta.

—¿Quién se encargó del brazo de Esther, el detective rubito? También me encargaré de él.

—¿Ojos Azules? Nunca ha visto a Esther Rose. No salgas a la calle, Rupert. Hay unos cuantos tipejos italianos que te están buscando.

—¿Intentas retenerme mientras tus técnicos localizan mi cabina, Isaac? Olvídalo. Voy a colgar.

—Nos sobreestimas, Rupert. Es el FBI el que enreda con los cables, no nosotros.

Nosotros somos hombres primitivos.

—Vas a ser primitivo antes de lo que crees. Me voy a cebar con tu mandíbula. Pienso ponerte los dientes en conserva. Enviaré tus tripas a la central por correo, a pagar en destino. Todos te recordarán, Isaac. Desearás no haber jodido nunca a Esther. Adiós.

Isaac sostenía el teléfono muerto en el regazo. Los de las pistolas de goma se quitaron de en medio. El Jefe estaba inmerso en sus cavilaciones. El forense y los chicos de dactiloscopia que habían empolvado los tarros de mayonesa no supieron decirle nada excepto que Esther se había inmolado. Isaac tendría que sacar conclusiones por su cuenta. Una chica descuidada no deja el abrigo debajo del lavabo. La desnudez de Esther desbarataba la teoría más sencilla de una muerte accidental. ¿Le gustaba acaso manipular bombas sin estar vestida? ¿Quién iba a creerse que una chica quería morir con Isaac? Esperaba que Rupert pudiera revelar quién era Esther. Las instrucciones del muchacho eran lentas. Rupert tenía a Isaac por un asesino.

Había enviado a Coen a Brooklyn para entrevistarse con la familia de Esther. Coen salió vivo a duras penas de allí. Los sefarditas le habían insultado y arañado. Negaron conocer siquiera a Esther. Isaac no estaba satisfecho. Ya había tratado con judíos más extraños que aquéllos. ¿Había hecho reír a aquel *tzaddik*<sup>[15]</sup> de Williamsburg o no? Había bailado con los *hasidim* en una sinagoga más grande que un campo de fútbol. De modo que Isaac salió en busca de Esther. Se llevó a Brodsky consigo. Isaac no hubiera querido compañía en Manhattan o el Bronx, donde podía detectar cualquier calle con la nariz. Pero Brooklyn era una segunda Arabia, innavegable para Isaac sin coche, un desierto de vecindarios contradictorios, sanguinario, suave, con bolsas de aire capaces de penetrar los calzones más gruesos de un policía hasta causarle escalofríos. Isaac encontró a la gente de Esther en un bloque de viviendas privadas cercano a Gravesend y a Coney Island Creek. No le invitaron a pasar. Un tipo con casquete que bien podría haber sido el padre, el tío o el hermano de Esther (sus cejas crispadas y las orejas pendulares hacían imposible adivinar su edad) salió a recibir a Isaac con un cuchillo de cocina. Isaac retrocedió por el camino de entrada, decepcionado por los judíos sefarditas. Hizo una seña a Brodsky, con la mano en dirección a Manhattan.

Horas después volvía a llamar a Brodsky. Isaac quería ir al depósito de cadáveres de Bellevue. Los de las pistolas de goma embutieron en los impermeables un cargamento de lápices (al Jefe le gustaba hacer apuntes en sus viajes con Brodsky). El chófer parecía alicaído. Prefería mantenerse alejado de los hospitales y de los depósitos. La intención de Isaac no era forzar a Brodsky a vérselas con un truculento médico forense. El Jefe iba en busca del cadáver de Esther. Los sefarditas no lo habían reclamado y lo habían abandonado en los frigoríficos municipales. Si las

Manos de Esaú se negaban a enterrar a una piruleta judía por cuestiones estatutarias (Barney Rosenblatt tenía el poder de vetar la petición de Isaac), él mismo pagaría de su bolsillo una tumba, una con una lápida decente.

El encargado del depósito se mostró esquivo con Isaac. Juró por su vida que Esther había desaparecido.

—Isaac, tú tienes autoridad. Tira abajo las paredes si quieres. El forense tiene miedo al comisionado. Pero no vas a encontrar ni una mierda. A esa chica ya se la han llevado.

—¿Se la han llevado a Ward's Island con el turno de los indigentes?

La idea de que pudiesen meter a Esther en una fosa común enloqueció a Isaac. Se le hacía repugnante. Aquellas tumbas eran vaciadas cada diez o veinte años para hacer sitio a una nueva tanda de huesos.

El encargado sonrió.

—No ha ido a Ward's Island, Isaac. Alguien firmó por ella.

—Enséñame el registro, mamón.

El encargado regresó con una tarjeta larga.

—¿Era pariente? —masculló Isaac.

—No, aquí pone «admirador».

—¿Cómo se llama el admirador?... ¿No será Rupert?

El encargado achinó los ojos para leer mejor.

—No está muy claro, Isaac. Una palabra. Empieza por Z.

—Zorro —dijo Isaac, con una iluminación repentina, mientras miraba por encima del hombro del encargado.

El encargado entornó los ojos.

—Isaac, al depósito no se le toma el pelo. ¿Quién es Zorro?

—Uno de los chicos Guzmán.

El cementerio estaba en Bronxville, y los Guzmán tenían allí una fosa familiar. Tras hablar con otro encargado, Isaac descubrió que Zorro Guzmán se había hecho con Esther dos horas antes. Salió del depósito a la carrera. Brodsky se afanaba tras él.

—No tiene sentido, Isaac. ¿Qué iban a querer los Guzmán con una piruleta? ¿Tienen un plan para revivirla? ¿La van a vender en la calle?

Los Guzmán, un clan de judíos marranos del Perú, carteristas, rateros y proxenetas, se habían establecido en el Bronx y se habían convertido en los príncipes de las apuestas de Boston Road. Habían hecho su agosto entre latinos, irlandeses pobres, negros y viejos judíos. Isaac nunca se había inmiscuido en sus negocios de baja estofa. Pero la tribu había empezado a infestar Manhattan. Los Guzmán secuestraban chiquillas recién llegadas al puerto y las subastaban en los burdeles locales. Isaac se había propuesto sacar a la tribu de su territorio. Los piruletas le habían retrasado. No le quedaba tiempo para ocuparse de unos cuantos chulos

mugrientos.

El chófer le llevó a Bronxville. La fosa familiar de los Guzmán era una loma de hierba helada. Tres viejos tiritaban frente a una herida fresca sobre la loma. Eran plañideros expertos. Los Guzmán los habían contratado para llorar por Esther. Vestían los caftanes de un gran rabino, con la salvedad de que en el pecho de todos había una cruz. Zorro estaba con ellos, enfundado en un abrigo a cuadros. Brodsky llamó la atención de Isaac con una risotada.

—Isaac, ¿quieres que le tire colina abajo? Ya que están aquí, que los viejos esos lloren por Zorro. Un toque en la cabeza y el caso Guzmán queda cerrado. A Zorro ya no le quedará cerebro.

Isaac le señaló a un hombre al otro extremo de la colina, un hombre sin el gusto por la ropa de Zorro: llevaba puestas unas orejeras salidas de una tienda de saldos del Bronx, una bufanda manchada como un moquero, un farrago de jerséis, un mono de trabajo de fondillos abultados que se acababa a media pantorrilla y unos chanclos con una hebilla imposibles de abrochar. Tenía una nariz chata y la frente más ancha de lo normal.

—Hazme un favor, Brodsky. A partir de ahora, las amenazas las susurras. Ése de ahí es Jorge. El hermano mayor de Zorro. Las balas ni le tocan. Tiene una piel de elefante. Como le hagamos algo a Zorro nos envía al hoyo. Pórtate bien.

Isaac se acercó a Zorro Guzmán (su nombre de pila era César) con las manos fuera de los bolsillos, de forma que Jorge no malinterpretase los gestos amistosos de Isaac y se lanzase colina abajo con las orejeras torcidas y los chanclos chirriando. Zorro tenía barro en sus zapatos de piel de cerdo. Su abrigo multicolor se volvía anaranjado con el atardecer. Isaac procuró no fijarse en los finos zapatos de Zorro.

—Zorro, ¿desde cuándo se interesa Papá por los asuntos de una chica de *yeshiva*? Brooklyn no es vuestro barrio.

—¿Estás llamando iletrado a mi padre? Lee el *Daily News* todos los días. La chica es ladina, ¿no? ¿Tú te crees que mi padre va a dejar que descansa en una tumba impura? No cuando es una judía española. ¿Ves a los plañideros de la colina? Son hombres santos. Llevan maldiciendo al padre y la madre de Esther desde las dos.

—Es una historia conmovedora, pero ¿estás seguro de que Papá no está honrando a Esther porque intentó asesinarme?

—No blasfemes en un cementerio, Isaac. Mi padre es un hombre religioso. A él no le importa si vives o mueres.

—Mejor para él, Zorro. Yo respeto a tu familia. Nunca me he entrometido en los asuntos de los Guzmán en Boston Road. Conque quítate la cera de las orejas. Manhattan no es para vosotros. Las cucarachas de allí tienen muy mal morder.

—Isaac, ni siquiera sé escribir bien Manhattan. ¿Para qué me iba a ir a vivir allí?

Isaac había terminado con el aviso obligado. Ya tenía previsto hacer trizas el



espectacular abrigo de Zorro. Arrastraría a los Guzmán por las alcantarillas tan pronto acabase con lo que tenía entre manos en Manhattan.

—¿No me vas a preguntar por Ojos Azules, César?

Zorro removi6 la tierra con la piel de cerdo de sus pies.

—No hables de azul. El azul es un color sucio en mi religi6n. A ver si aprendes historia, Isaac. Todos los magistrados vestían de azul en Portugal y en Espa1a hace seiscientos a1os. ¿A que no sabes por qu6? Un color oscuro evitaba que la peste a judío se instalase en tus sobacos.

—¿Te lo ha contado tu padre?

—No, lo aprendí de mis hermanos.

Los cuatro hermanos de Zorro, Alejandro, Topal, Jorge y Jer6nimo, eran sabios del Bronx, incapaces de leer los carteles de la calle y de comprender las sutilezas de una puerta giratoria. Jer6nimo, el mayor de todos, dormía en una cuna.

—Aún no me has preguntado por Coen, César.

—No hay nada que preguntar. Coen se larg6 de la tienda de dulces de Papá. Busc6 protecci6n bajo tu ala.

Coen se había criado en Boston Road, donde Papá Guzmán mantenía su imperio bajo la tapadera de los batidos y los caramelos blandos. Fue Papá el que empujó al suicidio a los padres de Coen: les tuvo controlados con pequeños préstamos en metálico hasta que la miserable huevería que regentaban pas6 a manos de Papá.

Zorro empez6 a alejarse de Isaac. Estaba en Brooklyn a petici6n de su padre para enterrar a una ladina a la que nadie quería en la hierba helada, en presencia de tres rabinos cristianos que pululaban ahora por el t6mulo sagrado de los Guzmán.

—Isaac, esto es un funeral. Ahora no puedo hablar.

Isaac abandon6 cansinamente el cementerio junto a Brodsky. El chófer vigilaba a escondidas a Jorge Guzmán mirando por encima del hombro: le desconcertaba que un tarado con chanclos abiertos intimidase al Jefe.

—Isaac, por favor, déjame que le arree en la cabeza al tal Jorge. A ver qu6 sale, si agua, meados o sangre.

El Jefe hizo callar a Brodsky con un gruñido horrible. No necesitaba compa1ía. Se acomod6 en el asiento trasero del coche. El calor que rebosaba su mirada hubiera bastado para arrancarle los labios a Brodsky.

—Esther —murmur6.

Estaba harto de un mundo de piruletas.

El olor a requesón en la nevera de su padre podría volver loca a cualquier chica. Atrapada entre su padre y su «prometida», Marilyn se sumió en amargas cavilaciones acerca de lo que había sido su vida pasada y presente: Sarah Lawrence, tres maridos, requesón y ahora Rivington Street, todo en siete años. Tenía que librarse de los *blintzes* y de Ida Stutz. Marilyn necesitaba a Ojos Azules, pero Isaac lo había apartado de ella. Se puso su abrigo de invierno, cerró con llave la puerta de la casa y salió a la calle. No había forma de escapar a Isaac. La saludaron en la fábrica de *matzohs*, en la tienda de bocaditos que tenía ciruelas pasas en la vitrina, en la panadería húngara, donde vendían cortezas de pan moreno capaces de curar el estreñimiento, los diviesos y la gota a viudas y divorciadas.

—Hola, señorita Sidel. Dígame, ¿qué tal está el Jefe hoy? No sea tímida, cariño. Coja un trozo de *strudel* para su padre y otro para usted. Por favor. No me irá a sacar la cartera, ¿verdad? Es demasiado temprano para cambiarle un billete de diez.

El puto East Side al completo era el hogar de su padre. Tendría que ir de compras a Little Italy si quería seguir con vida. En el territorio de su padre nadie le permitía pagar por lo que pidiera. A una manzana del apartamento de Rivington Street ya iba cargada de paquetes. Llevaba *strudel*, *matzohs* enteros de trigo, palitos de pan y pipas de calabaza. Se encaminó al bar de Bummy en Broadway Este, segura de que allí podría descansar de los adoradores de Isaac. En el bar de Bummy despreciaban a su padre.

Marilyn pidió un whisky sour con dos rodajas de limón y un poquito de sal. Sabía que en la cocina de Bummy trabajaba un viejo delincuente, Gulavitch *el Tuerto*, víctima de su padre. Isaac le había saltado un ojo con los dedos. Se preguntó si el hampón intentaría vengarse con ella. Pero no podía ver el interior de la cocina.

Bummy Gilman se acercó a su taburete. Tener a una chica delgaducha y con tetas en el bar le preocupaba. Un zorrón como Marilyn le podía traer problemas. Isaac era muy capaz de cargarse cualquier bar.

—No me pongas esa cara, Bummy —dijo ella—. No soy la mensajera de Isaac. No te traigo saludos de su parte.

—¿Quién ha dicho que seas una soplona, Marilyn? Yo no.

Bummy le gritó al camarero:

—George, a esta señorita le falta hielo en el vaso.

El camarero llegó con la cubeta del hielo. Luego se retiró a su sitio, jugueteando con los botones de su chaqueta roja.

Bummy se apartó un momento de Marilyn para susurrar al camarero al oído:

—Entretenía, George. Si te pide guerra, se la das.

El camarero se relamió los dientes.

—Dios, anda y que no me gustaría.

—Olvídalo, George. Está envenenada. Su padre tiene unas manos terroríficas. Le bastaría con medio dedo para arrancarte la nariz. Es una devoradora de hombres. No te miento.

Bummy se metió en la cocina en busca de Gula *el Tuerto*. Gula estaba encorvado sobre el perol de las patatas. Sabía saltarle los brotes a una patata en menos tiempo del que tardaba un carterista marrano del Bronx en echarte mano al pantalón.

—Gula —dijo Bummy muy zumbón—, ¿te gustaría echar un casquete?

—No deberías hacer bromas con eso, Bummy —dijo Gulavitch, al tiempo que se separaba del perol.

—¿Sabes a quién tenemos ahí fuera sentada de piernas cruzadas, cariñín? A la hija de Isaac. Está que se sale por ti.

—Déjala que se salga.

—Hazle un regalito, por lo menos. Tú perdiste un ojo. Toma uno de los suyos.

—No me sirve —dijo Gulavitch—. ¿Ella qué ha hecho? Se la debo a Isaac, no a la niña.

Bummy no iba a discutir con un hampón de sesera frágil. Volvió con George. En su cabeza bullían imágenes de Isaac. El Jefe era el amo de Broadway Este. Bummy tenía que bailarle el agua al gran judío en la central y hacerle reverencias a Isaac, so pena de tener que trasladar el bar a Brooklyn. Estaba harto.

—George, tienes luz verde. Es toda tuya. Tíratela. Me da igual. Pero anda con ojo. Se magulla. Si Isaac ve alguna vez marcas de tus dedos en su cuello, eres hombre muerto.

George acarició una de sus mangas rojas.

—Tú déjame a mí, Bummy.

Bummy se sentó junto a la caja registradora, jugueteando con los recibos del día anterior, y observó cómo George engatusaba a Marilyn *la Fiera*. No pudo por menos que admirar la habilidad de George. El camarero pasaba ya los pulgares sobre el trasero de Marilyn antes de que Bummy hubiese acabado con los recibos. Detrás del bar había un pequeño recinto en el que Bummy organizaba peleas de perros para los clientes especiales, y alguna que otra vez un número picante (las chicas que se desnudaban en el bar de Bummy eran un préstamo de Zorro Guzmán). El recinto pasaba a ser pista de baile cuando Bummy iba corto de perros o de chicas.

Marilyn salió a la pista con George. No le bastaba con el whisky y la sal entre los labios. Necesitaba algo de sudor, y compañía masculina, para aliviarla de Rivington Street y del color de los ojos de Coen. No veía ninguna solemnidad en que una polla se metiera entre los pliegues de su entrepierna. Sabía lo que significaba bailar con George. No interceptó el recorrido de su muñeca. A George le gustaba acariciar a las chicas con un dedo metido en la ropa interior y Sinatra de fondo en el tocadiscos de

Bummy.

—Pequeña —le dijo—, vente conmigo a casa.

El silencio no arredra a George. Era un camarero paciente. Fue a buscar las llaves de Bummy.

—La tengo a huevo, Bummy. Lo sé. —Le temblaban las manos—. Te lo juro, está abierta de piernas.

Bummy le dio las llaves del dormitorio que tenía encima del bar. Era un refugio para sus clientes, que podían así cortejar a las reinas grotescas de Zorro sin tener que salir de Broadway Este. George condujo a Marilyn a través de la cocina; allí pudo echarle un vistazo a Gula y su perol de patatas (el perol era de paredes altas, y muy, muy oscuro). Luego subieron por la escalera privada de Bummy. La desvistió, sin quitar las llaves de la puerta, y amontonó la blusa y la falda en una silla. Se mostró mucho más meticuloso con su chaqueta roja, y no la colgó de una percha en el armario de Bummy hasta que las hombreras estuvieron alineadas. Llevaba ligas en las rodillas y un braguero para mantener la hernia en su sitio. George no tenía vello púbico. Cuando se quitó el braguero, Marilyn vio que un bulto del tamaño de un guisante le salía justo encima del muslo, Su entrepierna pelona era rasposa al tacto. George la empujó a la cama doble de Bummy: al moverse, la hernia se desplazaba por la línea del muslo.

A Marilyn no le repelía un guisante errabundo bajo la piel. Un hombre con hernia bien podía hacer de ella una mujer apasionada, pero George era demasiado rudo. Se subió encima de Marilyn, las ligas rozando contra sus piernas, y entró en ella a la fuerza. Ella no se quejó. No había ido al bar de Bummy a por té y pastas. Tenía whisky en los pulmones. Soportó el roce de las ligas y los míseros y flojos embistes de George. No pudo siquiera cogerle por las orejas para adaptar su ritmo. Él no bajaba la cabeza. Su orgasmo fue un gruñido de desdén. Se bajó de Marilyn, recompuso el cinto de su braguero y sacó la chaqueta del armario.

—Voy con prisa —dijo—. Bummy me necesita... Se siente solo cuando no estoy en la barra.

Marilyn se quedó en la cama. No quería bajar demasiado pronto y ponerse a chupetear licor de cerezas. Un whisky sour la predispondría contra Coen. Se enfrentó a su amargura aferrándose a las sábanas color lavanda de Bummy. Jesús, María y José, si Ojos Azules ya no iba a penetrarla, siempre podría buscar a George.

Finalmente se vistió, tras recuperar la ropa de la silla. No encontró ningún trapo en el cuarto, y tuvo que salir con leche en el muslo.

—No está tan mal ser una solterona. Puedo sobrevivir sin Manfred Coen.

No le preocupaba entrar en la cocina. Si quería, Gulavitch podía quedarse con su cuello y jugar con él. Ella le ayudaría a colocar los pulgares sobre la tráquea. Gula alzó la vista del perol y la llamó.

—Señorita, tengo una cara de patata para ti.

Había estado tallando una patata florecida con las uñas. La cara tenía nariz, orejas, labios y dos brotes por ojos. Gula le había dado una barbilla curvada y había marcado el pico entre las entradas del pelo, con lo que la patata tenía los rasgos crispados de un penitente. Los detalles sombríos no disgustaron a Marilyn. Aquella patata era un gesto de cariño. Le entró la llantina, descompuesta por los rasgos de ese rostro desencajado. El regalo cubría una necesidad que ningún marido podía sustituir. Gula debía de haber visto el rostro de locura en su cara cuando cruzó la cocina junto a George. ¿Estaba diciéndole con la patata «no estás sola, señorita»? Hubiera podido gritar «¡Huevos azules y el mierda de mi padre!» apoyada en el pecho de Gula sin sentirse avergonzada. Gula ofreció a Marilyn el trapo que llevaba en la manga. Ella se enjugó los ojos.

—No te sientes a la barra. Bummy es un soplapollas. Aquí nadie te quiere. Y dile a tu padre que Gula *el Tuerto* le folla por la nariz.

—Se lo diré, señor Gulavitch. Lo prometo.

Y salió de la cocina con el trapo apretado en un puño: pasó junto a Bummy, que se mofó de la astrosa caída de su falda, y junto a George, que la insultó por inflamar el bulto de su bajo vientre. A Marilyn le dio igual. Tomó sus paquetes del taburete, los *matzohs* y las pipas de calabaza, y se fue de Broadway Este.

Rupert manoseaba los muebles y enseres de Esther: una silla rota, el acerico que usan las costureras sefardíes, lazos de sus días en la *yeshiva*, tampones guardados en una caja de bombones, unas cuantas tizas de colores, material químico variado y un cazo lleno de pegotes, los bienes terrenales que había llevado consigo al bloque de apartamentos de Suffolk Street, el último domicilio de Esther. Rupert estaba ansioso por maldecirla. El acerico se deshizo entre sus dedos. Los lazos se desintegraron con un par de tirones. La tiza sangró en verde y amarillo sobre sus palmas. No conseguía llamarla «puta».

¿Por qué había sido tan estúpido al no pensar en los ingredientes del cazo de Esther? Debía de haber robado la receta del *Libro de cocina del anarquista*. Rupert el apestoso se había olvidado de cómo huele una bomba. ¿Se había inventado Esther una mecha esponjosa? ¿Había prendido los tarros con un Tampax? ¿O la había trincado Isaac en la puerta, le había mordido las tetas, la había encerrado en una habitación y luego tirado una cerilla dentro? Tales secuencias no eran de la incumbencia de Rupert.

Tanto daba cómo hubiese muerto Esther, se iba a tirar a por Isaac tan pronto como pudiese.

Era el Año Nuevo chino, el año del cisne, y Rupert tenía un compromiso más urgente. Se había propuesto liberar a Stanley Chin. Esther era un peso en su cabeza, una añoranza dura y amarga que le aguijoneaba con ideas descabelladas (¿era *kusher* follar con una chica muerta?) y le hacía tiritar mientras regresaban a él impresiones de su cuerpo y de su mente que amenazaban con desquiciarlo a cada momento. En ese estado planeó su ataque a Saint Bartholomew. Le cortaría la garganta a toda enfermera y todo detective que se le pusiera por delante. Se llevaría al prisionero a hombros, lo metería en un *ferry* camino de Chinatown (Rupert le haría una seña desde la orilla) y Stanley celebraría el Año Nuevo en un café chino.

Rupert le conoció en Seward Park, donde coincidieron siendo estudiantes de primer curso. Stanley era un musculitos, recaudador a las órdenes de los comerciantes y caseros chinos, y guardaespaldas miembro del Club Republicano de Pell Street. Lo que impresionó a Rupert fue la futilidad de las acciones de los republicanos de Chinatown: Stanley Chin escogía siempre el bando de los perdedores. Era un muchacho de Hong Kong, enamorado de las pesas, los cigarrillos americanos y de Bruce Lee. Era capaz de triturar ladrillos con los dientes, de atravesar un muro de una patada, de tronchar las patas de una mesa; hasta que el Mordisco del Dragón de Pell Street, la anterior banda de Stanley, le envió a Saint Bartholomew con los dedos de manos y pies reventados. Rupert se sentía responsable; él había sacado a Stanley de Chinatown, él le había reclutado para su insegura causa, la aniquilación de Isaac, y él

le había presentado a Esther Rose.

Había gorilas de Mulberry Street patrullando por el vecindario de Rupert con instrucciones muy precisas. Amerigo Genussa, del club social Garibaldi, les había advertido: no podían volver a Little Italy sin algún jirón del cuerpo de Rupert Weil como prueba: una oreja, una uña, un ombligo judío, cualquier cosa que le dejase incapacitado durante los siguientes diez años. Rupert los vio, vestidos con largos abrigos grises, encogidos de frío en Suffolk Street, soplándose los dedos para atenuar un frío asesino cada vez más cercano. Un mal viento salido de Bowery debía de haberlos puesto tras su pista. No sentía ningún respeto por los gorilas. La idea de ser un matón por dinero le asqueaba.

Le hubiera gustado tirar la silla de Esther por la escalera de incendios, y verla volar hasta que estallara encima de sus sesos, si no hubiera tenido tanta prisa.

Salió a la calle por una ventana del sótano de la parte trasera del edificio. Los gorilas podían resoplar el resto de sus vidas: los mocos se les helarían en las narices antes de que encontrasen a Rupert Weil. Se acercó corriendo a la fábrica de encurtidos de Broome. Los vendedores habían encendido una fogata en el recinto para mantener tibias sus conservas. La salmuera derramada de los barriles llegó al corazón de Rupert. Le hubiera gustado meter las orejas en un barril. Un tipo gordo le gruñó con evidente descontento. Era Tony Brill. El periodista llevaba una hora esperando junto a los barriles.

—Dame —dijo Rupert.

—Primero hablamos. ¿Qué sentiste al golpear a la madre de Isaac?

Los ojos de Rupert soltaban chispas al mirar al periodista.

—No había nada que sentir. Había que sacar a Isaac de su madriguera. Hicimos lo que había que hacer.

—¿Disfrutasteis con ello?

—Eres un cerdo —dijo Rupert.

—Pero si estuvisteis a punto de meterla.

—Nanay. Se cayó. Se dio un golpe en la cabeza. Nosotros no fuimos... Escucha, matar no es tan difícil cuando se tiene a Isaac de maestro.

El periodista sacó una colección de billetes de dólar del bolsillo, veinte billetes que había conseguido que le prestaran su casera y el medio para el que trabajaba entonces, un periódico *underground* llamado *The Toad*<sup>[16]</sup>.

—Ahora cuéntame tu historia —dijo, mientras retorció la lengua en la boca—. Cuéntalo todo. Tú, Esther y Stanley Chin.

Rupert dijo:

—Mañana.

Al periodista le goteaba la saliva al hablar.

—¿Estás loco? ¿Estás mal de la azotea? Mañana puede que nieve. Igual me pillo

una gripe y me muero. La pasta manda. Quiero la historia, o me devuelves los veinte machacantes.

Rupert ya estaba a medio camino de Ludlow Street.

—La tendrás —le gritó, con los dólares bien apretados en el puño.

El periodista intentaba seguirle el paso.

—Rupert, ¿sueñas alguna vez con la madre de Isaac?

—Sólo cuando tengo el estómago vacío.

—¿Cada cuánto es eso?

—Una de cada dos noches.

Stanley Chin no podía comer ni cenar sin tener a dos detectives a su lado. Aquellos caballeros se comían su compota de ciruelas. Stanley no hacía caso de las letanías de las enfermeras a propósito del estado de sus intestinos. Era su prisionero favorito: las enfermeras de Saint Bartholomew adoraban a aquel delincuente de cara bonita. Pero las tripas se le encogieron cuando los detectives Murray y John le contaron las noticias del domingo: esa chica judía, Esther Rose, había estado en la central y se había comido una mayonesa muy picante. El equipo médico le había sacado las cejas de la pared con unas pinzas. Los dos se dieron un toquecito tras las orejas. Trabajaban para Rosenblatt, el Gran Judío, pero no llorarían por Esther Rose. Si hacía falta, mantendrían esposado a la cama al chino. Estaban esperando a Ojos Azules. Era cosa segura que Isaac enviaría a sus ángeles a secuestrar a Stanley Chin. El Jefe perdía influencia.

Stanley tenía una deuda de gratitud con los detectives Murray y John: poca cosa podía hacer por sí solo con los dedos metidos en mitones de yeso. Por eso, Murray, John o una de las enfermeras tenía que acercarle el vaso de agua a los labios, cambiarle el pijama, encender y apagar la radio y quitarle de la pierna hilachas del colchón si le picaba. Los detectives se dieron cuenta de que Stanley estaba de un humor de perros. No les había pedido que le rascasen la espalda ni una vez en los últimos tres turnos. Los bíceps empezaban a ajársele. Las cuerdas musculosas de su cuello estaban ahora adormecidas. Llevaba a Esther clavada en las tripas.

Aquello no era un amor infantil, ni la pasión de un chico de Hong Kong por una chica de piel blanca, una blanca de Brooklyn, una «ojos redondos» cualquiera. No tenía nada que ver con la palidez de la piel. Esther era más oscura que él. Ella tenía sudor en las axilas, una generosa línea húmeda que iba del hombro hasta el codo y hacía estornudar a Stanley. No era su pelo encrespado lo que le había seducido. Y no era tampoco su educación religiosa (nunca había oído hablar de una *yeshiva* antes de conocer a Esther Rose). Era un cúmulo de cosas: el sonido rasposo de su voz, su forma de arremangarse, su habilidad a la hora de discutir filosofías antiguas y medievales (Esther conocía las enseñanzas de cinco o seis sacerdotes árabes), el



relieve de sus pezones bajo su única camisa oscura, la silueta de sus pies, las llagas que tenía en brazos y rodillas de tanto dibujar en los techos con tiza, los mismos dibujos, latigazos de color que revelaban bocas amargas, largas lenguas y genitales erguidos e inflamados que crecían y se retorcían sin descanso. Los horrores que Esther producía sobre techos y paredes reconfortaban a Stanley: eran los mismos chillidos que oía en su cabeza.

Había estado soñando con Esther gracias a la píldora que las enfermeras le ponían en la boca, algo amarillo que enseguida aplastaría bajo la lengua; pero de pronto vio que un hechicero entraba en la habitación, un hechicero de orejas huesudas, embutido en una bata de camillero demasiado pequeña, que empujaba con las mangas una silla de ruedas. El hechicero maniobró en torno a los zapatos tricolores de los detectives.

—Disculpen —dijo.

Al detective Murray no le gustaron las tensas mejillas del camillero, pero no quería contradecir las reglas del hospital. El hechicero sonrió.

—Sala de rehabilitación. Ayúdenme a levantarlo del colchón.

El detective John subió la cabeza de la cama de hospital de Stanley y entre los dos le sentaron en la silla de ruedas de un suave empujón. John gruñó al camillero.

—Más vale que tenga cuidado con Stan. Le queremos de vuelta vivo.

En ese momento salió a relucir su desconfianza habitual.

—Eh, muchacho, ¿en qué planta está la sala de rehabilitación?

El hechicero empezó a empujar la silla.

—En el tejado. Junto al solárium.

A Stanley se le escapaba la risa antes incluso de alcanzar la puerta.

—Rupert. ¿De dónde has sacado el disfraz, tío?

—Calla —dijo Rupert, mientras le sacaba al pasillo—. Lo he robado de la lavandería.

—¿Y la silla? —dijo Stanley, sacudiendo los brazos del artilugio.

—La saqué de la sala de enfermeras.

—Ojos que no ven... Rupe, los detectives de ahí dentro te hubieran volado la cara si hubieran imaginado que eras Rupert de los piruletas. Son unos descerebrados. Pero se han portado bien conmigo.

Encontraron una rampa por la que llegaron hasta la planta baja. Rupert empezó a dar órdenes a las enfermeras y demás personal. Su rudeza oficial consiguió superar la falta de lógica de un chico que abandonaba Saint Bartholomew en silla de ruedas, con las manos y pies enyesados, vestido con un pijama. Rupert lo descargó en un taxi inclinando la silla contra la portezuela. El taxista quiso ayudarlo a plegar la silla de ruedas.

—Déjela —masculló Rupert.

Fueron dando tumbos atravesando las tierras llanas de la Corona. El júbilo inicial

había desaparecido. Al pensar en Esther, los dos se sintieron mustios.

Dentro del taxi había una carga estática que restregaba las rodillas de Stanley: no podía arrellanarse en el asiento sin sufrir pequeños chispazos eléctricos. Ver a Rupert con las mejillas hundidas se le hacía raro. Un mes atrás, había sido el rechoncho mesías de Stanley. Para Stanley, leer un libro era una tortura (el alfabeto inglés le daba arcadas), pero Rupert conseguía arrancarle sentido a cualquier texto. En Seward Park hostigaba a los instructores con sus disquisiciones en torno a Coleridge, Karl Marx y el cadáver de Shakespeare. Para Stanley, el mundo era suicida. Consiguió que Stanley apreciase la polaridad existente entre Nueva York y Hong Kong. Los ricos trepan y trepan, decía Rupert, mientras los pobres tiemblan como cucarachas en el fondo del bote. Se aplastan unas a otras y acaban por morir. Stanley había intentado resistirse a la actitud de Rupert.

—¿De qué conoces tú Hong Kong? —le decía—. ¿Has estado allá, Rupe?

El mesías se mordía los mofletes, más rellenos por entonces.

—Atontado, para ver Hong Kong te miro a ti.

Stanley podría haberle roto la oreja a Rupert. Podría haberle arrancado la nariz con un solo dedo engarfiado. Podría haber aligerado a Rupert de su cabellera, al estilo indio, con sólo apretarle las sienes hasta que el mesías sintiese arder su cráneo. Pero respetaba demasiado la erudición. Mantuvo los dedos apartados de la cara de Rupert.

El mesías no le falló. Encontró un objetivo para su causa: Isaac Sidel. El Jefe había acudido a Seward Park el día de presentación de futuras carreras a los alumnos de último curso para dirigir el principal discurso. Rupert señaló el bordado en la manga del gran hombre (Isaac llevaba puesta su chaqueta de Riverdale). «Ése es el hijoputa que nos controla a todos». Isaac les habló de oportunidades, de la abierta acogida de nuevas ideas en la central de policía, del trabajo de un detective de Nueva York; llevó consigo además al guaperas. Las chicas se lo comían con los ojos desde sus asientos. Le pidió a Ojos Azules que mostrase su arma. Rupert y Stanley se encogieron en su hilera de asientos. El veneno pasó de muchacho a muchacho: tenían la lengua en carne viva.

El taxi no podía llegar a Chinatown. Mott Street estaba saturada de gente en plena celebración. Tuvieron que bajarse en Canal. El cuerpo de Rupert hacía las veces de muleta. Con los pies enyesados, Stanley sólo podía avanzar a saltitos. Llegaron hasta Mott por Bayard Street. Los petardos zumbaban en sus oídos e inflaban sus rostros con humo y un ruido insoportable. Rupert tiritaba mientras la sordera se apoderaba de su cabeza. Bailarines callejeros, provistos de máscaras de dragón de ojos saltones y cuernos que llegaban hasta las escaleras de incendios, serpenteaban tras los chicos y les empujaron contra las bocas de riego y los escaparates de las fruterías. Rieron con las banderas del club republicano de Pell Street, que saludaba al Año Nuevo con

pancartas agujereadas por los petardos.

Avanzaron por la cuneta, Stanley apoyado en el cuerpo encogido de Rupert, y acabaron por llegar al salón de té New Territories, un local para caballeros llegados de Hong Kong. Rupert tuvo que hacer un poco de sitio a empellones. Sentó a Stanley frente al mostrador, cubierto de naranjas y mandarinas. Nadie sonrió a los muchachos. Rupert empezó a sacar billetes de dólar del bolsillo.

—Ten —le dijo, volviendo a guardar los billetes en el pijama de Stanley—. Me tengo que pirar. No estamos ni a diez manzanas del despacho de Isaac. No quiero tener más detectives pisándome el rastro.

Stanley se miró ceñudo el yeso de los dedos.

—Ojalá pudiera ayudarte, Rupe... Le daría a Isaac un dolor de oídos que no se le quitaría jamás.

—Ah, no te preocupes. Isaac es mío.

Stanley sintió que le tocaban el hombro: Rupert se había ido. Se sacudió las imágenes de Esther encargando en su mejor cantonés bolitas de gamba y sopa de judías con requesón. Al fijarse en los solteros de Hong Kong, todos con el cuenco de arroz pegado a la barbilla, se dio cuenta de la futilidad de su situación. No podía sostener ni un tenedor (los palillos se le hubieran partido en el regazo). Llegaron las bolitas de gamba. Stanley no estaba dispuesto a arrastrar la cara por el mostrador, ni a lamer la masa hasta que asomase un poco de gamba picada. No podía ni poner las bolitas en la sopa. Con furiosos gestos de la boca consiguió robar un cigarrillo. Fumó, apoyado contra el mostrador, prisionero en su taburete. No habría podido llegar por sí solo hasta la puerta.

Una hilera de caras le observaba al otro lado de la ventana.

Una tras otra, las caras compusieron una sonrisa. A Stanley le parecieron gatos. Aquellos chicos tenían cuatro pelos pegados a la barbilla. Eran el Mordisco del Dragón. Joey, Sam, Sol y Marv: podrían ser los nombres de chicos de una *yeshiva*. O eso pensaba Stanley. Entraron, más bien se aposentaron, las piernas muy rígidas, en el local. El aire se enrareció con la fragancia de las naranjas y del jabón de Hong Kong. Los solteros juntaron las rodillas para hacer sitio a los dragones de Pell Street, que a su paso tumbaban servilleteros y tarros de mostaza barriéndolos con las faldas de sus jerséis de invierno. Los dragones rodearon a Stanley Chin.

—Mira tú por donde. Si es el mismísimo.

—¿Cómo te va, grandullón? ¿Enamorado aún de los «ojos redondos»?

—Parece triste sin su piruleta.

Marv era el más callado. Cogió un tenedor del mostrador y rascó con él el muslo de Stanley. Los otros tres dragones salieron en busca de más cubiertos. Sam intentó meterle una bolita de gamba en la garganta. Joey le vertió la sopa por el cuello del pijama. Le robaron los billetes de dólar. Stanley tenía sus armas. Podía darles un

golpe con el codo. Pero no pudo mantener el equilibrio. Se cayó del taburete al intentar darle en la nariz a Marvin. Los chicos empezaron a patearle. Un tacón se le clavó en los riñones. Empezó a tragar sangre. Tenía a los cuatro dragones encima. De pronto se levantaron. Les oyó decir «su puta madre». Los jerséis de invierno se desvanecieron. Alguien les había asustado.

Stanley no conseguía ver quién había sido su salvador. Vio racimos de naranjas. Miró a izquierda y derecha. El suelo del local le magullaba los huesos del cráneo. Los solteros no eran cuidadosos, tiraban el arroz al suelo. Sus mitones de yeso estaban sucios. Le dolía la boca. De pronto estuvo cubierto de abrigos. Le levantaron entre tres hombres. No podían ser más que polis. Aun con la nariz sangrando reconoció a Manfred Coen, el detective de ojos azules de Isaac. Aquel poli estaba de un modo u otro presente en la vida de Stanley. «Ojos Azules», quiso decir Stanley. De su boca salieron burbujas. «Rupert le odia, señor Coen». Manfred le enjugó la boca con un pañuelo bordado. Stanley mordió el pañuelo para aliviar la presión sobre la nariz. No quería estornudar sangre encima de un abrigo de pelo de camello. Ojos Azules tenía unos pulgares muy tiernos. Sabía masajear la piel de un muchacho, incluso debajo de un pañuelo ensangrentado.

Brodsky llevaba casi una hora fulminando con la mirada a los travesías. No podía descargar su ira en el Jefe. Isaac estaba de caza por Times Square, aunque tendría que estar en la central para la rueda de prensa con la que se celebraba la recaptura de Stanley Chin. Eso sí era un sabueso. Isaac fue el único poli de la central capaz de imaginar a dónde huiría Stanley Chin. Un chico chino irá siempre a Chinatown, afirmó Isaac, mientras Rosenblatt *el Vaquero* perdía el culo con todos sus detectives por Brooklyn y Queens. A los diez minutos de que llegase el aviso de la fuga de Stanley Chin de Saint Bartholomew, una patrulla de ángeles comandada por Manfred Coen atravesaba Centre Street de camino a Mott, rescataba al piruleta de una cafetería china y lo entregaba en el ala de vigilancia de Bellevue. Y ahora Isaac *el Justo* circulaba sonámbulo por la Octava Avenida.

—Vamos al centro, Isaac, allí está nuestro sitio. ¿Qué hacemos remoloneando por aquí?

El Jefe no le prestó atención. Iba en busca de una chica. Honey Schapiro había vuelto a fugarse del nido y había dejado Essex Street para volver junto a su chulo. Isaac no iba ahora de parte de su padre. Ya se ocuparía Mordecai de buscarle un pastor. Isaac quería información de la chica. El Jefe no era capaz de sacarse a Esther de la cabeza. Viviendo como vivía con Ida y Marilyn en dos habitaciones congestionadas, se imaginaba a Esther Rose desnuda, sentada en el suelo, con el dedo metido en un tarro de mayonesa.

—Por ahí va, Isaac.

Acorralaron a Honey Schapiro entre dos Cadillacs. Llevaba unas pestañas postizas tan gruesas que no cabrían en un puño. Podía verse la mancha de su entrepierna a través de la liviana tela de su falda.

—Coño —dijo Honey, dirigiendo una mirada de odio hacia Isaac—. El enviado de mi padre.

Cinco chulos, figurines que llevaban sombreros caídos y largos abrigos de gamuza hasta los tobillos, salieron de un edificio para rescatar a Honey. Ralph, su antiguo protector, estaba entre ellos.

—Colega —dijo—, ¿por qué incordias a una pobre chica?

Con otros cuatro figurines respaldándole, Ralph podía permitirse cierta arrogancia.

Brodsky se interpuso entre Isaac y los figurines.

—Esto no es un arresto. Es una conversación amistosa entre mi jefe y Honey Schapiro. O sea que largaos, u os vais a quedar sin esos sombreros de chuloputas.

Isaac sacó a Honey de entre los parachoques de los Cadillacs y la llevó hasta la acera.

—Háblame de Esther y de Rupert Weil.

—Que te follen.

Los figurines se rieron, cobijados bajo sus sombreros.

—Cielo, ¿has estado alguna vez en un centro de detención juvenil del Bronx? Las carceleras tienen mucha, mucha mala leche. Convierten a las chicas en zombis. Un día te despiertas y tienes la cabeza pelada. A las carceleras les gusta los experimentos con alicates. ¿Imaginas lo que debe ser que te sangre el pezón?

Honey estaba petrificada. Sus hombros cayeron hacia delante.

—Quiero el pedigrí de Esther... Tú debes de haberte criado con Rupert. ¿Cómo es?

Honey se rascó alrededor del ojo.

—¿Qué quieres que te diga? Yo nunca los vi liados. Rupe ya salió raro de la cuna. Con un tablero tatuado en la tripa. ¿Te parece normal? Sólo alguien como Rupert se busca una tía más chalada aún que él.

—¿Te dijo algo Esther alguna vez?

—Sí, me dijo que tendría que reservar mi chocho para el proletariado. Paridas por el estilo. ¿Quién le había preguntado nada?

Los cinco chulos pensaban que Isaac estaba loco: ¿por qué si no iba a interrogar a la chica en la calle? Brodsky tenía sus sospechas. Isaac estaba obsesionado con una chica muerta, con una piruleta que hubiera estado encantada de matarle.

—Jefe, se hace tarde. Los periodistas de sucesos no saben de lealtades. Le harán la entrevista al Vaquero si no estás allí para satisfacerles.

El coche del comisionado se quedó un rato más en Times Square. Brodsky tuvo que entrar al Tivoli para rastrear a Wadsworth, el negro lechoso de Isaac. El chófer salió solo a la calle. Metió la cabeza por la ventanilla de Isaac.

—Wadsworth dice que él no se sienta en un coche de la policía. Que se verá contigo en el vestíbulo. De ahí no pasa.

Isaac envió de nuevo al chófer al interior del Tivoli.

—Brodsky, dile que hoy no estoy de humor. Y que estoy demasiado nervioso como para respirar el aire de un cine.

Wadsworth entró subrepticamente en el coche; se sentó delante, con Isaac, mientras Brodsky pasaba el tiempo bajo la marquesina, absorto en los pechos del póster más cercano a la taquilla. Wadsworth se quedó agazapado en su asiento. Tenía los ojos rosados de una platija recién pescada. No quiso saludar a Isaac ni en *yiddish* ni en inglés. Isaac tuvo que hablar primero.

—Wads, no te haría esto sin un buen motivo. Lo sabes. Necesito algo. Los Guzmán me han birlado un cadáver. Se están metiendo en mis asuntos. No voy a por sus partidas de dados, Wads. Por mí, que sigan jugando en paz. Dime sólo dónde está el mercado local de putas, adónde van los Guzmán para canjear las chiquillas que

secuestran en la estación de autobuses.

Wadsworth no cedía. Le mostró a Isaac la arrugada palma de la mano.

—Y ya puestos, ¿por qué no me das una navaja de afeitar, comisionado? Así me corto yo solo, antes de que los Guzmann tengan oportunidad.

—No seas tonto, Wads. No preparo una redada. Voy solo tras los mercaderes de putas. Los Guzmann no sabrán nunca de dónde sale la información. ¿Cómo iban a saberlo? ¿Y a qué viene lo de insultarme con el título de comisionado? Sólo soy un jefe de pacotilla.

—Isaac, Zorro no se chupa el dedo. Si le revientas el mercadillo, sabrá por qué.

—Wads, los Guzmann son unos chulos de putas asquerosos. Como te toquen, les arrancaré los huevos y los guardaré en formol —Wadsworth no sonrió—. Tienes una gran familia, Wads. Alguien con tantos tíos y primos en viviendas municipales no puede ser tan remilgado. ¿Me entiendes? Puedes cortar los lazos conmigo, Wads, estás en tu derecho. Pero si el Vaquero se entera de que ya no estás conmigo, te va a quitar la butaca del cine.

—Isaac, comparados contigo, los Guzmann son unos ángeles.

—Estoy de acuerdo. Los Guzmann envuelven el dinero en chales para ir a rezar, pero ¿a que no pueden sacarte de la trena? Tu amigo soy yo, no Zorro. Recuérdalo. Y ahora suéltalo. ¿Cómo se llama el mercado de putas?

—Zuckerdorff. Es un almacén de mercancía defectuosa. Material de segunda y tercera. Zorro alquila la sala de muestras cada semana.

—¿Qué es, una empresa fantasma?

—No. En Zuckerdorff le podrías comprar blusas a tus novias. Isaac, ve con cuidado con el viejo. Es el tío abuelo de Zorro.

Brodsky condujo a Isaac hasta «Zuckerdorff's de la Sexta Avenida», que estaba en el sótano de una fábrica de pijamas de la calle Cuarenta, entre la Décima y la Undécima. Zuckerdorff no tenía secretarias ni encargados de almacén. Era un hombre de hermosas cejas y rostro de huesos marcados. Debía de rondar los ochenta años. Isaac le hizo salir de detrás de un muro de cajas de camisería. Zuckerdorff se tomó a malas la intrusión.

—Caballeros, ¿tienen ustedes un papel del juez? Si no es así, déjenme en paz.

El Jefe no quiso sacar la placa de inspector, de modo que fue Brodsky quien tuvo que sacar su insignia dorada. Zuckerdorff se rió en la cara del chófer.

—He visto muchas de éstas. Van bien para espantar a las *cucarachas*<sup>[17]</sup>.

—¿Quieres que le parta la cara, Isaac?

Isaac rodeó a Brodsky para ver más de cerca al tío abuelo de Zorro. Apabullar a un viejo de sienes azuladas le hacía sentirse mal consigo mismo. Pero no podía permitir que una tribu de proxenetas del Bronx se riera de él en su barrio.

—Zuckerdorff, si está contando con Zorro, olvídelo. Yo a los Guzmann me los

como crudos. Saben mejor que las ancas de rana. De modo que piense bien en lo que vengo a decirle. Una de dos, o aparta a Zorro de su empresa y le prohíbe que pasee a sus putas por este recinto o tendrá que almacenar sus cajas en la calle. Le puedo convertir en vendedor ambulante en menos tiempo del que tarda Zorro en hacerle la pedicura a su padre.

Zuckerdorff llegó cojeando hasta el teléfono. Marcó un número sin dejar de mirar a Isaac. Su conversación fue muy breve.

—Zelmo, aquí Tomás... Tengo a dos *faigels* en la oficina... Tíos raros... Polis con ideas grandes... Les gusta amenazar a la gente.

Zuckerdorff se llevó un dedo a los labios para suprimir una risita. Los huesos de su cara temblaban.

—Amigos míos, mejor será que abandonen el edificio. Porque sus insignias van a acabar en el retrete en un minuto. Si deciden esperar, les puedo ofrecer un té rojo estupendo.

A Isaac le dio por pensar si los marranos le ponían mermelada o sangre al té. Sentía más curiosidad por ese dato que por la identidad del benefactor de Zuckerdorff.

Un hombre entró dando grandes pisotones en el sótano. «Debe de llevar suelas de las gruesas», pensó Isaac.

—¿De qué comisaría sois? —gruñó el tipo, que aún no había visto a Isaac—. ¿Habéis venido a ver qué se puede pescar? Os voy a romper los dedos.

Isaac reconoció a Zelmo Beard, un desaliñado detective de la brigada de atracos. Zelmo fijó la mirada en los ojos de Isaac. La barbilla perdió su firmeza. Sus orejas parecieron esconderse tras su cuello. Se tambaleó, embutido en su holgado abrigo, y tiró el muro de cajas de camisería. Zuckerdorff tenía ya todos los indicios que le hacían falta a un vendedor de camisas taradas. Miró a Isaac. Aquel poli era capaz de cualquier maldad. ¿Cómo explicar si no el súbito sonrojo de Zelmo Beard?

Zelmo se arrodilló junto a los muslos de Isaac.

—Jefe, no sabía que la Oficina del Comisionado se interesaba por Zuckerdorff... Pero trabaja a muy baja escala, lo juro. Transacciones de pacotilla. No es más que un chatarrero venido a más.

—Pensaba que tenías más seso, Zelmo. ¿Qué haces protegiendo a una familia que no hace más que incordiar-me?

—Isaac, de verdad que Zorro me la trae floja.

—Demuéstramelo. Quiero que no sea capaz de encontrar otro local para sus nenas. Me da igual dónde aparezca Zorro, tú le persigues, Zelmo, ¿está claro? Puedes empezar con Zuckerdorff. Métele unas cuantas citaciones, violaciones de las leyes antiincendios, lo de siempre. Así Zorro sabrá que le envío mis saludos. Vámonos, Brodsky.



El chófer iba exultante por la Décima Avenida. Su jefe debía de ser el más grande detective sobre la faz de la Tierra: mejor que Maigret, mejor que el Hombre Delgado, mejor que Rosenblatt *el Vaquero*. Isaac *el Justo* era capaz de destruir a los Guzmán y todos sus vínculos en Manhattan sin mover siquiera un dedo. En la boca tenía miel y ácido. Podía arrancarte la cara de un mordisco o arrullarte en tus sueños.

—Isaac, los periodistas, Isaac. Los vas a apabullar. ¿Pongo rumbo a la central?

—Brodsky, ahora vamos a Bellevue.

El coche avanzó hacia el este mientras Brodsky se agarraba enfurruñado al volante. Detestaba los hospitales, sus gruesas chimeneas y el ladrillo descubierto de sus muros. Isaac subió a la habitación de su madre. Encontró en el pasillo a sus sobrinos, Davey y Michael. Los chicos llevaban puesta la ropa de caza: trajes eduardinos adaptados a las medidas de un niño, camisas de cuello duro y dos corbatas idénticas de color rojo encendido.

—¡Tío Isaac, tío Isaac! —chillaron, al tiempo que se abalanzaban sobre él.

Isaac tuvo que sobornarlos a ambos con monedas de medio dólar para que soltasen la presa de sus rodillas. El pasillo iba a ser pronto escenario de una batalla. Los chicos esperaban para lanzarse sobre su padre. ¿Dónde estaba la exmujer de Leo? Davey y Michael no podían haberse plantado solos frente a la puerta de su abuela.

—Mi papá es un asesino —dijo Michael.

—¿A quién ha matado?

—Nos está matando a mi madre y a mí.

Isaac no podía discutir con un niño de siete años. Dejó a sus sobrinos para ir a ver a su madre. Sophie tenía quien velase por ella: Marilyn, Leo y Alfred Abdullah, su pretendiente de Pacific Street. Abdullah saludó a Isaac con una sonrisa entristecida. Aquel árabe americano de origen libanés lloraba tanto las heridas de Sophie como cualquiera de sus hijos. Su madre yacía sobre los cojines; tenía yodo en los labios, diversos fluidos goteaban dentro y fuera de su cuerpo a través de una maraña de tubos. Marilyn musitó un «hola» ronco. Isaac se sentía incómodo con su hija en la habitación. Percibió la tensión, el aleteo nervioso de sus párpados. Marilyn se sentía enferma sin Coen. E Isaac había contribuido a ello. Ojos Azules estaba a sólo dos plantas de distancia, en el ala de vigilancia, ocupándose de Stanley Chin. Marilyn no tenía acceso a esa área; en el ala de vigilancia no se permitía el paso a las visitas de vigilantes, enfermeras o policías.

Leo advirtió la frialdad reinante entre padre e hija. Se acercó más a la silla de Marilyn. Marilyn era su muro de contención. Recordó la promesa que Isaac le había hecho de arrancarle un pulmón si no renunciaba a su escondite en la prisión civil. Leo no había hecho preparativo alguno para salir de Crosby Street. El clima le sentaba bien. Podía fumar, jugar a las cartas y escaquearse para ir a visitar a su madre. Sentado junto a Marilyn, esperaba la explosión de furia de Isaac. Sin embargo, había

interpretado mal al Jefe. Isaac estaba demasiado ocupado con Rupert, Esther y los Guzmán como para preocuparse de una amenaza propia. Distráido, con la mirada fija en los tubos, se dirigió a Alfred Abdullah:

—¿Qué tal va todo por Pacific Street?

La mirada alarmada de Abdullah se dirigía más allá de Isaac: la cabeza de Sophie se había alzado de entre las almohadas.

—El bebé —dijo—. Traedme al bebé.

Dormida, Sophie tenía el aspecto de una mujer con la piel en llamas, y su rostro se hundía bajo el yodo y el flujo de la sangre. Al salir del coma, su complexión cambió. Durante los periodos de lucidez adquiría un color pálido, como la piel de un ratón. Las pipetas de vidrio oscilaron encima de un brazo obstruyendo el flujo de los tubos.

—Traedme a mi bebé —dijo.

Isaac se llevó las dos manos al pecho. Abdullah se pellizcaba la garganta. Leo se tapó los ojos. Sólo Marilyn tuvo suficiente presencia de ánimo para sujetar los tubos y reducir el balanceo.

—Por Dios —dijo—. ¿Es que no lo veis? La abuela está llamando a Leo.

Leo se levantó de un salto de la silla. Apoyó un hombro en la cama. Sophie empezó a acariciar su cabeza calva. Leo lloraba mientras los dedos de su madre rozaban su cuero cabelludo.

—Shhh —dijo ella—. ¿Dónde está el filisteo?

Abdullah se acuclilló junto a Leo. Sophie le rechazó.

—Tú no —dijo—, ¿dónde está el filisteo?

—Mamá —dijo Isaac, sintiendo que sus tobillos se hundían en el suelo—. Estoy aquí.

—¿Te viste con el gallito?

Isaac se encogió de hombros, desconcertado.

—El gallito —insistió Sophie—. En París. En Francia.

Isaac se sintió pillado con las manos en la masa. Leo debía de haberse ido de la lengua: su madre no podía saber de su encuentro con Joel en los bajos fondos de París, a menos que el suero que le administraban alimentase también su intuición.

Sophie ya había acariciado bastante la calva de Leo. Alargó la mano para alcanzar la de Abdullah. Leo no se quiso mover: mantuvo la oreja pegada al camisón de hospital de Sophie. Ella sonreía.

—¿Te ganas la vida, Alfred?

Abdullah contestó que sí.

—Bien. Porque yo no gasto mi dinero con pobretones.

Absolutamente rendido a ella, Abdullah no reveló su incomodidad. Leo apartó la oreja de la cama.

—Mamá delira —le susurró a Marilyn al hombro.

—Isaac. ¿Follas últimamente?

—¿Quién tiene tiempo para eso, mamá?

Leo le tiró de la manga a Isaac.

—No le respondas... Isaac, el cerebro se le está esponjando. ¿Sabes lo que significa estar treinta años sin marido?

Sophie se desplomó sobre las almohadas. Su boca se retorció una vez. Sus ojos expresaban confusión. Lamió el yodo de sus labios. Eructó. Se sumió en un sueño profundo cogida de la mano de Abdullah. Leo salió en silencio de la habitación.

Atrapado entre Abdullah y Marilyn, Isaac se sentía cohibido. No podía dejar de admirar la actividad de Sophie en busca de novios dentro y fuera de los comas. No había suero que aplacase la sexualidad de su madre. Su piel volvía a oscurecerse. Isaac se quedó a solas con su hija. Oyeron una agria disputa en el pasillo.

Leo se había enzarzado con su exmujer. La elusiva Selma estaba en el suelo entre las rodillas de Leo, mientras Davey y Michael se colgaban de la espalda de su padre.

—¡Dejadme que acabe con ella de una vez por todas! —decía Leo jadeando, y había en su voz un eco de violencia que Isaac no había percibido nunca en su hermano. Leo hacía caso omiso de los arañazos de Michael. Davey estaba sentado en su nuca. Leo rodeaba con los dedos la garganta de Selma.

—¿Tengo que sufrir por tu culpa?

Isaac tuvo que apartar a Davey y Michael agarrándolos por la culera de los pantalones antes de llegar a Leo.

—Vuelve a tu cárcel. Leo, los guardas echarán de menos las partidas de pinnacle contigo.

Leo se dirigió tambaleante hacia la salida; de todas las puertas asomaban enfermeras, pacientes, visitas que le miraban con odio. Davey y Michael miraban con gesto ceñudo. Aún en el suelo, Selma empezó a retorcerse. Bajo la nariz se había juntado algo de baba.

—Me ha roto por dentro... Oh, Dios mío... Oh, oh.

Con un gesto de dolor, Selma se apretó las costillas.

—Enfermera, ayúdeme, ayúdeme.

Los niños se arrodillaron junto a su madre, hartos de pelear, pero aterrados por el culebreo de su cuerpo. Isaac comprendió el jueguito de Selma. Su saliva estaba limpia: no pudo ver ni rastro de sangre. Sus gritos tenían demasiado ritmo. Se agachó y se inclinó sobre Selma, de forma que los niños no pudieran oírle.

—En pie, cuñada. En este sitio no cubren el seguro por colisión. Por si estás pensando en hospitalizarte, te diré lo que pienso. En algunas salas las camas tienen esposas colgando. Te encerraré, hermana. Esto es Bellevue, ¿recuerdas? Se sabe de gente que se ha pasado años deambulando por el ala de los locos.

—Cacho cabrón —masculló Selma al pecho de Isaac, al tiempo que se recomponía las medias.

Los niños fueron testigos de la milagrosa recuperación de Selma. Se abrazaron a ella, apartando a Isaac con leves y bien dirigidos golpes.

Marilyn sonreía asomada a la puerta de la habitación de su abuela. Isaac soportaba la plaga de un enjambre de parientes, como cualquier patriarca judío. Él constituía el pegamento familiar. Los Sidel se hubieran desmigajado hacía tiempo de no ser por los cuidados de Isaac. Él se encargaba de calmar y de abofetear, él reparaba los lazos rotos; él, el increíble padre de Marilyn.

Los periodistas de sucesos querían que la rueda de prensa se celebrase en el despacho del comisionado de la policía, para poder fisgar el mobiliario que había aportado un antiguo comisionado, Teddy Roosevelt: cortinajes, un escritorio gigantesco, varios retratos de Teddy en las paredes. Isaac no lo permitió. Condujo a los reporteros a su propio despacho, en el que no había chimeneas de mármol, ni candelabros, ni ventanas en tonos castaños, ni un escritorio con muescas y cicatrices históricas y un espacioso hueco adaptado especialmente a las rodillas de un futuro presidente de Estados Unidos, y que sólo podía recordar a aquellos hombres y mujeres sus viejas y abarrotadas «chabolas de noticias» en Baxter Street. Isaac no sirvió sándwiches, ni presentó a un capitán de la policía de uniforme impecable que coquetease con ellos; Brodsky se convirtió en su secretario de prensa. El chófer se pavoneaba detrás de Isaac cargado con los sobres pertenecientes al caso de los piruletas.

El Jefe habló de la aventura de Rupert y Stanley en Chinatown con un estilo tosco, sin adornos, guiños ni anécdotas, y sin la afectación de Barney Rosenblatt (al Vaquero le encantaba mostrar las esposas a la prensa). Brodsky no oyó el crujir de una sola pluma. Aferrados a sus libretas, los reporteros escuchaban con la cabeza ladeada. El enviado del *Times* fue el primero en lanzarse contra Isaac. ¿Podría el Jefe ayudarle a entender? ¿Qué opinaba la Oficina del Comisionado primero de las bandas independientes como la de los piruletas, que se cebaban en ancianos y ancianas sin causa aparente y se dedicaban a una destrucción irracional?

—Es un fenómeno a escala mundial —dijo Isaac, mientras se frotaba el mentón—. Sucede lo mismo en París. La policía francesa podría encontrar en sus archivos a cualquier maestro del crimen, pero son los criminales adolescentes —los «piruletas»— quienes dominan los Campos Elíseos. Son niños que atracan bancos. Sin nombre, sin rostro. Billy *el Niño* con un pañuelo barato en la nariz.

—O Robin Hood —dijo Tony Brill, el gordo con credenciales del *The Toad*.

Ni Brodsky ni Isaac le habían visto en la central.

Isaac miró con el ceño fruncido al enviado de *The Toad* y pasó por alto lo de Robin Hood.

—Atracadores y violadores de ocho años en Nueva York —dijo—. Asesinos a los nueve, a los diez. ¿Qué hemos de hacer, incluir informes de niños en nuestros archivos confidenciales?

El corresponsal de *Newsweek* sentía pasión por los tests de inteligencia. Apartó a Isaac de cuestiones abstractas y le pidió que buscara en los sobres que tenía Brodsky en la mano.

—Jefe, debe usted de tener a un buen número de detectives investigando. ¿Dónde está la ficha de Rupert Weil?

Brodsky se ponía nervioso mientras rebuscaba en los distintos sobres. El corresponsal estaba ya muy seguro de sí mismo.

—¿Cuál es el coeficiente de inteligencia del chaval?

—Doscientos siete —dijo Isaac, al tiempo que ordenaba a Brodsky que cerrara los sobres.

El enviado del *Daily News* se animó.

—El chico debe de ser un genio. Me parece que Mozart no pasaba de ciento noventa y nueve.

—Doscientos siete —repitió Isaac.

El corresponsal era obstinado.

—¿Qué hay de Esther?

—Fue a una escuela religiosa —dijo Isaac—. Sus profesores eran sefarditas tradicionalistas, gente muy suspicaz. Se negaron a proporcionarnos ningún informe. Pero no confío demasiado en los coeficientes de inteligencia. Pueden decirnos muy poca cosa. Rupert fue en su día jugador de ajedrez. Podría haber sido un gran maestro, ¿quién sabe? Lo dejó a los doce años. ¿Era la «inteligencia» lo que le indicaba dónde colocar un caballo? Piensen en Bobby Fischer. Tiene un coeficiente de ciento ocho, o ciento nueve. ¿Pueden darme una teoría acerca de la genialidad? No quiero desmerecer el fabuloso cociente de Rupert. Pero su genio nace del voluntarismo, de una obstinación enloquecedora, y no de su talento por controlar la casilla apropiada. Créanme. Los genios andan escasos hoy en día. Tienen el poder de centrarse en un objeto, una fruta, el corazón de alguien, y de dejar al margen el resto de este mundo de mierda.

Los reporteros no habían contado con que un inspector de policía les saliese con nociones filosóficas. Las dos encantadoras señoritas del *Squire* de Brooklyn, que estaban del lado del Rosenblatt *el Vaquero*, señalaron que era una extraña circunstancia que Stanley Chin y Sophie Sidel hubiesen acabado en el mismo hospital. ¿Era aquello una maniobra para desorientar al Vaquero? ¿La historia de Saint Bartholomew había sido un montaje dirigido a los periódicos y las revistas? ¿Trabajaba Rupert Weil para la Oficina del Comisionado primero? ¿Había secuestrado a Chin por orden de Isaac?

—Pura coincidencia —masculló Isaac—. Stanley no tiene ahora nada que ver con mi madre. Y es de locos pensar que Rupert pueda trabajar para mí.

—No tan de locos —dijo Tony Brill.

—¿Qué quiere decir?

—Nada...

Tony Brill tuvo que dar marcha atrás ante la terrible mirada de Isaac. *The Toad* no podía ofrecerle un seguro contra socavones, ni contra barandillas mal fijadas en la central.

—Jefe Sidel, ¿no era usted amigo del padre de Rupert? Quizá el muchacho estuviese buscando una forma sutil de cooperar con usted.

—Chorradas —dijo Brodsky.

Los miembros de la brigada de pistolas de goma de Isaac se asomaron al despacho. Al no llevar pistola al cinto, los periodistas les tomaron por civiles, y supusieron que podían mostrarse groseros con unos simples oficinistas. Los de la brigada le hacían gestos de urgencia a Isaac con caras desencajadas. Brodsky se unió a ellos. Los pantalones empezaron a resbalarle bajo la tripa. Tuvo que meter las manos en los bolsillos para no quedar en evidencia.

—La rueda de prensa ha terminado —graznó, con la boca muy prieta.

Los reporteros salieron formando un tumulto del despacho de Isaac, descontentos con los movimientos subrepticios de la gente del comisionado. Isaac se quedó con Brodsky y los de las pistolas de goma.

—¿Qué ha pasado?

—Isaac, ha llegado un paquete para ti... de Rupert Weil. Hemos llamado a los artificieros. Van a traer un perro adiestrado para que lo olfatee. Podría ser un paquete bomba.

—Idiotas —dijo Isaac—. No me hace falta ningún perro.

El paquete estaba envuelto con papel de estraza, y atado con cordel fuerte, del tipo que se usa para preparar *bialys* y amarrar los rollos. Era un paquete enorme, de más de medio metro de alto. Isaac no pudo cortar el cordel con los dientes: las fibras eran demasiado ásperas. Brodsky salió corriendo en busca de unas tijeras. Isaac cortó los nudos. Consiguió rasgar el papel de estraza. Los pistoleros de goma pudieron ver los contornos redondeados de una sombrerera, una sombrerera con un nombre escrito: Philip Weil. Isaac abrió la caja. Brodsky se llevó las manos a las orejas. El resto de los hombres de Isaac se echaron a un lado. Vieron una mano rebuscando entre periódicos arrugados.

—¿Qué coño es, Isaac?

Isaac sacó una ficha de ajedrez, un alfil negro tallado en madera, con las puntas de la mitra destacadas en la parte superior; una pieza barata salida de la colección del propio Rupert. Los pistoleros de goma estaba desconcertados. Para ellos, el paquete

confirmaba la locura de Rupert. Isaac no quiso darles su opinión. Los echó a todos de su despacho.

—Brodsky, cierra la puerta.

Isaac sostuvo la ficha entre los dedos. Palpó las ondulaciones de la madera (el alfil de Rupert tenía una tripa hinchada), la fina capa de pintura negra, que empezaba a saltar, las zonas rugosas junto a la mitra. «Rupert me quiere decir algo», pensó Isaac. El regalo del alfil no obedecía a un capricho. ¿Le estaba desafiando aquel chico a una partida por correo? ¿Debía Isaac responder con un alfil del bando opuesto? No. No era eso lo que Rupert estaba buscando. La ficha de ajedrez tenía que referirse al juego de su padre. Philip era un maestro con dos alfiles trabajando al unísono. Siempre jugaba con negras contra Isaac, con lo que le daba una clara ventaja. Isaac hacía el primer movimiento. Philip no se sentaba con sus piezas a verlas venir. Desdeñaba las líneas de defensa habituales. Philip atacaba siempre. No era de los que se zampan los peones e incordian al rey, estrangulándolo lentamente. Mientras le asediabas con un ejército de torres y caballos, lanzadas tus piezas en gloriosa misión, él se escurría junto a ellas y usaba sus alfiles para rebanarle el gaznate a tu reina.

—Va a por una de mis chicas.

Isaac escupió en la sombrerera. ¿Cuántas reinas podía tener un poli? ¿Tres o cuatro? «Rupert quiere atizarme igual que me atizaba su padre». Isaac no pensaba que el chico tocara a Sophie otra vez. Pero el Jefe tenía un corazón cauteloso. Pondría a otro ángel frente a la puerta de Sophie por si había malinterpretado la lógica de Rupert. ¿Sería su mujer, la baronesa Kathleen? Rupert tendría que sacarla de entre los pantanos de Florida, el nuevo señorío de Kathleen. ¿Ida Stutz? ¿Qué tenía que ver Rupert con la prometida de Isaac?

—Marilyn —dijo Isaac, con un inequívoco tono nasal.

Tenía que ser ella.

El perro llegó de la calle Veinte, que es donde la brigada de artificieros tenía las perreras, en el tejado de la Academia de Policía. Isaac había esperado un pastor alemán de orejas relucientes y hocico muy largo. Lo que llegó fue un ratón, cuarto y mitad de perro, un cocker spaniel de patas contrahechas y un cuerpo abrazado al suelo. Isaac sintió lástima de la criatura. No podía enviarlo de vuelta a la calle Veinte sin dejarle que olisquease la sombrerera.

En el ala de vigilancia de Bellevue había una mesa de ping-pong, antiguas paletas de lija y una bolsa de pelotas polvorientas: perfecto para Manfred Coen. Podía pasar el rato peloteando sobre la mesa. Aquel día sólo había tres pacientes: un musulmán negro con una herida en el muslo, un ladrón de coches portorriqueño desequilibrado que había intentado ahorcarse en comisaría y Stanley Chin. Ninguno estaba en condiciones de jugar contra Coen. Pero los suaves picotazos que oían surgir de la pala de lija empezaban a ponerles nerviosos. Stanley tuvo que gritar desde su cama para

detener los golpes de Coen.

—Ojos Azules, te echo una partida.

Coen rió.

—Te harás daño en los dedos, Stanley. No puedes coger una pala.

—No me hace falta pala —dijo alzando la mano enyesada—. Juego con esto.

—¿Con el yeso? —dijo Coen—. Los médicos me arrancarán la piel a tiras.

—¿Por qué iban a enterarse? Venga, Ojos Azules, no tengas miedo.

Coen encontró una silla de ruedas. Empujó a Stanley desde la cama hasta la mesa de ping-pong, y le colgó de tal manera que la barbilla quedase cerca de la marca central de la mesa. Coen tomó su pala. No quiso darle ángulo. No quería confundir al chaval con los efectos que pudiera sacarle a la lija. Lanzó la pelota por encima de la red. Stanley respondió con un golpe de su manopla izquierda. Coen se lanzó a por la pelota con las rodillas muy separadas. No le dio. Miró ceñudo su pala y sacó otra pelota de la bolsa. La sopló primero, y comprobó el sellado aplastándola contra la mesa bajo la palma de la mano. Esperó a oír el sordo «ploc» que indicaba que la pelota estaba rajada. No sonó ningún «ploc». Sacó de nuevo. Stanley golpeó la pelota con la otra manopla. Coen juntó las rodillas. Estaba anonadado. No había paleado más que aire. Stanley le había dado un efecto endiablado con el yeso de la mano.

—Es kung-fu, tío.

Stanley se llevó el yeso a la mano. No podía parar de reír. No había querido burlarse de Coen, pero ver así de disgustado a un policía, con una pala en la mano, era suficiente para que un chico se partiese de risa.

—Se llama el puño de hierro. Hace falta concentración, tío. Apuntas a un sitio concreto. A veces falla, señor Coen. Pero cuando le das a la pelota, ya la tienes.

Un camillero llamó a Coen al teléfono. Manfred seguía confundido. ¿Cómo podía un chico en silla de ruedas y con manoplas en lugar de manos cargarse su juego? Coen deseó haber traído consigo su Mark V al ala de vigilancia. Se hubiera enterado entonces aquel crío de lo que valía un puño de hierro frente a un par de milímetros de esponja. Brodsky le gritaba por el auricular.

—¿Qué pasa, Coen, estás sordo?

Manfred jugueteó con el auricular.

—Te oigo alto y claro, Brodsky.

—Pues mueve el culo y ven a la central.

—¿Qué pasa con Stanley Chin?

—Olvida al chinito. Y Coen, tráete la pipa. Como se te caiga una bala al suelo el comisionado te mata. Es por Rupert Weil. Creo que Isaac quiere que te lo cargues.



## **CUARTA PARTE**

Marilyn oía gemir el viento en los peldaños de la escalera de incendios de la casa de su padre. La radio había prometido ventisca. Le recorrió un escalofrío al imaginarse la nieve cegadora. Marilyn era una chica de Riverdale. Las tormentas de nieve le ponían nerviosa. Recordaba las ventiscas de su infancia, cuando Riverdale quedaba incomunicado del resto del mundo y no podía ir a clase. Tenía que alimentarse entonces de los guisantes y los palitos de sésamo que guardaba su madre en la alacena. Alcanzaba a ver las bolas de vapor del Hudson, y las masas dispersas de nieve que el viento arrastraba. Su madre estaba en Baltimore, o en Miami, y su padre estaba ocupadísimo en el centro. Isaac no podía llamar por teléfono. La nieve había tirado los cables. Del teléfono salía un crujido estático, un desagradable ronquido eléctrico. Y Marilyn se mordisqueaba las coletas, exhausta, mientras los guisantes rugían en su estómago, demasiado asustada para llorar.

No podía siquiera reírse de su antigua histeria, de ansiedades de hacía quince años. Estaba en casa de su padre. Después de tres maridos, no había conseguido aún superar su miedo al mal tiempo. Podría haber llamado a Florida y rogarle a Kathleen que la sosegase con historias del dulce Miami y sus inviernos sin pizca de nieve. A Marilyn le daba vergüenza llamar a Florida. Kathleen le leería las previsiones del tiempo y Marilyn tendría que repasar todos sus matrimonios y proporcionar a Kathleen detalles de los maridos dos y tres. Alguien llamaba a la puerta de su padre. Marilyn abrió.

Un hombre de nieve había ido a buscarla: Manfred Coen, con las cejas blancas y las orejas enrojecidas. Marilyn podía adaptarse a un hombre de nieve así. No le hizo preguntas impertinentes. Le sacudió las puntas de hielo del abrigo de pelo de camello. Le puso los pantalones sobre el radiador. Levantó el bajo de su falda para que pudiera frotarse las cejas con algo caliente. Le cubrió las orejas con un turbante de trapos de cocina. Al hombre de nieve ni se le había ocurrido ponerse chanclos. Le obligó a quitarse los zapatos. Le envolvió los pies con las toallas de Isaac. El hombre de nieve estornudó.

—Ahí fuera hace un frío de puta madre, menudo coñazo de nieve.

—Machista —rió Marilyn—. ¿No se te ocurre nada en masculino? Un pollazo de nieve, o un frío de chapero padre. ¿Cómo has despistado a Isaac?

—No me ha hecho falta. —El hombre de nieve parpadeó—. Isaac me ha enviado aquí.

La barbilla de Marilyn subió disparada desde las rodillas del hombre de nieve.

—¿O sea que esto no es idea tuya? ¿Has venido porque te envía Isaac?

—Marilyn, el tal Rupert anda suelto. Isaac dice que va tras de ti. Necesitas un guardaespaldas, e Isaac ha pensado...

—Sal de aquí.

Marilyn le tiró el cepillo al hombre de nieve. Le arrancó el turbante de las orejas. Coen trastabilló sobre el linóleo de Isaac.

—Puto Ojos Azules, no me vengas con lo que piensa Isaac. Isaac no piensa una mierda. ¿Nunca haces nada por tu cuenta y riesgo? Un recadero. Maldito sea, primero nos separa y ahora hace de alcahuete contigo. ¿Y qué se le ocurrirá luego? ¿Quiere que me pase por la piedra al departamento de policía al completo? Dile que las chicas a veces son muy exigentes con sus citas. Y que si no va con ojo me buscaré otro chulo.

—Marilyn, no creo que sea tan malvado. Isaac sabe lo mucho que detestas tener a un poli cerca... Le pareció que sería más soportable si el poli era yo.

—Coen, quita los pantalones del radiador y pónelos. Yo no confraternizo con guardaespaldas.

Coen fue a buscar sus pantalones. Estaba a medio ponérselos cuando Marilyn le tiró sobre el sofá cama de Isaac. Coen sintió el temblor de su puño, la presión de sus muslos, el peso enloquecido de su cuerpo al ataque. La teñía encima, codos, pechos y rodillas. Coen no quiso defenderse. Marilyn malgastó sus energías aporreando a un hombre de nieve. Su antigua histeria estaba de vuelta. Estaba de nuevo en Riverdale, la ventisca rondando en su cabeza, y entre ella y Manfred se alzaba un muro de nieve implacable. No reconocía al policía: ni unos ojos de azul puro conseguirían tirarlo. Marilyn era inmune a notas hipnóticas de color. Percibió un hueco en el pecho del hombre de nieve y se acurrucó en él.

Marilyn se despertó con un parpadeo que se abrió camino hasta el fondo de la nariz. Olió la carne de un hombre. No estaba desnuda, no, pero sí se había quitado la falda. Ojos Azules la había convertido en una niña india. Estaba bien arropada, casi atada a la cama con una manta. Apenas podía mover los brazos.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? —preguntó.

—Puede que una hora —dijo Coen desde el radiador.

Tenía un labio hinchado, y arañazos en los dos lados de la cara.

—¿He sido horrible contigo?

—No ha sido para tanto. —Los arañazos se movieron cuando Coen sonrió—. Pero tuve que atarte. Estabas pegando muy fuerte.

Le aflojó la manta.

—Lo siento —dijo ella, resistiéndose a tocar el labio de Coen—. Siempre me da un ataque de pánico antes de una gran nevada... Manfred, siéntate conmigo.

Coen se sentó frente a ella, consciente de la tormenta que ella podía desencadenar con los codos y un solo dedo.

—Marilyn, hubiera venido igual sin que Isaac me lo ordenara. Intentaba escaquearme. Pero me tenía dando vueltas. Me enviaba de una punta a otra del barrio.

No podía ni comer sentado. Perseguía a la Luna por orden de Isaac. Luego va y me encierra con Stanley Chin. He estado durmiendo con pelotas de ping-pong.

—Shhh —dijo ella—. No tienes que explicar nada.

Se acurrucó sobre las rodillas de Coen. Debía de haberse vuelto una bruja en la cama de su padre. Los arañazos en la cara de Coen la estaban excitando. Quiso lamer las heridas que le había causado. No por morbo, Marilyn no tenía instinto de torturadora. Pero con Coen era todo o nada. Hubiera matado a su padre por salvar a Ojos Azules. Lo raro era que no podía mostrarle sus sentimientos sin señalarle las mejillas. Coen seguía parlotando.

—Marilyn, debería haber espiado por Rivington Street; te hubiera agarrado mientras subías las escaleras y te hubiera llevado lejos del centro. El secuestro es mi especialidad... Pero tenía que ser fuera. Es mi jefe. No puedo invadir la casa de Isaac.

Ella hubiera saltado encima de él con gusto, con todo el afecto de una mujer a quien tres maridos se le habían quedado pequeños, pero sabía que con eso le ahuyentaría. Coen desconfiaba de ella. Tendría que moverse poco a poco. Enroscó el cuello en torno a él y le besó la hinchazón del labio. No hubiera sido una estrategia apropiada quitarle la ropa. Marilyn le picoteó a besos sobre la camiseta. Le lamió una oreja. ¿Cómo despertar a un hombre de nieve?

Coen volvía a la vida. Cubrió de saliva los huecos de sus pómulos. Mordisqueó el contorno de sus ojos. No pasaría a mayores con los pantalones puestos. El poli era hombre de modales. Pero ella notó su erección a través de la tela. La lengua de Coen empezó a serpentear en un rincón de su boca. La humedad heló sus dientes. Las axilas de Marilyn derramaron un agua poderosa que no se parecía a ningún otro sudor. Coen la había ablandado al pasar la lengua por su cara. Marilyn no estaba acostumbrada a besos tan lentos.

—Podría llegar a amarte, Coen.

No tenía nada más que decir.

La central estaba inundada de copias de *The Toad*. Alguien, seguramente Tony Brill, las había apilado en los escalones de entrada, insensible a las bolas de nieve y al barro de los zapatos de la policía. Los hombres del Vaquero debían de haber sido los primeros en recoger los empapados ejemplares. Atormentados con ideas de venganza, habían distribuido hatos del diario en cada piso. Brodsky estaba sentado frente al despacho de Isaac con un periódico embarrado en el regazo. Tony Brill, aquel gordo gusano, había llenado la segunda página con fotografías de Rupert Weil y un reportaje en exclusiva sobre los tres piruletas. Rupert aparecía desafiante ante la cámara, vestido con una chaqueta de policía local a punto de reventar.

Brodsky no sabía leer sin mover los labios. *The Toad* le ofendía. Un periodicucho, decidió Brodsky, un maldito periodicucho *hippy* para rojos y prostitutas sociales. No

había visto nunca un batiburrillo tal de expresiones malsonantes y texto volado. Tony Brill hablaba de cruzadas infantiles, guerras de piruletas y el martirio de Esther Rose. Acusaba a Isaac de «joder los cerebros de todo Nueva York». Para entretener a sus lectores había dibujado una cruda caricatura de Isaac meando en Delancey Street. A Brodsky no le hacían gracia aquellas imágenes que hacían burla de su Jefe (en la caricatura, Isaac tenía testículos colgones). Brill era un maníaco. Juraba que Isaac había arruinado, o estaba en camino de arruinar, a Philip Weil, Mordecai Schapiro, el instituto de Seward Park, Honey Schapiro, Rosenblatt *el Vaquero*, Stanley Chin, Esther Rose, a los portorriqueños, a los sefarditas de Brooklyn, a los ciudadanos de Chinatown y a Manfred Coen (Brodsky tuvo que reír al leer la mención a Coen). Sólo Rupert había conseguido huir de él, y Rupert estaba en pie de guerra. ¿Quién, excepto un piruleta se preguntaba Tony Brill, se hubiera atrevido a representar los agravios de su barrio?

Brodsky llamó a la puerta de Isaac. El Jefe le indicó que pasara con un «hola» somnoliento. Isaac debía de estar rumiando un plan, o sobre Brodsky hubiera caído una lluvia de gruñidos. El Jefe estaba sentado leyendo *The Toad*. Brodsky parecía reticente a interferir con lo que estuviese pasando por la cabeza de Isaac.

—Isaac, ¿quieres que me ocupe de Tony Brill? No es mal momento. Hay gente que se ahoga en la nieve.

—Déjale en paz —musitó Isaac—. No puede hacernos nada.

Isaac salió entonces de su abatimiento.

—Ese chico me va a hacer muy conocido. La gente temblará cuando pase por la calle. ¿No lo sabías? El crimen desaparece allá por donde voy.

El chófer tenía problemas con la forma tan retorcida de hablar de Isaac. Se sintió obligado a reír un poco.

—Déjame al menos que haga algo. La oficina de *The Toad* está en La Guardia Place, ¿no? Podría sabotearles las prensas, Isaac. Es fácil. Tendrán que imprimir con lapiceros y gomas.

El Jefe se estaba poniendo ya su chaleco. No se animó a seguir los planes que tenía Brodsky para *The Toad*. Isaac era supersticioso con los periodistas. No se podían matar sus historias. Si les quitabas la letra impresa, seguirían escribiendo en la corteza de los árboles. De cortarles los dedos, escribirían con la nariz.

—¿No quieres el coche, Isaac?

—Da igual. Iré andando.

—Dos palmos, Isaac, ésa es la previsión. El coche tiene gomas para la nieve. ¿Para qué vas a mojarle los pies?

Isaac se cruzó con unos cuantos cuervos por las escaleras que se apoyaron en el pasamanos para abrirle paso. Ninguno se atrevió a susurrarle «Tony Brill» a la cara. Posiblemente ni siquiera un cuervo sobreviviría a uno de los abrazos de oso de Isaac.

No tendrían por qué haberse preocupado. El Jefe estaba ensimismado. Tropezó con el pie de un cuervo y no se disculpó siquiera. El problema era Marilyn. Ahora que Rupert se dedicaba a enviar alfiles por correo, Isaac no veía una solución fácil. ¿Qué iba a hacer, echársela al hombro y cargar con ella a todas partes? ¿O buscarle un cubículo en los calabozos de mujeres? Tendría que confiar en Coen. Marilyn le habría arrancado la lengua de un mordisco a cualquier poli o matrona que le hubiese mandado. Él tendría que mudarse a casa de Ida. Sus propios detectives se reirían de él: dirían que Coen le había desahuciado, que le había puesto de patitas en la calle.

Brotsky se había equivocado con la predicción. ¿Dos palmos? Isaac notó una delgada capa de polvo bajo los zapatos. Vio a un hombre en la acera a través de la nevada. Isaac creyó reconocer los sombríos hombros de Jorge Guzmán. No estaba de humor para un abrazo mortal. Isaac volvió a mirar. Era Gula *el Tuerto*, su antigua némesis.

—Gula, vas a enfriarte. La previsión es que se aproxima un huracán.

Gulavitch no podía hablar sin tragar algo de nieve.

—Isaac, tendrías que haberme dejado ciego del todo. No fuiste inteligente. Soy tu enemigo. ¿Para qué me dejaste un ojo bueno en la cara?

A Isaac no le hacía falta cachear los bolsillos de Gulavitch: el viejo no llevaba más arma que sus extraordinarios pulgares. Aun así, Isaac tenía que sacarle de allí. Si le veían los cuervos, se chivarían a Rosenblatt, y el Vaquero haría que le arrestaran por bloquear el tránsito peatonal. Se lo llevarían al sótano, le harían posar sin el parche del ojo, y le llamarían «el tonto de Isaac».

—Gula, ¿no tienes patatas que pelar para Bummy? Vuelve a Broadway Este. Bummy te necesita.

El viejo se relamió la nieve de los labios.

—Tengo mucho que pelar, Isaac. Tu nariz, tus ojos, tu boca...

Isaac dio el alto a un coche patrulla que salía del garaje de Mulberry Street. El conductor se esforzaba por ver a través de la ventanilla. No podía entender por qué uno de los grandes jefes judíos se entretenía con un retrasado mental que tenía la cara llena de nieve. Pero no hizo preguntas a Isaac.

—Éste es Milton Gulavitch. Es amigo mío. Llévelo al restaurante de Bummy Gilman, en Broadway Este. Más vale que no haya problemas. A Milton no le gustan los viajes moviditos.

Isaac fue a pie hasta el club social Garibaldi. No se molestó en echar un vistazo por encima de la franja verde de la ventana. Entró sin más. No era buena hora para incordiar a Amerigo Genussa. El Casero estaba preparando pasta para los garibaldinos. Amerigo hacía su propia brujería. Era capaz de transformar el club en una *trattoria* con unos cuantos cuencos, unas salchichas, anchoas, espaguetis blancos y verdes, avellanas, parmesano y un molinillo de pimienta, amontonados en torno a la

máquina de café del club. El Casero tenía un espacio minúsculo para trabajar en la mesa y se veía obligado a saltar de cuenco en cuenco, con un batidor de alambre apretado contra el pecho.

Isaac no esperó el recibimiento de Genussa.

—Casero, ya te lo dije una vez. No quiero a tus asquerosos matones por Essex Street.

Amerigo continuó saltando de cuenco en cuenco. El batidor volaba dentro de ellos impulsado por los breves giros de la muñeca del Casero. Esperó a que la espuma empezase a subir antes de responder a Isaac.

—¿Te he invitado a cenar, Isaac? Llevas demasiado tiempo de policía. Lo digo en serio. Tienes unos modales que dan asco. Yo no contrato a degenerados. Todos mis hombres tienen familia. Me hace gracia, Isaac. Tienes a los mejores detectives del mundo y no eres capaz de pillar a un niño judío. O sea que es cosa nuestra.

—Es mío, Amerigo. Como tus amiguitos vuelvan a pasar de Bowery te quedarás sin disfrutar de tu pasta a las espinacas.

Isaac oyó el pérfido silbido de la máquina de café. Ahora no podían tentarle con *cappuccinos*. El Casero echaba avellanas en un cuenco.

—Vete a rascarte por ahí —dijo, mientras dejaba caer avellanas del puño—. Isaac, no me vengas ahora con que vas a torturarnos con el FBI. Newgate es un gilipollas, igual que tú.

Isaac echó un puñado más de anchoas y avellanas en el cuenco más cercano. Sacó la mano pringada de clara de huevo. Los garibaldinos le observaban lívidos desde sus mesas con el ceño fruncido. El Casero sonreía.

—Sigue jugando, Isaac. Si quieres puedes hacernos los macarrones. No voy a dejar que un soplapollas como tú me provoque para que me meta en una pelea. La ciudad te paga para que mates. Espere... tenga cuidado en las esquinas, inspector. Podría atropellarle un ladrón de bicicletas.

Isaac entendía la postura de Amerigo. El Casero tenía que vengar de las intrusiones de Rupert Weil a los ancianos de Little Italy. Pero Isaac no estaba dispuesto a tolerar que una banda de macacos escudriñase los escaparates de los tenderos portorriqueños y judíos.

La nevada arreciaba en Mulberry Street. Un Chrysler gigantesco patrullaba al paso de Isaac. El Jefe miró al coche con mala cara.

—Brotsky, ¿quién te ha mandado que me siguieras?

El chófer sacó la cabeza del Chrysler para ver mejor a Isaac y escupir unas palabras bajo la nieve.

—Jefe, el teletipo lleva quince minutos intentando localizarte. A Wadsworth le han jodido el cuello.

—¿Un balazo? —dijo Isaac, al tiempo que entraba en el coche.

—El negro no tiene ni un agujero en el cuerpo. Debe de haber sido con una palanca.

El Chrysler se abrazaba al suelo, gracias a las milagrosas gomas de nieve de Brodsky, unas llantas capaces de trepar paredes y clavarse en cualquier techo. Sortearon a los otros automóviles y su andar cansino y llegaron al Tivoli en menos de diez minutos. El cine había sido acordonado. Había patrulleros enfundados en botas de goma altas e impermeables amarillos que mantenían a los curiosos fuera de la zona acordonada, y en la taquilla alguien había puesto el cartel de «investigación policial». Brodsky tuvo que meter tripa para pasar por debajo del cordón. El vestíbulo estaba a reborar de gente de homicidios y de cuervos llegados de la oficina del jefe de detectives. Isaac se abrió paso entre ellos. No tuvo que buscar mucho el cadáver. El negro lechoso de Isaac estaba encogido en una butaca en el centro del foso de la orquesta, rodeado de un pequeño grupo de detectives. Tenía un bulto morado donde le habían roto el cuello. Sus ojos miraban vacíos alrededor. La lengua le llegaba al hombro.

—Jesús —dijo Brodsky, con el sabor del vómito en la nariz.

Se llevó la mano a la boca y salió corriendo en busca de un vaso de agua, al tiempo que los pantalones le caían hasta las rodillas. El chófer llevaba puestos unos calzoncillos floreados. La piel de sus muslos era blanquecina. Uno de los detectives se dirigió a Isaac.

—¿Alguna idea, Jefe?

—No —dijo Isaac.

—Creía que el negrito estaba contigo.

—¿Y qué? —gruñó Isaac—. Metedlo ya en una maldita bolsa. No quiero que se quede tirado así.

—Compréndelo, Isaac, no podemos interrumpir la investigación. Lo pondremos en la bolsa en cuanto podamos.

El fotógrafo de la policía, de rodillas en el suelo, sacaba instantáneas de Wadsworth desde diferentes ángulos. Dos expertos «en ciernes» espolvoreaban con talco las butacas de la hilera de Wadsworth. El tipo de la oficina del forense se entretenía en marcar con tiza el contorno del cadáver, la posición exacta de sus brazos y piernas. Isaac sentía escaso respeto por las ratas de laboratorio. Las marcas de tiza daban buenas pistas, pero no identificaban al asesino. Brodsky volvió de la fuente de agua. Susurró a Isaac al oído:

—Ha sido una palanca. Te lo digo yo. Un ser humano no se retuerce así si no es con una barra de hierro. Mira, si es que le han sacado chepa.

Isaac no veía la marca de ningún metal: Wadsworth no tenía arañazos en el cuello. La «palanca» era el codo de Jorge Guzmán. Salió del Tivoli con Brodsky pisándole los talones.



—Isaac, no me dejes tirado.

—¿Por qué no? No te necesito hasta mañana.

El chófer se quedó indeciso en la acera.

—¿Qué puedo hacer, Isaac?

—Habla tú solo. Siéntate en el coche. Lee un libro porno.

Isaac se dirigió con dificultad hacia la Décima Avenida en busca de Tomás, el tío abuelo de Zorro, el camisero especializado en descartes. La nieve había empezado a calar los zapatos de Isaac; las lengüetas estaban ya húmedas. La puerta del sótano del camisero estaba bien cerrada. A Isaac no le apetecía ponerse a reventar cerraduras. Tiró la puerta cargando contra ella con el hombro. Zuckerdorff no estaba solo. Un pistolero portorriqueño estaba sentado junto a él, un asesino de Boston Road. Isaac puso en pie al pistolero cogiéndole por las patillas y le arrastró por el sótano hasta que de su camisa cayeron una pistola oxidada y algo de calderilla anudada en un pañuelo. A continuación lo puso sin miramientos a los pies de Zuckerdorff. El pistolero estaba ciego de dolor. Aquel *policía loco*<sup>[18]</sup> le había arrancado la piel.

—¿Querías sacarme el cerebro, tío? Loco de los cojones.

Isaac le empujó a patadas detrás de la silla de Zuckerdorff.

El camisero hundió la cabeza en el regazo, e Isaac pudo ver las venas azules de su cráneo esculpido a cincel. «Es más viejo que mi padre», pensó Isaac. El Jefe ocultó la compasión que sentía por Zuckerdorff.

—Tío Tomás, tus sobrinos nietos han estado cometiendo atrocidades en mi barrio. Han asesinado a gente inocente. Si Zorro buscaba cuellos que partir, que hubiera venido a buscarme.

Isaac no podía desfogar su rabia en aquellas venas azules. La emprendió con las cajas de camisas de Zuckerdorff, pateándolas con sus zapatos empapados. Las cajas abolladas se acumularon en torno a Isaac que enterró al pistolero bajo una montaña de tapas chafadas. Zuckerdorff no se movió. Isaac tenía los dedos de los pies magullados. No encontraría al asesino dentro de aquellas cajas. Isaac era el culpable. Él había entregado a Wadsworth a los Guzmán. En su pulso con Zorro había comprometido a su confidente. Había obligado a Wadsworth a revelar una información que necesariamente iba a apuntarle a él. Había hecho de Wadsworth una mercancía prescindible, como un idiota, como un animal policía. El Jefe ya estaba harto de cajas. Salió dando patadas del sótano de Zuckerdorff.

Ida no escatimaba con sus mejores clientes. Añadía pimentón dulce al queso fresco. Pero no tenía la cabeza puesta en los *blintzes*, ni en las propinas. Se le olvidó recortar los tallos de apio. Las espinacas se le mezclaron con la ensalada de huevo. Tiñó de naranja los billetes del mostrador con el jugo de pimiento de sus dedos. En el

restaurante no estaban acostumbrados a tanta dejadez. ¿Qué podían hacer los jefes de Ida? Sin su mula de carga estaban perdidos.

Ida Stutz veía nieve, no el mísero aguachirle de Manhattan, sino la oscura nieve rusa, una nieve que se tragaba farolas y asfixiaba a las jaurías de perros salvajes. Los profesores de Ludlow Street tuvieron que soplar en sus sopas de guisante. No había forma de apartar a Ida de la ventana. Tenía la nariz pegada al vidrio. «Dejadle que sueñe —dijeron los profesores—. Ya le dolerán las pantorrillas. Y entonces recuperaremos a Ida». Sonrieron cuando vieron tiritar a Ida mientras se pellizcaba las caderas. Supusieron que volvía a estar con ellos. Pero no era así. Ida vio un rostro al otro lado del cristal, la cara de un salvaje de ciudad, de labios crudos y mejillas de goma, una barbilla en perpetuo entrar y salir de un cuello de toro, ojillos de cerdo y orejas metidas de calabaza. Ida salió a la carrera del restaurante.

—¿Qué se te ha perdido por aquí, Isaac? ¿La vida quizá?

Nunca hubiera creído que un hombre pudiera sudar bajo una nevada. El Jefe estaba ardiendo. Ida le observó mejor. «Pobre inspector, tiene los motores trabajando horas extra».

—¿Adónde vas, Isaac? Por aquí no se va a Rivington Street.

¿Le volvían a uno tonto los motores poderosos? El Jefe siguió avanzando camino de Broome Street.

—A tu casa —masculló entre dientes.

—¿Por qué?

—Marilyn tiene un invitado.

Ida le siguió. No era frágil. Tenía su propia máquina de combustión.

—Dios bendiga a esa Marilyn tuya, ¿vuelve a estar acompañada? ¿Un cuarto marido?

—No, yo le llevé allí. Es uno de mis detectives. Coen.

A Ida no le agradó su forma de abreviar la conversación. ¿Iba a arreglarse la situación con un simple «Coen»? Ya conocía a aquel policía guapo. ¿Por qué le arrojaba en brazos de su hija? No consiguió sacarle ni una palabra más. El Jefe caminaba con los hombros hundidos. Intentó tomarle de la mano. Él le apartó los dedos, Isaac, el oso huraño.

—Sé andar —dijo.

Ida tendría que darle miel al llegar a casa.

Ida vivía en un sexto piso. El Jefe subía agarrado al pasamanos. Un tramo de escaleras había bastado para agotarle. Ida le empujó. El Jefe llegó hasta el umbral de la puerta. Ida metió la llave en la cerradura. Se olvidó de sí misma. Le preparó un baño a Isaac, con espuma perfumada fabricada en una ciudad de Rumania. Eso ponía en la caja. Le desvistió, le quitó el chaleco, los pantalones y la pistolera. Comprobó la temperatura del baño removiéndolo un dedo entre la espuma. Le sentó en la bañera. Le

peinó las patillas. Le cepilló los dientes con una pasta clara de muestra que había llegado con el correo del día anterior. No conseguía encontrar el escroto de Isaac. El Jefe se había encogido. La miró con un ojo entrecerrado.

—Quítate el jersey, Ida. Aquí dentro hace calor.

Ella le llevó una cuchara sopera de miel oscura. Isaac se zampó la miel de un lametazo. Salió refrescado de la bañera. ¿Estaba dispuesto el oso a bailar? Isaac, tenía espuma en los pectorales. Ida se la enjugó con la manga del jersey. El Jefe jugueteaba con la ropa de Ida. Los botones saltaban bajo la presión de su mano gruesa. Isaac había llegado a las copas del sujetador: sabía acariciar un pezón como el mejor. El sostén quedó colgando del brazo. Isaac estaba de rodillas. Tenía el ombligo de Ida en la boca. La succión en el vientre hizo que Ida se estremeciera con un escalofrío. Las piernas le fallaron. Cayó sobre él. Él cayó con Ida, pero se negaba a apartarse de su vientre. Ida creyó que se le escaparía el pis. Sus muslos se contrajeron con la fuerza de una mula. No conseguía sacudirse al Jefe.

—No pares, Isaac. Por favor, no pares.

Pero notó que su boca se apartaba. El vientre estaba libre. No iba a lamerla con su lengua, ni a acariciar con el hocico las paredes de su pecho. Ahora era Isaac el que se estremecía. El oso tenía sangre entre los dedos de los pies. ¿Magulladuras del trabajo? Ida no le dio importancia. Ya le quitaría la ansiedad con un masaje. Empezó a acariciarle los pliegues de la piel detrás de las orejas.

Sobre el ala de vigilancia de Bellevue se abatía una tormenta de nieve. Las ventanas se estaban cegando. La nieve se amontonaba en los intersticios de las rejas y se helaba sobre la madera y el vidrio. Stanley Chin contemplaba asombrado el fuerte parpadeo de la nieve en las ventanas. Rupert Weil no decía más que chorradas. Sólo a un tarado se le ocurre comparar Hong Kong con Nueva York. En Kowloon no había tormentas blancas. Ninguno de los camilleros quería darle un cigarrillo. Le pedían cincuenta centavos por una calada. Stanley se negaba a negociar con especuladores. Tenía un cuarto de dólar en el bolsillo del pijama. Le hubiese gustado que Ojos Azules estuviese de vuelta.

La mesa de ping-pong se caía a pedazos sin Coen. La banda inferior de la red se había ondulado. Las pelotas amarilleaban. Un sonido estridente que provenía de un extremo del ala hizo que Stanley se pegara a las barras de la cama. El ruido le acongojaba. No había oído sonar el teléfono desde la noche anterior. Se suponía que Bellevue estaba incomunicado.

—Hey, chico —le dijo al enfermero de guardia en el pabellón—. Me dijiste, me aseguraste, que nadie tenía conexión. ¿Qué está pasando?

—Ni idea —replicó el enfermero. Tenía los ojos enrojecidos por haber estado mirando tanto tiempo las ventanas cegadas de nieve—. Igual es el Espíritu Santo.

El enfermero se puso al teléfono.

—Sí, sí... Hable más alto, ¿quiere?

Apartó una silla de ruedas plegable de la pared, la abrió, se subió a ella y la condujo hasta la cama de Stanley.

—Ponte, es para ti.

—¿Quién es?

El enfermero se rió.

—Tu chico favorito. Ojos Azules. Has tenido suerte con el poli ese. Debes de ser un cliente muy especial.

El enfermero bajó las barras de la cama, pero no le alcanzó la silla a Stanley.

—Déjale que espere. No querrás que piense que eres un chico fácil.

—Chico, en el bolsillo tengo un cuarto de dólar. Cógelo y llévame hasta el teléfono.

El enfermero metió la mano en el pijama de Stanley, palpó la moneda, se hizo con ella y subió a Stanley a su regazo. Impulsó entonces la silla de ruedas por todo el pabellón a velocidad temeraria: chocaron con las patas de las camas, rascaron varias paredes, despertaron al resto de prisioneros, atontados por la nieve, hasta que el enfermero se escurrió de la silla y dejó a Stanley con el teléfono sobre el codo. Stanley tuvo que empujar el auricular con la cabeza para cogerlo.

—¿Señor Coen?

Oyó un zumbido horrible, un chirrido mortífero que resonaba en su oído. A través del hilo telefónico le llegó una risita.

—Soy yo.

—¿Rupe?

Stanley estaba anonadado, pero se acordó de volverse de espaldas al enfermero para disimular la risita de aquel chalado.

—Chico me había dicho que eras Ojos Azules.

—Idiota, ¿cómo iba a dar mi verdadero nombre? ¿Tú crees que iban a dejar que Rupert Weil llame a Bellevue? Siendo Ojos Azules consigues todo lo que quieres.

El ruido estático empezaba a rascarle las mejillas a Stanley.

—Rupe, el hospital está cerrado al mundo. No encuentran leche para los recién nacidos. Las enfermeras ya han venido a pedirnos sangre a los prisioneros. ¿Cómo has conseguido llamar?

—Con el dedo corazón. ¿Sabes de alguna otra forma de marcar?

—Vale ya de paridas, Rupe. Me están saliendo verrugas en la oreja por culpa del teléfono.

—Bueno, ya te sacaré del agujero. Hoy no, le estoy haciendo un recado a mi padre.

—¿Haciendo recados en medio de una tormenta?

—Me voy a follar a lady Marilyn.

Stanley apretó la cara contra el auricular.

—¿Qué has dicho, Rupe?

—Que me voy a follar a la hija de Isaac... en la cara.

A Stanley se le escurrió el teléfono del codo y quedó colgado de la pared.

—Chico, ¿me haces el favor de agacharte a por el teléfono?

El enfermero repescó el teléfono.

—Tío, échale un beso a Ojos Azules y dile adiós.

Stanley apretó el auricular contra la mejilla; el ruido estático estaba a punto de agujerearle la piel. Dejó caer el teléfono. Rupert ya no estaba. El enfermero le dejó caer en su cama.

—Chico, escíbeme un mensaje... por favor. Es importante.

—Escríbelo tú. Tenemos un sindicato, ¿sabes? No soy tu esclavo.

Stanley gesticuló con las manoplas de yeso.

—¿Tú crees que si pudiera escribir te iba a molestar?... Te daré un dólar.

—Ya te he visto los bolsillos, tío. No tienes tela.

—Te lo debo. No tengas miedo. Ojos Azules te lo pagará.

El enfermero se le quedó mirando con interés.

—Así que a Coen le va lo de patrocinar chivatos.

Destapó su bolígrafo, lo retorció un instante en la boca y se puso a garabatear sobre el menú del hospital.

—¿Qué mensaje es ése?

A Stanley no le hacía gracia recitarle sus temores al enfermero, pero no le quedaba más remedio; no había manera de llegar hasta Manfred Coen. Stanley se había dormido en Saint Bartholomew. Los detectives que le custodiaban habían puesto verde a Coen. Odiaban también a Isaac y a su hija, de quien decían que era una zorrita huesuda. A través de ellos supo que Ojos Azules estaba enamorado de Marilyn. No quería vender a Rupert, pero no quería que la novia de Coen muriese. De modo que le dictó al enfermero:

—Apreciado detective Coen, por favor no baje la guardia en torno a Marilyn *la Fiera*. Tendrá serios problemas si abre la puerta esta noche. Atentamente, Stanley Chin.

El enfermero garabateó un pagaré. Le puso a Stanley el bolígrafo en el yeso y le obligó a firmar. La firma consistió en una serie de rayones.

—Tiene que llegar a la central de policía —dijo Stanley—. Ojos Azules te pagará más de un dólar.

El enfermero sonrió. Tras dejar a Stanley, metió el mensaje por una rendija de la puerta de hierro del pabellón, puso la boca contra la mirilla y le susurró al guarda al otro lado de la puerta:

—Freddy, ¿ves este papel? Tíralo al váter, rápido. Es una nota envenenada de la banda de los piruletas.

El enfermero se mondaba de risa tapándose la boca. No le preocupaba el pagaré. Stanley tendría que pagar con un poco de piel, con sangre o con flan de chocolate de Bellevue.

Rupert estaba atrapado en una cabina de teléfono en el cruce de Essex con Grand Street. Un cuarteto de matones de Little Italy, unos tipos que vestían abrigos largos y que llevaban dos semanas persiguiendo a Rupert, entrando y saliendo de colmados, restaurantes y puestos de conservas, comiendo *bialys* y escabeches *kosher*, estaba frente a la cabina. Se frotaban los hombros para entrar en calor. Los cuatro llevaban consigo piezas de fontanería cortesía de Amerigo Genussa: tuberías de plomo con las que chafarle las orejas a Rupert, alambre para sacarle los ojos, llaves y tenazas para jugar con la nariz y las orejas. Rupert maldijo su suerte. Tendría que acurrucarse en la cabina hasta que los matones se buscasen otro refugio. Rupert no llevaba camisa bajo la chaqueta que le había robado al policía local; los pezones estaban a punto de quedarse pegados al forro.

Marcó el número de la central para incordiar a Isaac hasta que los matones se hubiesen ido: le saltó una voz grabada que le susurró a saber qué. Rupert no entendió

ni palabra. Llevaba sus armas en el bolsillo: un tenedor, una cuchara y un abrelatas romo. Eran lo suficientemente puntiagudos como para penetrar en el cuello de una mujer. Pensaba dejar sin hija a Isaac de un cucharazo.

—Tío, vas a saber por una vez en tu vida lo que significa perder.

Rupert no tenía cuentas pendientes con lady Marilyn. Ser la hija de Isaac era puramente circunstancial: su única tragedia era el propio Isaac. Y Marilyn tendría que pagar por ello. Rupert no era un carnicero común: el hijo de Philip no hubiera sabido desangrar un pato, o una res. Pero tenía que robarle a Isaac algo que para él fuera más valioso que su piel de poli. Rupert no era inmisericorde. Pensaba desangrar a Marilyn mucho más rápido de lo que Isaac había desangrado a Philip y a Mordecai y a todo el East Side.

Rupert tenía la astucia de un coyote de Essex Street. Había aprendido a vivir a salto de mata entre escaleras y tabiques de edificios abandonados. Siempre llevaba encima algo de comer. Rebuscando en el abrigo encontró una piruleta amarillenta en la manga. Esther era adicta a las piruletas, y le había contagiado a él. Se puso a vigilar a los matones en su banco de nieve, y en la boca se le fue formando una babilla amarillenta. La piruleta le dejó indefenso: la saliva amarilla no hacía más que conjurar imágenes de Esther. Encerrado en la cabina, con una pastilla de caramelo en la mejilla, se le aparecieron los pechos de Esther. Podía oler a Esther Rose, sentir el manto de pelusa de su espalda. Tuvo que tirar la piruleta: eso o volverse loco.

Salió de un salto de la cabina. El temblor de la puerta debió de llegar hasta el banco de nieve. Los gorilas se giraron. Tenían demasiado frío como para ganarle terreno. Arrebujándose en sus abrigos, empezaron a perseguir el abrigo fugitivo.

Mordecai Schapiro se enfrentaba a las tormentas de nieve con rodajas de pepino, aguardiente y un poquito de sal. Tales eran los límites de su apetito. Lloraba por su hija Honey, que no podía dejar de huir de él. ¿Cogería una pulmonía en aquel espeso puré de nieve, con su falda corta y sus ridículas medias? ¿Por qué engañarse? Su hija era una puta. Hacía las calles hiciese el tiempo que hiciese. Era una auténtica profesional, tenía hasta representante, un chulo de pañuelo de seda, supuso Mordecai, y una tarjeta que certificaba que estaba libre de ladillas. El aguardiente se mezcló con la sal de su lengua, y el pepino alivió la amargura, el dolor de un padre abandonado.

Mordecai tenía visita. Sólo un imbécil saldría a la calle con la que estaba cayendo. Abrió la puerta a un fantasma calzado con zapatos de piel fina. Una simple ventisca de Manhattan no bastaba para alterar el extraño sentido de la moda de Philip Weil. Philip vestía su ropa de domingo, pantalones escoceses de pinza y guantes. Siempre el ermitaño impoluto, en opinión de Mordecai. Su amistad se había ido agriando a lo largo de los últimos veinte años. Sin Isaac para mantenerlos unidos con su encanto osuno, se habían alejado uno del otro.

—No te esperaba, Philip. Me habría preparado. Pero es difícil salir de compras en plena tormenta. He oído que en A&P se han acabado los víveres. La gente ha empezado a acaparar, ¿sabes? Quieren garantizarse las provisiones. No se les puede culpar. Si eres viejo, recuerdas las vacas flacas. Y si eres joven, tienes una imaginación desatada.

—No te preocupes, Mordecai. No he venido a comerme tus arenques. Háblame de Honey. ¿La ha encontrado ya Isaac?

—Isaac es un pez gordo. ¿Por qué iba a querer ayudarme dos veces el mismo mes? Bebe té con los comisionados. Le llevan en limusina. Conoce a las estrellas de la ópera.

—De modo que no es perfecto —dijo Philip—. Aun así, es capaz de encontrarte a Honey.

—Eso, ponte de su lado. Podría haber salvado a Rupert, pero no lo hizo. Se lo pedí. «Isaac, ve a ver a Philip. Philip te necesita». ¿Te crees que me escuchó? Tiene una cera especial en los oídos para hacerse el sordo con los viejos amigos.

—Así sobreviven los policías. Se aíslan de ciertos ruidos. No esperarás que se dedique a redimir a todos los descarriados de Nueva York.

Mordecai admiraba la finura de la lana escocesa.

—¿Y tú cómo sobrevives? Me interesa, Philip. Te pasas sentado en casa mañana y tarde. Te van a salir granos en el culo de tanto soñar despierto. Maldita la gracia que tiene clasificar cartas en la oficina de correos, pero al menos estoy ocupado.

—Yo no sueño despierto, Mordecai. Veo telenovelas, curioso los libros de Rupert, juego al ajedrez conmigo mismo y siempre pido blancas, les saco lustre a los zapatos. No me aburro por las mañanas.

A Mordecai le reventó la ocurrencia del ajedrez. No aguantaba las excentricidades de Philip. Pero rió para sí el chiste.

—Qué tontos somos —dejó escapar—. Podríamos haber creado una pequeña familia de Schapiros y Weils. ¿Qué hay de malo en un matrimonio acordado? Rupert y Honey. No se nos hubieran ido tanto de las manos.

—¿Para qué cargar a dos quinceañeros con el matrimonio?

—¿Qué pasa, hipócrita, que tu hijo no se acostaba con esa chica de la *yeshiva*? Todo el mundo sabe que los sefarditas están un poco locos. Son más árabes que judíos. ¿Eso querías tener en tu familia?

Mordecai le estaba gritando a una habitación vacía. Philip había vuelto a salir a la tormenta.

—Que le den —dijo Mordecai—. Es demasiado aristócrata para pelear conmigo.

Pero Mordecai no encontró demasiado consuelo en el aguardiente. El pepino se le volvía pastoso en la boca. No sobreviviría al invierno sin su chica. «Pues que sea puta», razonó al fin, la mirada fija en los botones que le faltaban a su bata. Las putas



saben cómo usar aguja e hilo, las putas saben coser. Mordecai estaba ahora exultante. Si durante la tormenta morían suficientes chulos, Honey tendría que volver a casa.

Rosenblatt *el Vaquero* no podía escaparse a las montañas Rockaway, donde le esperaba una viuda polaca dueña de una cadena de tiendas de electrodomésticos. Ninguna de las salidas de Manhattan era practicable. Filas y filas de coches abandonados bloqueaban los puentes, y las líneas de metro que iban a Brooklyn no conseguían desatascarse; no había tren que llegase más allá de Flatbush Avenue.

El Jefe de detectives ya había tomado medidas respecto a la tormenta: llevaba puesta ropa interior de abrigo. Pero las prendas no conseguían eximirle del viento que aullaba en sus oficinas, traqueteaba en los cajones y en la colección de lámparas, tiraba los lápices de los botes, tumbaba las papeleras y calaba hasta en los archivos secretos. Las lámparas empezaron a parpadear hacia las ocho de la tarde y la oficina del Vaquero quedó a oscuras. Rosenblatt salió rezongando hacia la habitación más exterior, al tiempo que llamaba a un teniente que tuviera una linterna o unas cerillas.

—¿Dónde está todo el mundo? —gritó—. Hijo de puta.

Salió al descansillo y se agarró al pasamanos. Las escaleras a oscuras no intimidaban a un hombre con dos pistolas, un superjefe con tres mil detectives bajo su mando. Soñaba con su novia polaca y con el imperio de tuercas y tornillos que pronto compartiría con ella: Rosenblatt, el rey de las ferreterías. Notó un temblor en el pasamanos. El Vaquero no era supersticioso: la madera no temblaba sola. Tenía que haber otro policía subiendo o bajando las escaleras. Una cerilla chisporroteó a la altura de las caderas del Vaquero. Vio un par de mejillas entre las sombras, una frente pronunciada, la nariz ancha de Isaac *el Justo*. El Vaquero acarició el nácar de su Colt. Podía haberle volado los ojos a Isaac.

—Isaac, no deberías subir las escaleras sin escolta. Imagínate que te caes de morros, Dios no lo quiera. ¿Dónde está Coen?

Isaac dejó que la cerilla se apagase. El Vaquero se acodó en la barandilla.

—Empújame si quieres, Barney. Me gustaría el viaje. Pero recuerda que tengo una pistola cerca de tus costillas. Forma un ángulo peculiar. Si me meneas demasiado puede que te explote entre las piernas.

—Eres un animal, Isaac, eso es lo que eres. Mi familia descende de una estirpe de sochantres, todos hombres piadosos. Los Rosenblatt han erigido sólo en Brooklyn tres sinagogas. Y tú, Isaac, tu lames la basura de la calle.

Isaac pasó a su lado sin decir palabra. El Vaquero siguió aferrado al pasamanos. ¿A dónde podía ir? ¿Bajaba al sótano a charlar con los de dactiloscopia o se lanzaba a la tormenta y se abría paso hasta la oficina de la propiedad en Broome Street? Decidió quedarse donde estaba. El encuentro con Isaac le llevó a pensar en el tema de las hijas, la de Isaac y la suya. El Jefe de detectives rebosaba de pensamientos

lascivos. Tenía una malsana necesidad de tirarse a Marilyn *la Fiera*, de meterse entre sus ropas, mascar sus pezones, rascarle los sobacos y dejar caer su esperma entre sus ojos. Vengaría la fealdad de su hija con el cuerpo de Marilyn. El Vaquero había tenido que hurgar por Brooklyn para dar con un marido para Anita, apalabrar a un solterón sin blanca más viejo que él y casar a la última de sus hijas con un hombre de dientes podridos y próstata inflamada, mientras el zorrón de Marilyn huía de sus maridos y tenía un lío con Manfred Coen. El mundo no era justo. Fuera cual fuese el ángel que distribuía caridad a los padres de Nueva York, había pasado de largo ante Rosenblatt.

Una mano rozó su chaqueta. El Vaquero se sobresaltó. Saltó la luz de una linterna. Era uno de sus cuervos.

—¿Qué está haciendo aquí, jefe?

—Idiota —dijo el Vaquero—, estoy aireando los bolsillos —y le quitó la linterna.

Rupert iba de banco en banco de nieve. Apenas avanzaba. Le llevó media hora ir desde Essex a Orchard Street, dos miserables manzanas. No se veía ni las caderas. Cada paso que daba le hacía hundirse en la nieve hasta los bolsillos. Los gorilas de Mulberry Street le habían decepcionado. No eran capaces de seguir el paso de un adolescente. Se los sacudió sin tener siquiera que borrar las huellas de sus deportivas. Fue dejando un rastro en la nieve que hasta un elefante podría seguir.

No siempre pisaba en buen sitio. Se vio atrapado en una avalancha que le hizo caer al suelo. No fue capaz de escapar a la corriente. Resbalando a quince por hora, se abría camino con las orejas. Al fin llegó a una zona de nieve más firme, donde se enderezó y se encontró sobre el rótulo de los grandes almacenes Melamed de Grand Street. La furia de la nieve en movimiento tenía asombrado a Rupert: debía de haberle alzado cuatro metros por encima del suelo. El rótulo no estaba a menos altura.

Empezó a pasársele la sorpresa por la avalancha. Rupert se deprimió. Melamed le recordó batallas pasadas, cuando él y Esther habían estado a merced de un detective de almacén un mes atrás. Habían ido a buscar ropa al departamento de ropa interior de Melamed. Rupert echó tripita llenándose de calzoncillos la camisa. Esther fue mucho más atrevida. Se metió un cargamento entero de braguitas por el cuello de la blusa y estuvo rondando por Melamed con una joroba a la espalda. Un rabino bajito con tirabuzones y abrigo negro que había estado rebuscando entre los barriles de ropa interior junto a Rupert se acercó por detrás a Esther, musitando «perdone», y le plantó unas esposas en la muñeca. Rupert se le quedó mirando. El rabino tiró de ella, mientras de él desaparecía toda amabilidad.

—Muévete, niña, o te arranco el brazo.

El rabino la arrastró a lo largo de tres tramos de escalera hasta llegar a la celda de detención de Melamed, una jaula de un metro veinte de alto, pensada para humillar a

los ladronzuelos, a los que obligaba a permanecer encorvados mientras el encargado llamaba a la policía. Rupert dio vueltas en torno a la jaula, comprobando la resistencia de la reja. El rabino se deshizo de los tirabuzones y del abrigo revelando al hacerlo la dejadez propia de un detective de almacén que tenía los dedos sucios de tabaco y saliva en la corbata. Rupert no conseguía reventar la verja. Esther chillaba, con la frente a la altura de las costillas del detective.

—Tío, tengo que mear.

—Mea todo lo que quieras —le dijo con una mueca—. De ahí no sales.

Los compradores empezaron a arremolinarse en torno a la jaula. Esther se abrió de piernas y meó. Los clientes se echaron atrás, la boca abierta con disgusto a medida que la orina de Esther corría hacia ellos. No bastó para mover al detective. La orina pasó en dos regueros bajo sus piernas.

—Lo vas a recoger todo, niña. Con la lengua.

Esther se desabotonó la blusa. Los compradores volvieron junto a la jaula, chapoteando en el pis para ver los pezones de una ladrona. El detective se colocó frente a Esther, ocultándola tras sus brazos: el más mínimo indicio de desnudez podía costarle el empleo. Abrió el candado de la jaula y se dispuso a esposarla de nuevo. No debería haberle vuelto la espalda a Rupert. Al tiempo que Esther salía por la puerta, la blusa pringosa y meada pegada a los muslos y la cabeza por debajo del pecho, Rupert hundió los dientes en el resquicio de talón que asomaba del zapato del detective. El detective aulló, perdió las esposas y se llevó las manos al pie herido. Aún le estorbaba el paso a Esther. Tuvo que retorcerle los testículos para poder escurrirse entre él y la jaula. Los compradores no habían visto nunca a una chica tan malvada. Se apretujaron para evitar contaminarse con su contacto. Esther empujó a Rupert hacia las escaleras mecánicas de Melamed y le ayudó a saltar sobre los dientes metálicos de la escalera. Esther no había terminado aún en Melamed. Cuando llegaron a la puerta principal llevaba encima más braguitas y un liguero enorme y muy poco práctico. Pero Esther no consiguió escapar sin ningún daño. Tuvo que pasar una semana para que sus hombros se enderezaran.

Rupert se arrastró hasta el siguiente banco de nieve. Era más fácil lanzarse con los puños por delante. Como no tenía guantes, optó por estirar las mangas de la chaqueta. A Rupert le gustaron las alturas: cerca del suelo, la nieve era mucho más pastosa. Podía curiosear por las casas, tocar las escaleras de incendios, comer puñados limpios de nieve. Los cruces de las calles no le preocupaban: los semáforos sólo parpadeaban. Rupert se desentendió de las señales de precaución. Estaba completamente a salvo en Grand Street. Ni coches ni autobuses podían subirse a un montón de nieve.

Mientras braceaba con todas sus fuerzas y la nieve se le metía en los ojos, fue a topar con el escaparate de un mercado de animales de corral. Rupert era vegetariano. Le desagradaba hasta el olor de la carne asada. La idea de que un pedazo de carne se

tostase en un horno le irritaba las encías. La única carne a la que Rupert le habría hincado el diente era la de Isaac. No era broma. Por Isaac *el Puro* se hubiera hecho caníbal.

Vio gallos jóvenes, gallinas y conejos en el escaparate. Los gallos eran los amos del mercado. Había dos en cada jaula, mientras que las gallinas se apilaban de cuatro en cuatro o de cinco en cinco, sentadas unas sobre las espaldas de otras, y algunas se picoteaban el cuello hasta que por encima de las alas les salían calvas. Aquellos pollos le dieron asco. Se quedó mirando a los conejitos blancos y grises, de ojos rosados, que mordisqueaban lechuga y olisqueaban el bebedero que tenían cerca del borde de la jaula. Su piel se le antojó increíblemente suave. Rupert quiso hundir los dedos en las pieles, acariciar aquellos ojitos hasta que durmiesen. «¿Quién demonios sería capaz de comerse un conejo?», se dijo a sí mismo. El travesaño de la parte superior de la ventana no encajaba del todo bien. Rupert consiguió colar un nudillo. Empezó a rascar el espacio que quedaba entre el travesaño y la barra de la ventana. Los nudillos se le estaban pelando. Se los humedeció con saliva casi congelada. El travesaño era coser y cantar. Ya tenía tres dedos dentro del local.

Retorciéndose y empujando con el hombro consiguió levantar el travesaño lo justo para colarse por la ventana. Los pollos cloquearon. Los gallos ondearon sus crestas carnosas con un triste gesto de la cabeza. ¿Quién habría castrado a aquellos pájaros, quién los había cebado y les había retocado la cresta para venderlos mejor? La nariz de los conejitos temblaba, aterrada ante Rupert. Estaba oscuro: la nieve quedaba justo por debajo del travesaño, y no permitía más que el paso de una raya de luz. Rupert tuvo que hacer frente a una infinidad de ojos. Caminó de puntillas para calmar a las gallinas. Les dio trochos de maíz en el pico a los gallos, con lo que se llevó varios arañazos en la mano. Sintió los latidos del corazón en el hociquito rosa y húmedo de un conejo. Le hubiera gustado que Esther estuviese allí. Le hubiera encantado tener un conejito vivo que cobijar bajo su manta, acurrucado contra su piel.

¿Y qué haría el conejito cuando Rupert y Esther se juntasen bajo la manta? Rupert se obligó a parar. Podía hacerse daño si seguía soñando con mantas. El sabor de Esther le llenó la cabeza de humo, y le hizo recordar lo mucho que le había robado Isaac. Rupert prefería un conejito de nariz menos húmeda.

Brian Connell no debería haberse movido de la comisaría. Nadie le hubiera recriminado nada por quedarse a dormir en el vestuario durante una tormenta semejante. Pero tenía que redimirse. Había desvestido a la hija del Gran Judío, la había empapuzado de whisky en un bar, se la había tirado y la había enviado luego a casa con Ojos Azules. La muy zorra se había chivado. Había gritado «violación», y ahora las patrullas asesinas del comisionado habían salido a la caza de Brian Connell. ¿Cómo se evita a un ángel con galón de tirador de primera? A Brian le quedaba una

vía de escape: capturar al pequeño Rupert antes de que Isaac llevase a cabo su venganza.

Llevaba tiempo rondando el territorio de Rupert, desde Clinton hasta West Broadway, vestido con unas ropas de mendigo que empezaban a pudrirse. Aquel día les había añadido un par de detalles: una bufanda de seda que le tapaba la cara y botas militares con las que proteger sus delicados tobillos de la nieve. El viento le producía alucinaciones. Había conejos cruzando por Grand Street. Tenía que ser obra del diablo, o bien un espejismo causado por el ángulo particular con el que la nieve caía. Llevaba en el bolsillo un medallón de la sociedad del Santo Nombre. Pero ni frotando el trozo de metal desaparecían los conejos. Aparecían y desaparecían con cada parpadeo. Brian estaba aterrorizado. Tendría que depositar su cuerpo en un sanatorio católico, o salir del Estado. Huir a Delaware para unirse a sus primos en su granja de zorros.

No podía seguir pretendiendo que no veía aquellas correrías en la nieve. Había un gallo al lado de su pierna. No era un bicho descolorido arrastrado por la tormenta. El gallo tenía las barbas y la cresta intactas. Brian se lanzó a por el animal, pero se le escabulló entre las botas. Palmoteó sobre la nieve, incapaz de alcanzar a un pollo. Vio que había alguien al otro lado de Grand Street. Brian sacó la pistola. El hombre estaba metiendo conejos en una bolsa de la compra. Brian le gritó:

—Quédate donde estás, nenito.

El tipo arrojó la bolsa de la compra y un conejo salió volando. Brian disparó por encima de las orejas del hombre para demostrarle que a un policía no se le tiran bolsas de la compra. Una montaña de nieve se desmoronó detrás del ladrón.

—Sal de ahí con las manos en alto.

Oyó un ruido muy fuerte, como una palmada. El montículo de nieve sobre el que estaba se desintegraba bajo sus pies. El ladrón tenía un arma en la mano. Brian se refugió tras las ruedas de un camión abandonado. Se asomó entre las llantas para dispararle al ladrón de conejos. Notó que la nieve saltaba con golpes secos. Aquel tío le estaba apuntando con una escopeta o con una Special. Ninguna otra arma hacía agujeros como aquéllos. El tipo blandía ahora un objeto amarillento. Un escalofrío recorrió a Brian cuando reconoció el ribete de una placa dorada.

—Capullo —dijo el otro, saliendo de entre la nieve—. Soy de la segunda división. ¿Quién coño eres tú?

Brian estaba demasiado cansado para lloriquear siquiera. Su sargento le iba a cubrir de papeleo hasta los ojos. Rellenaría formularios por triplicado hasta que se le cayesen los dedos para explicar qué le había impulsado a intentar volarle las orejas a un detective. Se la había cargado pero bien. Además, Isaac tenía autoridad más que suficiente para secuestrarle y dárselo de comer a la brigada de chivatos, que le comería las orejas y le chuparía la sangre, le sacaría del barrio y acabaría por

depositarlo en Ward's Island en una caja antes de que se fundiese la nieve. El encargado de materiales le retiraría la Smith & Wesson. Ante Brian se abría la certeza de una tumba muy húmeda y el anonimato de un policía enterrado sin su arma.

—¿Estás chalado? —le dijo el ladrón de conejos, apartando de un empujón a Brian de su deprimente visión—. ¿Le disparas a un tío por recoger animales en la calle? Los conejos son tontos. En Manhattan se morirán. Me los llevaba a Islip, para mis niños.

Brian se encogió de hombros.

—Peligroso —dijo—. Piruletas... Busco a Rupert Weil.

Todo volvía antes o después a Isaac. Isaac era el arroyo helado, la roca, la nieve. Isaac era el alcantarillado bajo Grand Street, el moco en el pañuelo de Philip, el polvo en las aletas de la nariz de Mordecai. Isaac era el guerrero santo que había hundido a Philip y Mordecai con sus buenas acciones y había destripado a Esther Rose, el que duerme en la vulva de su hija y se alimenta del vello púbico de una oronda reina de los *blintzes*.

Dos hombres habían estado siguiendo a Rupert mientras él divagaba en la nieve. No eran matones de Mulberry Street. No llevaban abrigos largos. A Rupert le pareció que vestían como extranjeros, con ropas más ligeras: jerséis, orejeras y gorros de lana. Era difícil precisar su aspecto entre la nieve, pero Rupert habría podido jurar que eran hermanos. Sus caras tenían una malicia que no se correspondía con las tiendas enterradas en la nieve de Grand Street. Puede que los hermanos no fueran muy buenos en aspectos comerciales, ni en geografía o aritmética; caminaban con cierta prevención, como si se moviesen por territorio extraño. No podían tener relación con Isaac; eran demasiado extraños para ser una pareja de polis.

Rupert no se molestó en despistarlos; se enfrentaría a sus puños si era necesario. Les echaría las orejeras por encima de los ojos. Les mordería la lana de la cabeza. No conseguirían arrancarle de la nieve. Se metió por Allen Street, pero el viento le hizo retroceder. Tuvo que arrodillarse y cavar para torcer la esquina. El esfuerzo le agotó. Les guiñó los ojos a los de los jerséis. Dos cabezas enlanadas no eran enemigo para Rupert. Tenía una cuchara en el bolsillo, una cuchara con la que podía abrirse paso hasta lady Marilyn y también rajarle las mejillas a un enemigo. Revivió, al tiempo que observaba el trabajo de las orejeras. Los hermanos estaban atascados. No conseguían llegar hasta Allen Street. Rupert se dijo que serían refugiados de Brooklyn. Era libre ahora de avanzar al paso que más le conviniese. Tenía los dedos de los pies congelados, y sus pezones estaban azules. Puso cien metros de braceo entre él y los dos refugiados. Tropezó con una mano.

—¿Qué mierda es ésta?

Un pie sacudió la nieve. Rupert tiró de él. Un viejo emergió del fondo, abrazado a

la nieve que le cubría y que le había enterrado vivo, sin chanclos ni bufanda. Rupert frotó al viejo contra su chaqueta.

—¿Quién es usted? ¿Dónde vive?

El viejo señaló un edificio.

—Salí a por un *knish*<sup>[19]</sup> —dijo—. Un *knish* de trigo sarraceno. Pero había niebla. No veía.

—¿Tiene esposa? —preguntó Rupert.

—Vivo con mi hija. El *knish* era para ella.

—No hace tiempo como para un *knish*, creo yo. Las tiendas están cerradas. Venga.

La tormenta había cubierto de nieve el edificio del viejo, y lo había aislado de la planta baja con un banco de nieve arqueado como la espalda de un elefante. Rupert arremetió contra la nieve, buscando una entrada al edificio. Abrió una trocha irregular con manos y pies y metió en casa al viejo. Dentro hacía más frío que en la nieve.

—Esa chica es una glotona —dijo Rupert, mientras se calentaba con el vaho de su aliento—. Me encargaría de ella, pero voy con prisa.

Mientras salía por la trocha que él mismo había abierto le sorprendieron cuatro abrigos largos. Sus enemigos, los gorilas de Mulberry Street, le estaban esperando. Habían visto a Rupert mientras se detenía a desenterrar al viejo. Le golpearon los brazos con los trozos de tubería y le amenazaron con el alambre de fontanero.

—Estate quieta, pequeña peste, o te metemos en veinte paquetes. Tienes una cita con Amerigo Genussa.

Rupert forcejeó en la nieve, incapaz de coger el abrelatas, la cuchara o el tenedor. El alambre le rajó una ceja. Moqueaba sangre.

Los tubos caían contra sus omóplatos. Llegaron los refugiados, los chicos del jersey, los dos hermanos abrigados con orejeras y gorros infantiles. ¿Era la sangre o la nieve lo que confundía a Rupert? ¿Cómo iban a saltar por los aires cuatro gorilas? Sólo uno de los hermanos peleaba con ellos. Las tuberías rebotaban en la cabeza del refugiado. Con los dedos desnudos destrozó el alambre. Con un brazo aplastó a dos gorilas contra su pecho. Dejó sin color a uno de un abrazo. Rupert oyó que bajo los abrigos los huesos crujían. Los cuatro gorilas cayeron de rodillas. Se retorcían y gemían cerca del segundo hermano, que dijo:

—Jorge, ya basta.

Después aplicó en la ceja de Rupert una servilleta de papel mojada en saliva.

—Soy César Guzmán. Hay quien me llama Zorro. Ése es mi hermano Jorge. No parpadees. Se te meterá nieve en el ojo.

—¿Por qué me están siguiendo? —dijo Rupert, que empezaba a mostrarse hosco. Zorro restañó la sangre.

—Sé educado. A mí me da igual. Pero mi hermano se ofenderá. Nos envía tu hada

madrina para cuidar de ti.

—Tengo codos con los que luchar, señor Zorro, gracias. Soy Rupert Weil.

—Eso lo sabemos —dijo Zorro, que ya había terminado con la servilleta—. Nosotros enterramos a tu chica, a Esther Rose. Mi padre contrató a dos sochantres para que cantasen en su funeral. Los mejores cantos que hay en latín y portugués.

Rupert le miró con su ojo ensangrentado.

—¿A ustedes qué más les daba Esther?

—Era una ladina sin una tumba digna. Nada más. Teníamos un amigo común. El gran Isaac. Él debería estar bajo tierra, y no tu chica.

Los gorilas procuraron escabullirse de Rupert y de los Guzmán, magullados bajo los abrigos.

—¿Sabes? —dijo Zorro—, nos sale a cuenta mantenerte sano. ¿Podrías torturar a Isaac si te arrancasen los codos?

Los Guzmán era gente delicada. Zorro nunca se hubiera presentado sin llevar encima las baratijas de su familia: metió la mano por el cuello del último de los jerséis, moviendo los dedos bajo la lana como granos gigantes, y sacó un punzón de hielo y una pistola diminuta envuelta en un trapo.

—Mi padre quiere que elijas. Puedes pinchar a Isaac, o volarle la lengua. Por la pistola no te preocupes. No se le puede seguir el rastro. Hace mucha pupa para ser un veintidós. Déjala caer a los pies de Isaac y sal corriendo.

Rupert se encogió de hombros ante la oferta.

—Ya tengo mis herramientas, señor Zorro. —¿Estaban locos los Guzmán? No podía dejar de mirar a los dos refugiados que habían salido bajo una tormenta, cubiertos de ropa como orondos dioses de la nieve, para salvarle de una banda de matones—. ¿Es usted de Brooklyn, señor Zorro?

—Ni mucho menos —dijo Zorro, estirándose la barbilla—. Venimos del Perú. Recuerda que tienes donde esconderte. Mi padre puede ocultarte en México, Bogotá, Lima, o en cualquiera de las diez Habanas que hay en el Bronx Este. No tienes más que coger el metro hasta Boston Road y preguntar por mí.

Le hizo una seña a Jorge. Los dos hermanos se ajustaron las orejeras y se perdieron en la nieve, hundidos hasta las rodillas.

Coen tenía la boca llena de plumas de la raída almohada de Isaac. Marilyn no le dejó salir de la cama. Estaba desvestido, a excepción de la pistolera y de los calcetines. La tormenta había simplificado sus vidas; no había habido interrupciones de Isaac durante treinta y seis horas. Mientras Coen estuviese en casa, a Marilyn no le asustaba el traqueteo de las escaleras de incendio. Le lamió hasta que quedó limpio, hasta que perdió su nervioso temblor de policía. No era chica que se perdiera en ensueños. Comprendía las obligaciones de Ojos Azules, la lealtad hacia su padre, su



carácter melancólico. No se había acostado con muchos huérfanos antes de Coen. No hubiera creído que un hombre pudiera llevar a sus padres muertos en los pliegues de la barbilla. Era mortífero al tacto. Su manera de hacer el amor era profundamente hermosa y lenta. No la inundaba la saliva. No le mordisqueaba la oreja con el obsceno chapoteo de su segundo marido y sus primeros amantes. Se movía dentro de ella con el ritmo de un sonámbulo, con una devoción adormilada que la mantenía clavada a los bordes del estrecho colchón de Isaac y la hacía gemir.

Se sentía como Isaac, que saboreaba cada noche el paraíso al meter la nariz en un tarro de miel. Así de glotona se sentía con Coen. Quería que la acariciara hasta que el orgasmo le llegase a los dedos y los ojos.

—Madre santa —dijo, transportada a sus días de colegio, cuando tenía que confesar que le gustaba acariciarse los pechos—. Haz que me corra, Manfred, haz que me corra.

Muy de vez en cuando se alejaba del colchón para preparar algo de comer para los dos. Atacaba entonces los cogollos de lechuga de su padre, partía trozos en un plato y añadía pepinos, salsa de ajo, cebolla y queso artesano. Marilyn lamentaba la insipidez del festín. No podía variarse el menú en plena tormenta. Tocaba o queso fresco o morirse, pues Ida Stutz era quien había llenado la nevera. Al menos había algo de vino tinto en una botella de cuello alambicado: bebieron con moderación y conservaron la botella por si tenían visita. Quizá Isaac entrase por la ventana: sentía pasión por las escaleras de incendios, y detestaba subir por las escaleras. ¡Pues que entrase de sopetón! Marilyn no iba a sentirse avergonzada. Ya tenía edad de que la pillasen desnuda con un hombre. Seguro que Isaac le había visto las tetas una o dos veces en sus breves estancias con él entre maridos. Él nunca se había quejado. Marilyn no trabajaba para su padre. Le pondría de patitas en la ventana si incordiaba a Coen, su marido.

Decidió no escatimar el contenido de la botella. Derramó el vino sobre Ojos Azules, en las trincheras de su cuerpo, en el cuello, los codos, las rodillas, la línea de vello que dividía su pecho, en los pliegues alrededor de sus pelotas. Se había propuesto devorar a Coen, beber el vino de su nuevo marido, cazarlo con su lengua. Se dejó caer sobre su hombro, acariciándole con la frente y la mandíbula, mientras Coen cerraba los ojos, gruñendo como un muerto; el aire salía de sus pulmones a ráfagas suaves y regulares, y Marilyn maldecía todos los anillos de casada que había llevado puesto, los velos de novia y las sábanas bordadas de los hoteles de las lunas de miel.

El ojo herido de Rupert empezaba a cerrarse. Tenía que forzar la vista, enfrentar la mejilla a la tormenta, o bien abrirse camino a rodillazos. Avanzó a trancas y barrancas mientras el viento le quemaba los labios, al tiempo que intentaba imaginar la caída de

Isaac. Cerca de Delancey ya no estaba tan decidido. El tráfico estaba parado. Tenía una avenida entera para él solo. De haberlo querido, hubiera podido avanzar saltando sobre los techos de los coches abandonados. No estaba de humor para cruzar puentes de metal abollado.

La tormenta había roto el escaparate de una tienda de pantalones del lado norte de Delancey. Vio que hombres y niños pertrechados con abrigos mugrientos saqueaban la tienda y sacaban enormes fardos de pantalones a través de los dientes irregulares del escaparate. Uno de ellos, un *portorriqueño*<sup>[20]</sup> con cicatrices en los labios, chocó con Rupert y se quedó mirando su uniforme de policía local; se acercó aún más para inspeccionar las deportivas, la ceja dañada, la cara lampiña de Rupert, y sonrió.

—*Yo no sé*<sup>[21]</sup>, *broder*. Hay para todos. Aprovecha.

A Rupert no le interesaban los pantalones, pero los saqueadores no querían dejarle marchar: su uniforme era demasiado valioso. Se convirtió en el vigía. Rupert se quedó frente a la puerta con semblante alicaído. No era partidario de la anarquía si tenía por objetivo el beneficio. Aquellos pantalones no servirían para cubrir los pantalones de los ladrones, sino que serían vendidos en un mercado de objetos robados o en las calles, y los brazos de los saqueadores serían las perchas en las que exponer la mercancía. El líder de la banda era un gringo, como Rupert. Llevaba puesto un gorro con borla y una vieja chaquetilla militar corta. Vio la condena reflejada en las magras mejillas de Rupert.

—¿Qué problema tienes, tío?

—Nada —dijo Rupert.

—Entonces ¿por qué me miras tan mal?

—Porque me parecería mejor que robaseis lo que os hace falta y os fueseis a casa.

De la ventana salían chicos que o bien eran canijos, enanos o chiquillos de menos de diez años. Pasaron bajo la mirada de Rupert cargados de pantalones, en una hilera cuyo final era borroso tras la nieve. Rupert comprendió que la hilera podía alcanzar varias manzanas. La banda de canijos quizá llegara hasta el mismísimo edificio Chrysler. El líder le quitó a uno de los pequeñajos la carga y se la tiró a Rupert.

—Debes de ser hijo de ricos —le dijo—. Un niño de mamá. No tienes ni puta idea de robar.

Rupert salió corriendo para salvar la vida. No podía enfrentarse a un ejército de canijos. La nieve estaba sembrada de obstáculos y trampas peligrosas. Caminó sobre vidrios rotos, topó con varias bocas de riego y resbaló con el cadáver de un perro helado. Llegó a Rivington Street con la nariz en carne viva. ¿Sería al fin capaz de asesinar a la hija de Isaac? La capa de nieve en la calle le dio fuerzas. La tormenta había jugado a su favor. Había un banco de nieve cerca de la escalera de incendios que quería alcanzar. Podría asir el peldaño inferior sin tener que hacer acrobacias bajo la ventana de Isaac.

Rupert, Esther y Stanley Chin habían perdido tardes enteras espiando su ventana desde un edificio cercano. Habían visto a Isaac caminar como un hinchado animal marino a lomos de Ida Stutz, sacudiendo su culo de policía en ondas profundas y tortuosas. Semejante turbulencia les resultaba cómica. Rupert no pudo por menos que pensar cómo se comportaban sus propias nalgas cuando se acostaba con Esther. ¿Ondeaban al aire, temblaban? Rupert no era un elefante marino. Sus embates tenían que ser más dulces que los de Isaac *el Puro*. Antes de que Esther muriera vio a otra mujer en la ventana de Isaac. Era lady Marilyn. A veces iba allí, solo, para verla deambular por el saloncito o salir de compras hacia Little Italy con una bolsa. Era una chica delgaducha. No tenía el cuello grueso de su padre, ni la complexión de una reina de los *blintzes*.

Rupert trepó por el banco de nieve. Ya estaba subido de pies y manos en la escalerilla. Trepó con los codos pegados al pecho. El ascenso no era fácil. Tenía que medir la distancia entre los peldaños o resbalaría escalera abajo. A esa altura, el viento podía ser diabólico; cuanto más subía, más le azotaba la nariz y le arrojaba contra los peldaños. Rupert llegó al piso de Isaac con la barbilla cubierta de nieve y los dedos hinchados por el hielo. La estructura tembló cuando se agachó en la plataforma al final de la escalera. La ventana del dormitorio estaba completamente helada. Rupert tuvo que echarle el aliento y frotar el vidrio embarrado y húmedo con el puño de la chaqueta. La ventana empezó a aclararse. Rupert pudo ver una mujer desnuda a través del hueco en la ventana. Lady Marilyn. Estaba estirada sobre una cama desecha, con medio cuerpo fuera de las sábanas. Nunca había visto a un ser humano en tal estado de reposo. La niñita de Isaac, sin marca alguna en la cara. Sólo el tamaño de sus pechos y la redondez de los pezones avisaban de que ya estaba desarrollada por completo. En su frente apareció una arruga. Marilyn se rascó la nariz, y la arruga desapareció.

Rupert se sentía desgraciado. Aquel pecho le recordaba a Esther. Tenía la misma caída de pechos, la misma hinchazón suave bajo los brazos. Rupert no era un gran conocedor de las proporciones carnosas de una chica. Esther había sido su única novia, la primera y la última. Pero las tetas de Marilyn le hicieron llorar. Hubieran podido amansar al chico si no hubiera tenido una misión irrevocable y toda la bilis de Essex Street metida en el corazón. Tendría que asesinarla con los ojos cerrados.

Marilyn no había estado soñando, ni con Ojos Azules, ni con Isaac, ni con su madre Kathleen, sino con Larry, su primer marido, el único que no había escogido Isaac. No era lo suficientemente respetable para la hija de un jefe de policía: Larry no tenía un empleo fijo. Había tocado la guitarra en un restaurante macrobiótico y vendido bufandas por la calle. No fue Isaac quien expulsó a Larry de Manhattan, fue la propia hosquedad de Marilyn, heredada de Isaac y Kathleen, el temperamento histérico de una niña judío-irlandesa, la que le obligó a empaquetar la guitarra y

marcharse. Era demasiado fiera para sus hombres. Su devoción iba acompañada de garras. Hubiera arañado el aire en torno a Larry para protegerle de su padre. Pero Larry desapareció. No tendría que defender a Coen. Ojos Azules tenía pistolera y pistola.

Marilyn oyó un chirrido procedente de la ventana. Algo se apoyaba contra el vidrio. La cadena de la ventana tintineaba. Marilyn pudo ver una línea de nieve. Había una cara en la ventana, una cara con un ojo ensangrentado y una nariz siniestra. No llamó a gritos a Coen. Se quedó mirando al muchacho acuclillado con una pierna en la escalera de incendios y la otra en la habitación de su padre. Llevaba puestas deportivas en plena tormenta, y aún más raro, una chaqueta de policía.

—No seas tímido, hombrecito de nieve, entra —dijo Marilyn, con la sábana aún sobre el regazo.

No pensaba taparse porque hubiese un chico en la ventana.

Ojos Azules salió de la bañera al oír a Marilyn (se había estado enjuagando el vino que Marilyn había vertido sobre él). La sangre del ojo no consiguió confundirle: reconoció al hijo de Philip gracias a las circulares preparadas por los hombres de Isaac. Pero no conseguía entender qué hacía Rupert con una cuchara en la mano. Coen estaba desnudo. Sintió frío en la pelotas. Rupert se escabulló por la ventana. Coen corrió a ponerse la camisa y los pantalones. No había tiempo de atarse los zapatos. Marilyn le tiró del faldón de la camisa.

—Manfred, ¿qué coño está pasando?

Ojos Azules dejó la pistola en el baño; no iba a tener un duelo con un asaltante de quince años. Tuvo que apartarle las manos a Marilyn de la espalda.

—Es la guerra de tu padre —dijo. Salió a la escalera de incendios antes de que Marilyn encontrase otro asidero en su cuerpo. El viento azotó la camisa.

—Dios santo —dijo Coen.

La escalera de incendios se bamboleaba como un barco. Estaba seguro de que se separaría de la pared y caería a la calle. Siguió a Rupert en su ascenso.

No fue temeridad por parte de Coen. Nada hubiera podido apartarle de la escalera de incendios. Tenía que atrapar al pequeño Rupert.

—Ojos Azules —masculló Rupert mientras trepaba.

Tendría que haber imaginado que el favorito de Isaac se lo estropearía todo. Empezó a no prestar atención a los peldaños, y a saltar en diagonal de uno a otro con saltos rápidos y utilizando la mano. Subía al tejado. Se le encajó un pie en la escalera, y la deportiva del pie izquierdo quedó atravesada bajo la barra vertical entre dos peldaños.

—Maldita sea —dijo, al tiempo que intentaba sacar el talón del zapato.

La escalera vibraba con el peso de Coen y el muchacho. Ojos Azules tuvo que abrazarse a los peldaños para mantener el equilibrio. Subía gateando igual que los

bebés por el suelo. Se sacudió la nieve de las cejas para poder ver la lucha de Rupert con la escalera.

—Rupert, espérame.

La nieve se tragó sus palabras.

Rupert consiguió liberar el talón. Dejó atrás la deportiva y siguió trepando. No pudo afianzarse en un peldaño con el pie descalzo. Resbaló. Intentó aferrarse al peldaño por encima de su cabeza y falló. En la mano tenía aire y nieve. Cayó. No formó grito alguno con los labios. Ningún fantasma le persiguió mientras su cuerpo caía. No hubo fugaces imágenes de Esther, Marilyn ni Isaac. No recordó nada más que la cara de su padre. La piel escurrida por cuarenta años de dolor. Consiguió abrir la boca. Intentaba decir «papá».

Ojos Azules no consiguió detener la caída de Rupert. El chico cayó en un arco cada vez más amplio lejos del alcance de Coen. Fue un intento peligroso: Coen no tenía un brazo metálico con el que rescatar al muchacho. El cuerpo de Rupert le hubiera tirado de la escalera. Coen sintió el golpe contra el banco de nieve en la cuenca de los ojos. El estremecimiento le llegó a la mandíbula. ¿Estaba loco o el chico había empezado a moverse? Una mano se abrió camino entre un montón de nieve. Rupert no estaba muerto.

La mujer de la maleta caminaba rezongando por el pasillo. Los médicos y enfermeras se apartaban de su paso.

—Ojos Azules —repetía Marilyn; había invadido Bellevue.

Subió hasta el ala de los presos y se puso a gritarle a la puerta metálica.

—Manfred, sal ya.

El vigilante pensó que estaba pirada.

—Esto es cosa de la policía, señorita. No puede entrar ahí.

—Yo soy la policía —dijo Marilyn.

El vigilante masculló algo acerca de los subnormales que andaban sueltos por los pasillos. Se llamaba Fred.

—Ya, usted es poli, yo soy poli, y los yonquis del pabellón llevan la placa cosida al pijama.

—Mi padre es un comisionado —dijo—. Y ahora abra.

—Señorita, hágame un favor. Desaparezca. ¿Sabe cómo nos quitamos de encima a los pesados? Los metemos en la bolsa de la lavandería.

—Gilipollas —dijo Marilyn, con la voz de su padre—. ¿Alguna vez has conocido a Isaac *el Puro*?

El vigilante empezó a no estar tan seguro de sí mismo.

—¿Qué pasa con Isaac?

—Que soy la única hija que tiene. ¿Entiendes? Tráeme a Ojos Azules.

—¿Ojos Azules? ¿Por qué no me ha dicho que lo buscaba a él?

El vigilante mandó buscar a Manfred por el teléfono interno. Marilyn oyó el chasquido de la cerradura eléctrica y Ojos Azules asomó por la puerta. El vigilante se los quedó mirando; tenían el mismo aire triste, la nariz moqueante y los ojos enrojecidos e irritados. Dos tortolitos, supuso el vigilante. Dos malditos tórtolos.

Coen recogió la maleta de Marilyn y habló con el vigilante.

—Cuídame la tienda, Freddy. Vuelvo enseguida.

Se llevó a Marilyn a un cuartito que había tras el hueco del ascensor. No dijo nada a propósito de la maleta.

—Como te pillen aquí me van a estrangular.

—¿Y cómo van a hacerlo? Tú eres el que tiene la pistola... Manfred, vente conmigo.

—Se supone que estoy vigilando a Stanley Chin. Isaac llama cada media hora. Aún cree que el Vaquero intentará llevarse al chaval.

—¿Estás sordo, Manfred? Me largo, y quiero que vengas conmigo.

—Marilyn, soy chico de ciudad —dijo Coen, al tiempo que se le trababa la lengua—. No me gustarían los fines de semana en New Rochelle.

—Dios mío —dijo ella—, no te hagas el tonto conmigo. Rupert está abajo, con la espalda rota. Casi se mata por culpa de Isaac.

—¿Y qué hacía en tu ventana? No se trepa una escalera de incendios en medio de una tormenta de nieve porque sí. Iba a por ti.

—Vaya si iba a por mí. Con una cuchara.

—Marilyn, no fue a comer huevos duros. Él no. Le puedes rajar la garganta a una persona con menos que una cuchara.

Coen tocó los bordes metálicos de la maleta.

—¿Adónde vas?

—Tan lejos de aquí como pueda. Quizá a Seattle. O Vancouver. ¿Te lo voy a tener que rogar, Manfred? Hará que mates a alguien, ese padre mío. O hará que te maten. A él le da igual.

Coen se encogió de hombros. Tenía marcada la mejilla.

—No me tira mucho lo de huir. ¿Qué podría hacer en Seattle? Echaría de menos a las cucarachas. Me ablandaría sin las calles.

Podría haberle cogido por la nariz para llevárselo a rastras de Bellevue, pero comprendió lo inútil que resultaría. No podía abandonar el fuerte de su padre. Era el ángel de ojos azules de la brigada de Isaac. Se puso de puntillas para besarle, y mientras su lengua se movía dentro de la boca de Coen, le acarició el vello rubio del cuello. No le dio oportunidad de corresponder el beso, ni de empujarla al cuartito. Le arrancó la maleta de las manos y salió corriendo por el pasillo. No era chica que soportarse las despedidas largas. Coen se quedó escuchando el sonido de sus zapatos. Tenía miedo de mirar. Ver el bandeo de la maleta le hubiera jodido vivo. Amaba a aquella chica delgaducha. Pero la tormenta había amainado y ya no podían esconderse bajo las sábanas de Isaac, ni escabullirse a Seattle. ¿Cómo iba a escapar a Isaac llevándose a su hija en el bolsillo?

El Jefe había estado de comunión con sus espías: dos apostadores de poca monta de la calle Noventa y dos juraron por la tumba de sus madres que Zorro Guzmán aparecería por la estación de autobuses de la Autoridad del Puerto para recoger un cargamento de chicas huidas de casa procedentes de Memphis. A Isaac le escamó que unos apostadores quisieran jurar por una tumba, pero no podía dejar pasar la oportunidad de atrapar a Zorro con las manos en una masa de doce y trece años. Por eso estaba ahora agazapado en una plataforma por encima del reloj de cuatro caras: desde allí podría ver avanzar a los proxenetes del Bronx y a las chicas de Tennessee por el pasillo principal de la estación.

Isaac mantenía la barbilla escondida tras la edición matinal de *The New York Times* y tenía una radio de la policía remetida bajo el cinto. La radio le permitía comunicar con sus ángeles, que se movían por distintas zonas de la terminal, algunos

vestidos con ropas de mujer.

—Isaac, vamos a pillar a los Guzmann con el culo al aire, ya verás —dijo Newgate, el tipo del FBI.

Acompañaba a Isaac en calidad de observador neutral, al tiempo que intentaba robar las técnicas de la gente del comisionado.

Llevaba puestas unas gafas de sol enormes en pleno febrero, y apretaba parte del diario de Isaac contra la boca. Tenía el aire sucio de un tratante de blancas.

La radio pitó en el cinto de Isaac. Uno de sus ángeles le conminó a acudir a la sala de equipajes de la compañía Greyhound cercana a la salida de la Novena Avenida.

—Isaac, ya empieza. Los dos tarados están aquí. Zorro y su hermano.

—No grites —susurró Isaac al cinto.

—¿Quieres que les meemos las orejeras, Isaac?

—No. Quedaos donde estáis.

Zorro y Jorge Guzmann entraron por el pasillo principal vestidos con jerséis de lana y orejeras despeluchadas, seguidos de cerca por los ángeles de Isaac. Zorro había acudido sin su abrigo a cuadros ni sus zapatos de piel de cerdo. Las orejeras debían de ser su uniforme para Manhattan. Newgate le cuchicheó al Jefe:

—Recuerda, Isaac, si tocan a una niña bajando de un autobús son míos.

Jorge se quedó bajo el reloj mientras su hermano se metía en una cabina telefónica. Newgate se chupó los dedos. Zorro salió al fin y los Guzmann continuaron su paseo. No miraron a la plataforma que había encima de ellos. Hicieron caso omiso de los ángeles de las escaleras mecánicas y de las extrañas mujeres con *walkie-talkies* en la bolsa de la compra. No sonrieron, ni jugaron con las orejeras. Salieron de la estación sin su partida de chicas de Tennessee.

Newgate se enfurruñó.

—¿Cómo han podido descubrirnos, Isaac? ¿Quién les dio el chivatazo?

Isaac bajó corriendo a las cabinas al este del reloj. En la cabina de Zorro encontró una hojita de papel. «Cómemela, Isaac». Envió a sus ángeles de vuelta a la central. Ahora tenía que despistar al hombre del FBI.

—Newgate, me voy a ver a mi madre. Hasta luego.

Tomó un taxi para cruzar la ciudad. Detuvo el coche una manzana antes de llegar a Bellevue, junto a la antigua facultad de medicina. Pagó al conductor, bajó del coche y se abalanzó sobre una chica. Su maleta se abrió. Marilyn empezó a recoger braguitas de la acera. Isaac no quiso ayudarla.

—No tienes de qué preocuparte, papá. No voy a molestar más a Manfred. Es tuyo. Dios, menuda lealtad tienes de tus esclavos. Tuvo su oportunidad. Ojos Azules no ha querido moverse. Isaac, debes de tener el mejor polvo de todo Nueva York.

Marilyn siguió recogiendo arrodillada las braguitas. Isaac tuvo que levantarla del suelo. Mientras la abrazaba, sintió que se avergonzaba. Había manipulado a Marilyn



y a Coen, los había engañado para que se juntasen mientras Rupert andaba suelto. Aun así, el parloteo de Marilyn no tenía sentido. Había llamado a Coen tan pronto Rupert se cayó de la ventana de Marilyn, sí, pero eso no hacía de él «un buen polvo» ni nada por el estilo. Él no era el chulo de Isaac. Palmeó la maleta, de cuyo fondo colgaban ligueros y mangas de camisa.

—¿Adónde demonios te llevas esto?

—A Far Rockway —dijo ella.

—No te pases de lista con tu padre. Ahora mismo te llevo a casa. Te voy a amarrar a Rivington Street.

—Ya sé —dijo ella—. Nos prepararás *blintzes* a Ida y a mí.

Marilyn salió corriendo hacia la facultad de medicina, con la maleta aferrada bajo un brazo. Isaac no fue capaz de sonreír al ver el débil bamboleo de sus piernas. Su delgaducha hija intentaba huir de él y buscaba refugio en la universidad. Tuvo que tirarle del pelo para que aminorara el paso.

—Estúpida loca, ¿crees que encontrarás asilo ahí dentro? Vas a buscar la compasión de una panda de imbéciles que llevan todo el día estudiando cadáveres. Esos monstruitos te meterán algo de azúcar en la lengua y te llevarán en camilla al depósito.

El estirón de pelo hizo que los ojos de Marilyn pareciera a punto de saltar, e Isaac la soltó. Tenía el malhumor ceñudo y desquiciado de su madre; Kathleen era la única persona de este mundo capaz de asustarle. Madre e hija sabían cómo estrujar la carne bajo el corazón de un hombre.

—Cariño —le dijo—, ¿qué te pasa?

Su arrullo no surtió efecto. Marilyn tiritaba bajo su abrigo. En su frente aparecieron arrugas, largas líneas que amenazaban con partir el cerebro de la muchacha. Isaac la dejó ir con un suave empujón.

—Eres libre —le dijo.

Ella no se movió. Con dos dedos, Isaac le alisó los pliegues de la frente. Ella empezó a andar hacia la Segunda Avenida, y en el camino perdió un calcetín. Isaac reconoció un color extraño. El morado no era el color de Marilyn. El calcetín era de Coen.

Isaac cruzó la calle para llegar al hospital. Pasó bajo una marquesina de vidrio de la que se desprendían capas de hielo. Cuando entró en Bellevue tenía las orejas mojadas. No podía permitirse malos modales con la chica de recepción. Ni los jefes de policía tenían acceso a Rupert si no disponían de un pase. Rupert estaba bajo la custodia del tribunal de menores de Manhattan; Isaac no podía ponerle la mano encima a un chico de quince años. Murmuró el nombre «Rupert Weil» a la chica del mostrador. La chica dijo:

—Lo siento. No puede subir. El casillero de los pases está vacío. Tiene visita en la

habitación.

Isaac sacó la placa.

—Soy un amigo de su padre, señorita. Muy amigo. Inspector jefe segundo Isaac Sidel. ¿No creerá que le voy a hacer daño al chaval? Pregunte a su supervisor. Paso por Bellevue dos veces por semana.

La chica se fijó en las hojas azules y doradas de la placa de Isaac. Le garabateó un pase.

—Quince minutos —dijo—. Más no me va a sacar.

Isaac subió a desgana las escaleras. Mostró su pase al único *sheriff* del tribunal de menores que custodiaba a Rupert. Cualquiera mindundi hubiera podido sortear al *sheriff*. Era una suerte para el tribunal que Isaac tuviese a Stanley Chin, o del hospital hubieran desaparecido no sólo Rupert, sino también los pantalones del *sheriff*.

Isaac podía ver a Rupert desde la puerta. Los muy cabrones lo habían momificado; estaba atado con cinta adhesiva a una tabla, y junto a los pies tenía una polea. Sólo una parte de su cuerpo había quedado sin vendar, un óvalo irregular que iba desde las cejas hasta el hoyuelo de debajo del labio y abarcaba la mayor parte de las orejas. Las mejillas habían cogido un color amarillo hospital.

No había nada de enfermizo en los ojos de Rupert; se posaron en Isaac con el ansia de un muchacho al que una tabla inclinada no podía sujetar. Isaac tuvo que apartar la mirada; le podía entrar a uno fiebre de tanto mirar a un chico que no parpadeaba jamás. Aun con el cuerpo inmovilizado, habría podido acabar con Isaac, sólo con el poder de sus ojos. El Jefe respetaba esa intransigencia. Pero no pensaba meterse en un duelo de miradas con Rupert Weil. Isaac no podía ganar.

Un olor enloquecedor le sorprendió junto a la puerta: vio que sobre una silla se amontonaban cajas de caramelos, *halvah* negra, piruletas con el palillo afilado, botellitas de cera con agua azucarada dentro que se abrían con los dientes, dulces de malvavisco y chocolate blanco. Todo aquello debía de proceder del Bronx, donde los Guzmán tenían una tienda de dulces. Isaac le pegó un berrido al *sheriff*, que dormitaba.

—Esas visitas que ha tenido Rupert, ¿llevaban puestas orejeras en sus estúpidas cabezas?

El *sheriff* musitó un tímido «sí» con un gesto de la barbilla. Isaac salió al pasillo con el puño apretado. Zorro había entrado y salido del hospital antes de que Isaac llegase a rascarse la nariz. Jorge había cargado con las piruletas y la *halvah* rusa. Isaac había venido con los bolsillos vacíos. Los Guzmán eran demasiado primitivos para poder ser destruidos con la burda y rutinaria ortodoxia policial. Eran capaces de eludir espías y radios y de hacerse invisibles para los agentes de paisano ataviados con sostenes rellenos.

Mientras le daba vueltas a lo de los Guzmán, Isaac tropezó con Mordecai y

Philip, y los tres mosqueteros judíos de Seward Park se reunieron tras un lapso de veintisiete años. Se sentían incómodos unos con otros. Mordecai ahuecaba su gorra entre los dedos. Philip procuraba ajustar el relleno de su corbata artesana. Isaac rascaba la radio que llevaba en el cinturón con la uña. Mordecai, que siempre era el que estaba en medio, y era algo menos severo que los dos genios, fue el primero en hablar.

—Isaac, los detectives tenéis que saber algo sobre el cuerpo humano. Los médicos nos han contado una historia sobre un nervio seccionado. ¿Tú crees que Rupert volverá a caminar algún día?

—Mordecai —dijo Philip—, ¿es que Isaac es mago? ¿Cómo va a poder predecirlo?

—No desprecies su talento, Philip. Isaac es un maestro de las predicciones. ¿Acaso no predijo dónde estaría mi hija? Sacó a mi hija del arroyo... aunque eso fue hace un mes. Y te devolvió a tu hijo. ¿Qué importa si Rupert tiene que caminar con tres bastones? Está vivo.

—Mordecai —dijo Philip—, ya vale.

Los pliegues del vientre de Isaac empezaron a picarle bajo el jersey. ¿Podía jugar a ser el Jefe con sus amigos de siempre?

—Philip, lo siento. Fue un accidente. Te lo juro, mi detective no le tiró de la escalera de incendios.

A Mordecai se le escapó una risita en plena cara de Isaac.

—¿Coen? Ese tío no empujaría ni a un niño en un charco. Tú estás detrás de todo el asunto, Isaac. Tú le empujaste desde tu asqueroso despacho.

—Cállate —dijo Philip.

—¿Por qué? ¿No puso la cara de Rupert en sus carteles? Le hubieran disparado por la calle como a un perro. Isaac, no olvido lo que Rupert le hizo a Sophie y los otros. Pero hay una diferencia entre un chaval enloquecido y un poli con mierda en los oídos.

Philip arrastró del brazo a Mordecai.

—Isaac, tenemos que irnos.

Siguieron caminando pasillo adelante, en dirección al *sheriff* y el pabellón de Rupert. Mordecai forcejeaba con Philip. Isaac tuvo que gritarles.

—Philip, te llamaré... mañana.

Los zapatos de Isaac se clavaron en el linóleo del Bellevue. Podía bajar a donde estaba su madre o subir un piso a por Coen. La pernera del pantalón rozó con toda la pared cuando se decidió por Ojos Azules y el ala de vigilancia. Ya se sentaría con Sophie por la tarde. Necesitaba la sonrisa de Coen.

El vigilante saludó a Isaac. Freddy le tenía mucho respeto al Jefe.

—Isaac, ¿tú tienes una hija de cabello castaño claro? Ha estado aquí, gritando y

poniéndome verde, pero no podía dejarla pasar. Son las normas.

Incluso en un día reventado por los Guzmán y Mordecai, Isaac tenía ánimo suficiente para tranquilizar al vigilante.

—Hiciste lo que debías, Fred.

Freddy le abrió el cerrojo, e Isaac entró. Parecía que el ala de vigilancia hubiese sido arrasada por un bombardeo. Isaac había entrado en zona de guerra. Las camas estaban desperdigadas según un patrón espantoso sin ningún sentido. Un yonqui se sentaba agazapado bajo una de ellas, y jugaba con una peonza sin fuerza suficiente para girar mucho tiempo. En las paredes se abrían largas grietas y zarpazos recientes; Isaac habría podido atravesar el yeso con el codo. Coen estaba con Stanley Chin.

No dedicaron saludo alguno a Isaac. Se le quedaron mirando desde el lecho de hospital de Stanley, perdidos en su duermevela. Isaac sintió la necesidad de soplarles el polvo de los ojos.

—¿Qué está pasando, Manfred?

Coen sonrió al fin. Isaac esperaba algo más. Las mejillas de Manfred estaban muy tirantes. Isaac comprendió por qué: el chico estaba pensando en Marilyn.

—¿Quieres que pida té y unas magdalenas, Isaac?

—Magdalenas no —dijo Isaac—. ¿Dónde tenéis las damas?

—Aquí sólo se juega al ajedrez —le dijo Stanley con voz sibilante al Jefe.

Isaac frunció el ceño. Ponerse a mover peones con Coen le recordaría la escalera de incendios y cierto alfil negro. Vio la irregular mesa de ping-pong y las pelotas amarillentas. Quiso desafiar a Ojos Azules delante de Stanley Chin, desafiarle a su propio juego. Pero las dos caras soñolientas del camastro le preocuparon. Isaac se sintió tímido. No hizo ademán de coger las pelotas.

El Jefe tenía un regalo esperándole en Centre Street: una edición especial de *The Toad*. En portada aparecía la jeta de Isaac, con la palabra «asesino» en grandes caracteres y la rúbrica de Tony Brill. Ni Brodsky ni la brigada de pistoleros de goma habían conseguido ocultarle las portadas a Isaac. La gente de Barney se había desplegado por la central, desde el sótano a la cúpula gigante del despacho del comisionado de la policía, y había esparcido ejemplares de *The Toad* por todos los rincones.

—Basura —sentenció Brodsky, tras leer a Tony Brill.

El periódico acusaba a Isaac, entre márgenes irregulares y manchones de tinta, de haber orquestado una «campana letal» contra Rupert Weil y los niños de Nueva York. «¿Quién será el siguiente?», clamaba Tony Brill desde la segunda página. «¿Cuántos de nosotros tendremos que sacrificar nuestros hijos e hijas al leviatán de la central de policía? ¿Acabará por tragarnos a todos la ballena azul?».

—Menuda mierda —le dijo Brodsky al Jefe—. Isaac, ¿quieres que le rompa los

pies?

El chófer se dio cuenta de lo absurdo de su amenaza. Tony Brill era ahora inatacable. Por la central corría el rumor de que Brill había pasado de *The Toad* directo a la revista *Time*.

—Brodsky —dijo Isaac—, ve a rascarte por ahí. Estoy ocupado.

Pidió a Brodsky que cerrase la puerta. El Jefe tenía cosas que hacer. Si se concentraba en los Guzmann, no tendría que pensar en Marilyn *la Fiera*. De modo que empezó a planear su próximo asalto. Los Guzmann eran inmunes a las trampas del comisionado primero. Jorge tenía antenas en las orejas capaces de detectar pistolas en una liga o en un sostén. Isaac no podía usar espías corrientes. Tendría que infiltrar a un policía muy, muy camuflado. ¿A quién podía enviar al Bronx para amargarles el dulce a los Guzmann? ¿A Brodsky? ¿A Coen? ¿A Rosenblatt *el Vaquero*? Isaac estaba en un brete. No tenía a quién enviar. Marilyn consiguió colarse en el espacio entre las paredes de Isaac. No consiguió hacerla desaparecer.

Los pistoleros de goma esperaban con la barbilla pegada a la puerta de Isaac. Se entretenían en maldecir a Tony Brill y en arrancar la foto de Isaac de las portadas de *The Toad*.

—Shhh —dijo Brodsky—. ¿No veis que molestáis al Jefe? Está pensando ahí dentro.

Marilyn *la Fiera* estaba en la estación de la Autoridad del Puerto. Se había sentado sola en la plataforma superior de la estación, encorvada y apoyada en su maleta. Tendría que esperar varias horas al autobús que cruzaba el país. Se había plantado a medio kilómetro de las escaleras mecánicas, en una zona desierta. La idea de tener compañía, masculina o femenina, era suficiente para producirle náuseas. Se le irían las tripas por la boca si tenía que explicar que huía de tres maridos, de los *blintzes* y de su padre. No quería decir «Isaac».

Un chulillo que llevaba una chaqueta de ante sintético vio a Marilyn cuando paseaba por cuarta vez por la estación. El chulillo atendía al nombre de Henry. La curva de las medias de Marilyn no le emocionó. Lo que le interesaba era su maleta. Aquella mañana había pispado una Polaroid y un paraguas de seda; con las cosas de Marilyn podría visitar al judío de la Treinta y siete y sacarle veinte dólares. Se había enamorado de un sombrero en el escaparate de Ohrbach.

—Hola, guapísima —le dijo, al tiempo que se sentaba junto a la maleta.

El ceño de Marilyn no bastó para ahuyentarlo. Henry no estaba seguro de que no fuera puta. ¿Quién si no se apoyaba en una barandilla con un pie en el aire? Sólo las putas. Tenía unas rodillas encantadoras, cara de irlandesa decidida y bultos bajo el abrigo allí donde deberían estar las tetas. Esta tía era de alguien. Seguramente de Zorro, el hispano del Bronx, que tenía licencia para chulear en todas las estaciones de

autobús de Nueva York. Henry se estaba arriesgando a que le cortasen las orejas. Los Guzmán no eran humanos. Habían salido de una jungla del Perú. Si trasteabas con sus mujeres te arrancaban la nariz a mordiscos y guardaban tus restos en una bolsa de papel. Henry tenía que arriesgarse. Primero exploraría un poco.

—¿Eres amiga de Zorro, encanto?

La puta no quería responderle.

—¿Eres mercancía de los Guzmán?

Henry se sentía más seguro. Aferró la maleta, mientras gritaba «nos vemos, cariño», y salió corriendo hacia las escaleras, porque las putas escaleras mecánicas estaban demasiado lejos.

Marilyn se quedó en el banco, sin gritar «al ladrón». No sentía tanto apego por un montón de bragas. Ya se compraría un par cuando el autobús hiciese escala en Chicago. Libre de toda traba, podría viajar con sólo un cepillo de dientes en el bolsillo. Empezó a adormilarse.

En sus sueños vio un traje de ante, un ladrón cuyos pies colgaban en el aire. No tuvo ni que tocarse la mejilla. Tenía la maleta junto a los pies. Alguien arrastraba a Henry por el cuello de su falsa chaqueta de ante. Ojos Azules. De no haber estado el ladrón delante le hubiera estrangulado de puro cariño. Se moría por besuquearle las orejas.

Coen daba muestras de timidez.

—Marilyn, he conseguido escaparme de Bellevue. Tengo cuarenta minutos. Stanley me cubre las espaldas. Supuse que estarías aquí. Pero si no llega a ser por el capullo éste no habría llegado hasta ti. Me fijé en lo que llevaba.

—Manfred, hay un millón de maletas como la mía.

—Es verdad. ¿Pero en cuántas asoman unas bragas moradas por los lados?

Se rieron, y Henry notó un crujido en el cuello. Dio por sentado que Coen era un gorila que trabajaba para Zorro. Se llevó los dedos al pecho y rezó. Había oído decir que, pese a ser de Perú, los Guzmán eran gente religiosa. ¿Llamarían por él a un sacerdote antes de pelarle la cara?

—Marilyn, ¿quieres que le suelte? Me ha traído hasta ti, ¿no? Y si le arresto no nos quedará tiempo para estar juntos.

Marilyn no era avariciosa. Besó a Henry en la frente y le dio las gracias por traer a Coen. Henry torció los labios en un cuarto de sonrisa. Luego salió a galope hacia las escaleras mecánicas. Después de lo de Coen ya no se fiaba de las escaleras.

Marilyn manoseó a Ojos Azules, con las manos metidas debajo del abrigo de piel de camello, los dientes pegados a su barbilla. El policía no se resistió. Tenía buena parte de su blusa en la mano. Marilyn se quitó los zapatos de dos patadas y dejó que la falda se escurriera de sus piernas. Hubiera arrastrado consigo a Coen al banco, pero el policía empezó a sospechar.

—Marilyn, hay detectives de la estación por todas partes. Podrían chivarse a Isaac.

—¿Qué nos importan los chivatos?

Coen vio un pequeño nicho a unos seis metros detrás de Marilyn. Era la entrada a unos servicios abandonados. Recogió la falda, la blusa y la maleta. Marilyn cargó con sus zapatos. La habitacioncita era estrecha y no había sitio para tenderse. Marilyn se recostó contra el muro sucio. Los pantalones de Coen cayeron hasta las rodillas. Sus vientres se encontraron bajo los abrigos.

—Ojos Azules —dijo ella.

Sus murmullos fueron pronto ininteligibles.

Atado a una tabla portátil, una auténtica barca de hospital con ruedas, Rupert alzó la vista para enfrentarse a su padre y a Mordecai, los dos astrosos príncipes de Essex Street. No podía decir «papá», ni esbozar un saludo para Mordecai. Al caer de la escalera de incendios de Isaac había aterrizado sobre el cuello y había perdido el habla. Oía las palabras de su padre. Pero Mordecai interrumpía constantemente a Philip.

—Rupert, escúchanos. Ningún poli soplapollas puede entrar ya en tu habitación. Ahí fuera hay un vigilante con un arma. Si con eso no basta, tu padre y yo nos quedaremos contigo. La próxima vez detendremos a Isaac. ¿Quieres un poco de zumo de naranja, Rupert? Sólo mueve la barbilla.

La barbilla de Rupert estaba enmarcada por gruesos fajos de gasa. Una enfermera le había afeitado la cabeza y le había envuelto en cien metros de vendas. No tenía ni un dedo del pie al aire.

—Idiota —dijo Philip—, ¿cómo va a mover la cabeza?

Los príncipes se pusieron a discutir. Un equipo de enfermeras los sacó de la habitación. Mordecai se magulló una rodilla. Rupert observaba la línea encorvada de la espalda de su padre. Las rayas multicolores de su camisa de veinte dólares no llegaban a ocultar los bultos bajo los omóplatos de Philip. Rupert gritó en su mente. «Hasta luego, papá, hasta luego, Mordecai». Iba a tener que hacerles de madre a aquellos dos. Los dos tenían mechones grisáceos tras las orejas: ninguno era abuelo todavía. Mordecai caminaba con las rodillas dobladas. Philip tenía el cuello torcido por todos los años que había pasado agazapado en Essex Street. Rupert pensaba sacar a su padre del territorio de Isaac. Remontarían la corriente de la Tercera Avenida en el barco de Rupert. Se instalarían en otra zona del barrio (Philip se moriría a poco que saliese de Manhattan). Conseguiría que Mordecai se uniese a ellos. Entre los tres declararían la guerra a los chulos que retenían a Honey. Luego, Rupert subiría a saltos las escaleras del hospital, atado a su tabla, y rescataría a Stanley Chin del ala de vigilancia. La poli llamaría a gritos al Gran Judío. A Rupert le daba igual. Más allá de

Delancey Street, Isaac no existía.

La felicidad de Rupert empezó a decaer. ¿Cómo se las arreglaría para sacar a Esther de debajo de la tierra? Llenarle las orejas de arcilla no la devolvería a la vida. Su entropierna era más obstinada que los kilómetros de vendaje. Ni Bellevue, ni Isaac, ni la mortaja en la que le habían envuelto podían evitar que su erección asomase por entre la gasa. Lloraba sin que de sus ojos brotase una gota de agua. No eran las lágrimas frágiles del que llora la pérdida. Ni la aguja del médico ni el azúcar que corría por sus venas podían aplacar su hambre de Esther Rose.

De vez en cuando entraba un interno y se maravillaba ante el muchacho quebrado y su erección. Las enfermeras del chico vieron el bulto bajo la gasa. Se les escapaba la risa. «Casi inconsciente y se le levanta». Rupert les gruñía desde detrás de sus mejillas inmóviles. «¿Dónde está Mordecai? ¿Dónde está mi padre?». Y cuando le daban la vuelta y le palmeaban los muslos para disminuir la posibilidad de ulceraciones, Rupert resoplaba por la nariz. «Señoras, no se puede matar a un piruleta».

Se abrió la puerta. Rupert pensó que serían camilleros, con sus batas de color verde repugnante, que venían a cambiar los tubos y los orinales de debajo de su cama. Vio unas manoplas montadas en una silla de ruedas y a un poli de cara triste. Eran Ojos Azules y Stanley Chin. Rupert sonrió sin relajar los labios. El poli parecía reticente. No quería acercarse a la cama.

—Dígaselo —le rogó Stanley Chin—. ¿No se lo puede decir?

Coen dejó caer un brazo junto a la silla de ruedas.

—No quise perseguirte en plena tormenta... No deberías haber huido hacia el tejado... La escalera de incendios del Jefe es traicionera. Rupert, lo siento.

El poli volvió a callar. Rupert no tuvo que fijarse demasiado. La tormenta no había acabado para Ojos Azules; en torno a las enormes pupilas de Coen estallaban manchas de color. ¿Dónde estaba lady Marilyn? Coen estaba tan triste como Mordecai. Momificado, atado a su tabla, Rupert se alegró de no haber sacado sangre a cucharazos del cuello de Marilyn. A Coen le irían bien sus besos.

—Rupe —dijo Stanley, rozando a la momia con el yeso de su puño—. La poli no puede separarnos. Mierda, el señor Coen me ha colado aquí. Se supone que no tengo derecho de visita.

Rupert se rió más allá de los canales de su nariz. Ya no podía sentir las zonas más alejadas de su cuerpo. Existía sin dedos, codos y rodillas. Tenía ojos, oídos y un pito sensible. No podía reír con las rótulas, ni agitar el ombligo. Su lengua yacía muerta. Pero le estaba agradecido a Ojos Azules por traer a Stanley. Consiguió manejar la lengua en su imaginación. Formar una docena de palabras. «Stanley, nos vamos a curar juntos. Nos saldrán manos nuevas. Vamos a llenar Bellevue de canciones sobre Isaac». No dejaron que los chicos juntasen sus vendajes en privado. Varias



enfermeras entraron por la brava en la habitación. Tenían la cara encendida.

—¿Qué significa esto, detective Coen? Rupert Weil no puede recibir visitas. Llévase a su prisionero arriba.

Rupert oyó el traquetreo de las palancas de la silla, el chirrido de las ruedas, y se encontró en un mundo sin Ojos Azules ni Stanley Chin. Las enfermeras sostuvieron la tabla entre las manos. Le voltearon a la altura de sus codos, de forma que Rupert no pudiese caer. Había perdido su erección. Sus mejillas bailotearon contra la gasa. Empezaba a sentir de nuevo las rodillas. Las enfermeras le devolvieron a su lecho.

—Descansa —dijeron, antes de dejarle.

Fueron a chillarle al guardia asignado a Rupert por el tribunal de menores.

—Nadie puede pasar de esa puerta. Ni siquiera el jefe de policía.

Rupert soñaba con un ojo mirando a la pared. En el pasillo se oían gritos y frases entrecortadas. Vio retazos de Philip y Mordecai. Los dos príncipes de Essex Street discutían con las enfermeras, los médicos, los camilleros y el guardia de Rupert.

—¿Están locos? —decía Mordecai—. Éste es el padre del chico. Queremos una explicación, por favor. Como no nos dejen entrar les voy a dejar sin pulmones.

Se abrió un hueco entre el muro de uniformes de enfermera. Los príncipes se colaron por él. Llegaron junto al lecho. Rupert estaba incapacitado para dedicarles un guiño. «Papá —dijo—. Papá y Mordecai».

# Notas

[1] *Blintze*: Torta doblada o enrollada en torno a un relleno (queso, por ejemplo) y luego frita en aceite o mantequilla. <<

[2] En castellano en el original. <<

[3] En castellano en el original. <<

[4] En castellano en el original. <<

[5] En castellano en el original. <<

[6] *Bialy*: rollito aplanado de hojaldre con cebolla. <<



[7] *Yeshiva*: instituto de enseñanza superior talmúdico. <<

[8] En castellano en el original. <<

[9] En castellano en el original. <<

[10] En castellano en el original. <<

[11] En castellano en el original. <<

[12] En castellano en el original. <<

[13] En castellano en el original. <<

[14] En castellano en el original. <<



[15] Literalmente «hombre justo». Dirigente religioso carismático con ascendencia sobre una comunidad judía. <<

[16] *The Toad*: El sapo. <<

[17] En castellano en el original. <<

[18] En castellano en el original. <<

[19] *Knish*: lámina de masa rellena de patata, carne o queso y luego asada o frita en grasa. <<

[20] En castellano en el original. <<

[21] En castellano en el original. <<